

EMILIO TROISE

# RACISMO

Instrumento de Dominación  
Política y Social

EDITORIAL *Quetzal*

# R A C I S M O

## *Instrumento de dominación política y social*

por EMILIO TROISE

Advierte EMILIO TROISE que las páginas que componen este volumen, escritas entre los años 1937 y 1943, son tal vez más actuales ahora que entonces. Bastaría, para convencerse de ello, tener presente la magnitud que ha tomado en Alemania de Bonn, al calor de los planes para su rearme, el renacimiento de la prédica racista del nazismo, cuya expresión típica a la vez que alarmante —de la cual se hicieron eco recientemente los diarios— son los insultos y agresiones antisemitas registrados en el ostentoso mitin que los redivivos núcleos racistas alemanes celebraron en el Sport Palatz de Berlín Occidental.

Demostrada fehacientemente la falacia científica del racismo, subsiste como su única razón de ser el trasfondo político y social que lo incuba, problemas que al no haber hallado solución mantienen latente la posibilidad de explotar el odio racial como justificativo de males cuyas verdaderas causas hay que buscarlas en las imperfecciones de una sociedad que ve agudizarse sus contradicciones organizativas. El análisis exhaustivo de dicho trasfondo del racismo constituye un gran mérito

(Sigue en la 2ª solapa)



RACISMO  
*Instrumento de Dominación Política y Social*



*Dedico estas páginas a la memoria ilustre de los doctores:*

PROFESOR SIMÓN M. NEUSCHLOSZ  
DEODORO ROCA  
y ROMÁN GÓMEZ MASIA

*y al profesor de Derecho Internacional de la Facultad de  
Santa Fe, exilado en el Uruguay y despojado de su cátedra  
en 1943, doctor*

RUDESINDO MARTÍNEZ

*Todos ellos trabajaron con alta inteligencia y encendido  
fervor en la obra humanista de nuestro COMITE.*

E. T.

EMILIO TROISE

N.º 263.

# RACISMO

Instrumento de Dominación  
Política y Social

EDITORIAL *Quetzal*



*Ilustración de*  
**ANDRES CALABRESE**

*Queda hecho el depósito que marca la ley 11723*  
*Copyright by EDITORIAL QUETZAL, 1955*  
*Todos los derechos reservados*

---

Se terminó de imprimir el 19 de enero de 1955, en los Talleres Gráficos  
de la Editorial Mayo, Callao 335, Buenos Aires, República Argentina.  
**LIBRO IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE**



EMILIO TROISE

## ADVERTENCIA DEL AUTOR

Muchos amigos —de los que trabajaron con nosotros en el *Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo*— nos instaron, en repetidas oportunidades, a la publicación de lo que hoy aparece bajo forma de libro.

Estas páginas reflejan un momento de la vida político-social de nuestro país y del mundo.

Tal como fueron elaboradas en el ajetreo diario —hurtando tiempo al trabajo profesional—, tal se publican. Sin corrección y sin adición alguna.

Al releerlas y ordenarlas para su publicación, percibimos que no son inactuales.

Tal vez podríamos afirmar, sin jactancia, que son más actuales que cuando fueron escritas.

Ninguno de los problemas acerca de los cuales se reflexiona en ellas, ha sido resuelto.

Más aún, se han agravado en los últimos tiempos por la política agresiva del imperialismo yanqui, reencarnación del nazismo bajo formas más tremendas y amenazadoras, por su poderío técnico y la posesión de elementos de destrucción en masa, de que éste carecía.

Felizmente los pueblos cobran, día a día, conciencia de su valimiento y de su gravitación en los destinos del mundo. Es la hora de la auto-determinación de los pueblos. Ello nos asegura un futuro de paz con libertad y justicia, para el mundo hoy atormentado de los hombres.

E. T.

## PREFACIO

*En julio de 1937, cuando la barbarie nazi exteriorizaba las expresiones más crueles de su odio inhumano, y bajo su directa inspiración e influencia proliferaban los gobiernos y organizaciones que propugnaban un mundo envilecido por la miseria de la "weltanschauung", nació el Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina que, durante un período de siete años, realizó en nuestro país una de las labores más destacadas en defensa de la dignidad del hombre.*

*La acción del Comité contra el Racismo se prodigó en la divulgación de numerosas publicaciones y en la realización de actos que rápidamente señalaron su autoridad y le dieron alto prestigio continental. Su obra esclarecedora y combatiente permitió nuclear en su torno a las fuerzas sanas de la democracia y el pensamiento libre de América, presentando un frente homogéneo de lucha contra los pequeños aspirantes a führer que en estas tierras surgían como representantes de las ideas y los sentimientos más reaccionarios. Mucho tuvo que hacer el Comité, y sus éxitos levantaron una poderosa muralla que fué en su tiempo un valladar contra la descarada infiltración del nazismo, porque denunció sus propósitos, sus organizaciones típicas ostensibles o encubiertas, así como la naturaleza antiargentina de su cometido.*

*Nuestro país figuraba en el nuevo mapa internacional, trazado por los jefes pardos, como uno de los más codiciados para el funcionamiento de representaciones adecuadas, y ello explica las múltiples manifestaciones que en el terreno oficial y privado subrayaban una evidente política de afinidad y tolerancia con el fascismo.*

*El Comité no sólo denunció esas expresiones contrarias a las mejores tradiciones de nuestra historia, sino que fué*



animando una conciencia antirracista digna del hombre argentino. El primer Congreso contra el racismo y el antisemitismo celebrado el 6 y 7 de agosto de 1938 en los salones del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires evidenció, casi al año de su creación, la enorme importancia y popularidad que había alcanzado el Comité. Lo mejor de nuestra intelectualidad y de nuestro pueblo siguieron con simpatía su acción y se sumaron a ella. Sus actos públicos desbordaban de concurrentes y daban una medida del interés que despertaban.

No cabe duda de que en toda esa labor le cupo una actividad principalísima al doctor Emilio Troise, que fué el presidente de la institución y su infatigable inspirador y animador. Desde la declaración inicial que él redactó y es uno de los más bellos y expresivos documentos lanzados por la intelectualidad argentina para definir su pensamiento progresista, hasta sus trabajos de comprobación del carácter anticientífico de la ideología racista y del mito antihistórico en que se funda, sus claras intervenciones en conferencias y actos inolvidables, señalan su preocupación, su fina sensibilidad humana, su interés por desvestir de toda seriedad a tales elucubraciones.

Las páginas que se reúnen en este libro son las mejores que en la materia se deben a la pluma del doctor Troise, y ellas expresan no sólo ideas pletóricas de humana solidaridad y de vida, sino un enfoque social, político y científico a la vez, de la realidad que le tocó vivir al mundo en uno de los períodos más angustiosos y críticos de su acontecer. Escritas con hondura y poseídas de una singular belleza, componen una valiosa enseñanza y ofrecen sustancia profunda para la meditación.

¿Desaparecidos Hitler y Mussolini, los principales dictadores que animaron ese credo, puede considerarse superada en la actualidad la dolorosa etapa del aniquilamiento humano que preconizó el ideario racista a través de las múltiples expresiones de su desarrollo?

Lamentablemente debemos reconocer que no, y ello indica la necesidad de mantener alerta el espíritu combatiente y de lucha contra más recientes exteriorizaciones de un nuevo racismo, surgido casi con los últimos disparos de la última guerra.



*El acuerdo de Potsdam suscripto el 2 de agosto de 1945 por Churchill, Stalin y Truman, preveía el desarme completo y la desmilitarización de Alemania, como así la eliminación o control de toda industria alemana que pudiera ser utilizada con fines militares. Todas las fuerzas de tierra, de mar y del aire —disponía el acuerdo de Potsdam—, los S.S., S.A., S.D., así como la Gestapo, con todas las organizaciones de los antiguos combatientes y cualquier otro organismo o asociación similar que mantuviera la tradición militar del país, serían completa y definitivamente abolidos para impedir la resurrección o la reorganización del militarismo alemán y del nazismo.*

*Empero, en abril de 1948 entró en funciones la Organización Europea de Cooperación Económica, más conocida como plan Marshall, que llevó a la práctica el llamamiento formulado un año antes por el mismo general Marshall a los países de Europa para que convinieran su "reconstrucción". Fueron los primeros pasos destinados a reanimar la antigua Reichswehr, más consolidados después, en mayo de 1949, al constituirse la República Federal Alemana de Bonn. De ahí, hasta la suscripción de los acuerdos de Bonn y el tratado de París, no se hizo sino seguir una política de afianzamiento de una Alemania fortalecida en el centro de Europa, justamente todo lo contrario de los propósitos perseguidos en las convenciones de Potsdam.*

*En 1945 los que habían luchado por el aniquilamiento del nazismo, pensaban en una humanidad definitivamente libre del terror y las persecuciones políticas y raciales. "La gran coalición de los pueblos contra el hitlerismo y el militarismo japonés —manifestó el doctor Joë Nordmann en la Conferencia Internacional de Juristas por la Defensa de las Libertades Democráticas, reunida en enero de 1954 en Viena— no tuvo únicamente la finalidad de destruir a los agresores, sino restablecer la fe de la humanidad en los derechos fundamentales del hombre, en el derecho a la independencia y a la igualdad de todos los pueblos y, por ello mismo, a la coexistencia pacífica de las naciones".*

*La Comunidad Europea de Defensa (C.E.D.), que era lo esencial en el tratado de París, preveía la formación de un ejército en el cual los efectivos alemanes pudieron alcan-*

zar varios centenares de miles. Ello equivalía, prácticamente, a la reconstrucción de la Wehrmacht. La impopularidad de ese tratado, que suprime la soberanía nacional de los países y es contrario a la Carta de las Naciones Unidas que proclamó el derecho de los pueblos a su autodeterminación, se demostró en el hecho de que casi tres años después de su suscripción no logró la ratificación de la Asamblea Nacional de Francia y del parlamento italiano. El diario inglés Daily Express, en su número del 17 de setiembre de 1953, escribía: "Si los franceses quieren ratificar un tratado que recuperaría a Alemania, es cosa suya. Pero ello constituirá, probablemente, sus funerales".

Es que la C.E.D. tenía el vicio original propio de haberse estructurado a la medida de los intereses imperialistas norteamericanos. Como tal, era un instrumento de agresión que permitía instalar en el centro de Europa a un poderoso ejército alemán preparado para marchar contra los países del este. Adenauer, convertido en albacea testamentario de Hitler, proclamaba en febrero de 1952 que el rearme alemán "en el seno del ejército europeo, era el mejor camino para la recuperación de las fronteras orientales".

En la Conferencia de Berlín de fines del año 1953 y comienzos de 1954, se decidió discutir en Ginebra, cuatro meses después, la posibilidad de obtener la paz en la impopular guerra de Indochina. Con anterioridad hizo crisis en Francia el gabinete ministerial presidido por Laniel. Esa crisis fué el resultado de una política totalmente contraria a los intereses de la nación y permitió que fuera llamado a organizar el nuevo gabinete Mendes-France, "un conservador más inteligente que los otros" —según la acertada definición de Pierre Cot— pero a quién "no se le debía pedir lo que no podía dar". En una dramática sesión en la que el flamante jefe de gabinete requirió el plazo de un mes para poner fin a las hostilidades de Indochina o presentar su dimisión, quedó sellada la liquidación de la C.E.D., expresión acabada de esa política antinacional, como el propio Mendes-France lo señalará cuando invitó a la Asamblea a voltear el peligroso equipo ministerial de Laniel y Bidault, sobrevenido después de 1947, "si

*ella estaba decidida a escuchar la voz popular que deseaba una renovación total''.*

*En Ginebra, las fuerzas de la paz obtuvieron una resonante victoria. Allí se impuso la política de seguridad colectiva, que no otra cosa significa la paz honorable e indivisible, con la que se dió término a las hostilidades en Vietnam, Laos y Cambodia, luego de una horrible guerra que duró ocho años.*

*La contrapartida de Ginebra, empero, no tardó en jugarse en Londres, donde los aparentemente rezagados agentes imperialistas obtuvieron, bajo otros enunciados, la ratificación de los móviles que condujeron a estructurar la C.E.D. El llamado acuerdo de Londres suscripto en setiembre por nueve potencias, le permite a Adenauer crear un ejército sobre las cenizas de la C.E.D. y significa, en esencia, el rearme alemán. Mendes-France, mediante un rodeo, ha asentido en Londres a lo que en principio negó en París. El acuerdo de las nueve potencias le da a Alemania Occidental la autorización para armar un ejército de doce divisiones, sin limitación de efectivos, procurando atemperar esta monstruosa capitulación con la inclusión de una cláusula inocente y absurda, que autoriza a los países contratantes vigilar los progresos de ese ejército al que le está "prohibido" tener Estado Mayor.*

*Al acuerdo de Londres siguió el nuevo tratado de París, fundamentalmente entre Francia y Alemania Occidental, que contempla la inscripción de esta última, ya rearmada, a la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Las deliberaciones de París estructuraron un reglamento franco-alemán sobre el Sarre y dieron a los poderosos grupos financiero: Schneider, Rochling, Wendel, Nord-Lorraine, etc., las perspectivas legales de una explotación muy provechosa del carbón y del acero.*

*Las necesarias ratificaciones parlamentarias han reabierto el proceso de la indignación popular. Los pueblos no están dispuestos a ser nuevamente engañados y advierten en el acuerdo de Londres y el tratado de París los mismos peligros que tenazmente combatieron. Grandes agitaciones populares se avecinan, porque los pueblos saben que un ejército alemán en el centro europeo y al servicio de la agresión impe-*

rialista, significa agitar el espectro de una guerra a corto plazo.

Las concepciones inspiradas en el mito nórdico que Hitler extrajo del viejo Gobineau, vuelven a instalarse en el primer plano de la geopolítica reaccionaria. En sus conversaciones con Hermann Rauchsning, Hitler proclamaba: "¿Quién puede contradecirme el derecho de aniquilar a millares de hombres de raza inferior que se multiplican como insectos?". Completando esta aspiración decía: "Quien no es de raza pura en este mundo, no es nada... una generación más fuerte eliminará a las débiles".

El doctor Laughlin, experto eugenista de la Comisión parlamentaria de inmigración del Departamento del Trabajo de los Estados Unidos, considera explícitamente la conveniencia de esterilizar a una décima parte de la población americana, especialmente elegida entre los "socialmente dependientes, comprendidos los huérfanos, los que carecen de hogar, los vagabundos y los pobres". Su moderno malthusianismo guarda estrecha vinculación con otros teorizadores norteamericanos, tales como William Vogt, de quien es un libro, "Hambre del Mundo", prefaciado por Bernard Baruch, autor del plan atómico que lleva su nombre, el cual no sólo degrada la ciencia, sino que la pone al servicio de las más feroces empresas bélicas. Según Vogt, la solución del problema de la superpoblación y la escasez de alimentos en determinadas zonas, se puede obtener facilitando la exterminación en masa de los pueblos coloniales por medio de su total abandono.

El economista americano E. Pendell ha escrito una obra que se intitula "Población desencadenada", en la que desarrolla la tesis de que la población de la tierra debe ser reducida a la mitad, a expensas de "aquellos que constituyen una carga inútil para la sociedad". "Las guerras, las enfermedades, el hambre, la subalimentación —sostiene— son los procesos fundamentales que disminuyen la superpoblación".

No es por azar que semejantes teorizadores del racismo y del malthusianismo hayan aparecido como profetas de una política de dominación mundial. La base del informe de Aldous Huxley a las Naciones Unidas publicado en un folleto por la Unesco bajo el título de "La doble crisis", consiste en el des-

**arrollo de esta extraña teoría: hay en la actualidad dos mil doscientos cincuenta millones de seres humanos y alrededor de mil seiscientos veinte millones de hectáreas cultivables de productos alimenticios. Se requieren ochenta áreas de tierra para asegurar a cada persona una ración suficiente. Luego, no es posible nutrir convenientemente a todos los hombres. Añade que la fertilidad del suelo disminuye gradualmente por una erosión universal. En Africa, Huxley hace responsable de la erosión a las poblaciones indígenas, "que se obstinan en tener demasiadas vacas"(!) Qué lejos está la comprensión científica de Huxley de la realidad del proceso, y cuán limitada aparece su imaginación a través del enfoque real.**

El juez de la Suprema Corte de los Estados Unidos, William Douglas, al regreso de sus viajes por Asia y el Cercano Oriente, escribió un libro: "Países extraños y pueblos amigos", en una de cuyas páginas puede leerse: "Hablamos de nuestros altos standards de vida... Y ello suena a jactancia o fanfarronería. Nosotros costeamos programas agrarios en beneficio de los terratenientes... Enviamos expertos técnicos al extranjero a ayudar en la selección de semillas, en la conservación del suelo, en la lucha contra la malaria, y así por el estilo. Pero jamás levantamos la voz en favor de reformar los corrompidos sistemas de ocupación de la tierra, bajo los cuáles un aumento de la producción sólo contribuye al beneficio de unos cuantos... Hablamos de democracia y de justicia; y al mismo tiempo apoyamos ciertos regímenes sólo por ser anticomunistas, regímenes cuyo objetivo es mantener la democracia y la justicia permanentemente fuera del alcance de los campesinos para así proteger sus intereses creados. Respaldamos con billones de dólares gobiernos reaccionarios y corrompidos que eximen a los ricos de los impuestos sobre la renta y hacen más y más apretado el entronizamiento de una oligarquía sobre la nación".

La actualidad internacional muestra una realidad compleja, muy similar a las vísperas de 1933. En muchos países asume contornos alarmantes la discriminación racial, el anti-semitismo, la persecución del hombre en las formas más agobiantes y variadas. Bajo una aparente defensa de la democracia se tiende obstinadamente a apagar la voz de los pueblos



mientras crecen los procedimientos vejatorios de la dominación imperialista. Hay una internacional del fraude, del más espantoso fraude a los sueños de paz y de bienestar de los pueblos, cobijada bajo la cortina de humo de una libertad teórica esencialmente imperialista, para provecho de las dictaduras. Asume la apariencia de una abnegada defensa de la justicia, pero atenta contra los más primarios sentimientos de la auténtica libertad.

En Latinoamérica las experiencias de la "democracia" ofrecen un variado mosaico de intenciones y resultados. Las potencias imperialistas realizan frecuentes maniobras intervencionistas para influir sobre políticos dóciles y conquistar el poder contra la voluntad popular, con su larga secuela de calamidades. Es muy aleccionador al respecto y vale la pena divulgarlo, el libro "Sentido común", que en 1935 escribió el mayor general Smedely D. Butler, del Cuerpo de Infantería de los Estados Unidos, para descargar su atormentada conciencia. En uno de sus párrafos más sustanciosos se advierten confesiones como ésta: "Pasé treinta y cinco años y cuatro meses en servicio activo, formando parte del cuerpo militar más agíl de nuestro país: el Cuerpo de Infantería de Marina. Serví en todos los grados, desde segundo teniente a mayor general, y en todo ese período empleé la mayor parte de mi tiempo haciendo de bravucón de alto rango al servicio de los grandes negocios, Wall Street y los banqueros. En resumen, fui un malhechor al servicio del capitalismo... Así es como en 1914 ayudé a hacer de México, y especialmente de Tampico, un lugar seguro para las empresas petroleras americanas. Contribuí a convertir a Haití y Cuba en lugares decentes en los que los muchachos del National City Bank recaudaron sus utilidades. Ayudé a purificar a Nicaragua, de 1909 a 1912, para la casa bancaria internacional de Brown Brothers. Alumbré el camino en la República Dominicana, en 1916, para las empresas azucareras estadounidenses. Ayudé a preparar a Honduras para las compañías bananeras de los Estados Unidos en 1903. En China ayudé, en 1927, a asegurar que la Standard Oil se abriera paso sin molestias. En esos años tuve un negocito jugoso, como dirían los muchachos de la trastienda. Fui premiado con honores, medallas y ascensos. Mirando retrospectivamente, creo que habría

*podido darle algunas ideas útiles a Al Capone. Lo más que él pudo hacer fué operar con su banda en tres distritos. Nosotros los marinos operamos en tres continentes”.*

*Es indispensable nutrir los verdaderos sentimientos y aspiraciones democráticas con la lectura de materiales que aporten un examen honesto de los perfiles reales del racismo y del antisemitismo y de las causas que los engendran, a fin de identificarlos y exponerlos a la reprobación de los hombres libres. Su divulgación adquiere en estos tiempos una vigencia imperativa.*

*Estamos seguros que estos trabajos del doctor Emilio Troise, profunda contribución a la dignidad del hombre y a su libertad, actualizados por la gravitación de hechos históricos bien conocidos, serán leídos y estudiados con atención por todos aquéllos que están dispuestos a resistir, con todas sus fuerzas, el envilecimiento del género humano que las nuevas corrientes del racismo imperialista propugnan.*

ISAAO KORNBLIHTT

## DECLARACION INICIAL DEL COMITE CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO DE LA ARGENTINA

*Julio de 1937*

Entre las muchas ilusiones con que se nutre la mente de los pueblos de América hay una que, por antihistórica, es la más nociva. Se ha pretendido que América tiene un destino propio, inmanente a su posición y a su aislamiento geográfico; y se ha afirmado que los males que germinaron y mantienen en angustiosa zozobra a la vieja Europa, desde la gran guerra hasta nuestros días, no encontrarían entre nosotros ambiente propicio para su desarrollo.

Ni América tiene un destino propio, ni la civilización americana tiene un contenido original. Todo lo que era original por autóctono, ha sucumbido ante la penetración de civilizaciones milenarias o se ha fundido con ellas. Los elementos autóctonos de América no han sido el fundamento cultural de su historia. Por el contrario, han sucumbido y han sido sofocados en sus manifestaciones originales por la corriente civilizadora y la conquista, que se ha despreocupado de los valores espirituales de los pueblos en que se desarrollaba. Civilización creadora de incalculables riquezas materiales, sólo ha considerado al elemento humano como productor de bienes concretos.

Nuestra civilización americana se ha desenvuelto siguiendo el ritmo de la civilización europea. Sistemas y métodos, técnica e instrumental, hombres y cosas, ideas filosóficas y políticas, corrientes emocionales y míticas que los hombres llevan consigo, todo nos ha venido en mayor o menor escala y con un ritmo más o menos tumultuoso, para entroncar con



la realidad americana, precaria en hombres, pero inconmensurable en posibilidades por su riqueza natural.

América, y con ella nuestro país, han ido estructurando su historia sin dejar de sentir, en ningún momento, el influjo exterior. Vana ilusión la de pretender que todo el trabajo implicado en la creación de la cultura del resto del mundo había de sernos extraño. Nos llega con los hombres; nos llega con los instrumentos que los hombres inventan; nos llega con el libro en que los hombres fijan el flujo incontenible de su pensamiento; nos llega con la obra de arte en que los hombres traducen su emoción íntima y profunda, su constante anhelo.

Después de la gran guerra, problemas que no habían tenido repercusión entre nosotros comienzan a agitar la conciencia de hombres y grupos. La crisis ha sido tan profunda que todo fué conmovido: la estructura material y moral del mundo social, las ideas y los regímenes, las costumbres y las instituciones. Algunos de esos problemas sólo habían tenido formulación teórica en ciertas mentes ultraconservadoras. Entre ellos, el problema racial y concretamente el problema judío. Hoy, en nuestro país, como en muchos otros de América, ha dejado de ser un problema. Es un hecho y un hecho grave en sus proyecciones y en su significación para el futuro democrático de nuestras instituciones y de nuestra historia civil.

Hay una campaña sistemática de descrédito y de calumnia contra el judío, sea cual fuere su ubicación social; persecución llevada por elementos que se pretenden nacionalistas y que sirven así fines inconfesables, al servicio de gobiernos extranjeros que han hecho de la brutal y cínica persecución al judío el núcleo de toda su política nacional. En revistas científicas se han hecho publicaciones realmente monstruosas acerca de los judíos que, si evidencian la enorme ignorancia y obcecación del autor, testimonian también la existencia de una mentalidad y un estado de ánimo que urge a los hombres libres y honestos del país impedir que se difunda, en defensa de nuestra cultura y de nuestra dignidad nacional. El odio racial tiene también en nuestro país sus cultores literarios. Y desde el cartel delictuoso e impudicamente brutal, hasta las amenazas de pogroms a los barrios judíos, todo se ha hecho.

La colectividad israelita en la Argentina, integrada por elementos de todas las clases sociales y que comprende vastos núcleos de intelectuales, obreros, agricultores, comerciantes, etc., ha certificado su honesta y fecunda colaboración en el desarrollo progresivo del país, con el aporte de energías y aptitudes que en oportunidades repetidas han sido reconocidas por los hombres más representativos de la opinión nacional.

Hombres libres, de ideas filosóficas y políticas muy diversas, nos reunimos para afirmar el respeto que esa colectividad nos merece, como integrante de nuestra nacionalidad. Trataremos por todos los medios que ese respeto y ese sentimiento solidario de convivencia sean efectivos. No consentiremos en que se haga de los judíos una minoría oprimida, vejada y perseguida. Reivindicamos para nuestro suelo, al amparo de instituciones democráticas que están sufriendo el embate abierto o insidioso de la reacción, la más amplia libertad de pensamiento y de creencia y ninguna limitación para su expresión. Sólo así nuestra vida colectiva seguirá desarrollándose en la órbita liberal de fecunda y amplia tolerancia que nuestra Constitución Nacional ha establecido.

Esta es la única y verdadera tradición que la Argentina se enorgullece en compartir con los pueblos más civilizados del mundo: respeto a la persona en su integridad moral y física.

Detrás de la sistemática campaña racial está el odio a todo lo que es y quiere seguir siendo libre y digno.

A todos incumbe defender esa libertad y esa dignidad.

## EL PROBLEMA RACIAL

(Política y Ciencia)

Acto en el teatro Marconi, setiembre 27 de 1937

El problema racial ha dejado de ser un problema de investigación científica. Hoy es un problema político. Causas político-sociales lo han actualizado y su solución tiende a hacerse con criterio político y no científico.

Es éste un hecho que conviene destacar.

Hay, todavía, mucha gente profana y, también, muchos hombres de ciencia, que afirman la independencia de la actividad científica, con respecto a la vida social que los rodea.

Hablan de la ciencia como de una entidad que se substraee al ajeteo, a la pasión, a las grandes y pequeñas angustias y necesidades del hombre mismo, que la elabora y le da forma.

El hombre de ciencia es, para ellos, un vigía solitario, buscando incansable en la noche de nuestra ignorancia, atisbando ansioso el primer fulgor que anuncie un rudimento de verdad —para alumbrar la senda accidentada del vivir.

El libro de Carrel: "El hombre, ese desconocido", libro reaccionario y mediocre, está, desde el comienzo al fin, todo inspirado en esa concepción que es la negación del proceso mismo por el cual la ciencia se ha construído y se seguirá construyendo.

Y así aparecen, seguramente, también a la imaginación ingenua, las figuras legendarias y casi mitológicas de Demócrito y de Arquímedes, de Copérnico y de Harvey, de Galileo Galilei y de Newton, de Lavoisier y de Laplace, de Lamarck y de Darwin, de Claudio Bernard y de Pasteur y más cerca de nosotros, esa gran figura de Iván Pavlov, trabajando incan-

sable a los ochenta y cinco años, en medio de la más grande y promisoría revolución que haya sido dado presenciar a los hombres: la revolución rusa.

¡Nada más falso y nada más ilusorio!

Las clases que dominan el mundo, han tratado siempre de imponer una dirección y una solución a los problemas que la investigación aborda. Es ésta una verdad que los hechos verifican a cada instante. De ella se deriva esta otra comprobación, fecunda en consecuencias y en proyecciones: la ciencia ha tenido, siempre, un carácter político, en cuanto ella refleja el proceso de la inteligencia aplicada a las cosas de la naturaleza y del espíritu, bajo el control de las clases que dominan el agregado humano.

Sólo los ideólogos que creen que el devenir del mundo se construye según una lógica immanente a la razón, siguen afirmando la independencia de la ciencia, con relación al resto de la actividad social.

Hoy, época de profunda conmoción social, en que todos los principios y todas las normas más o menos liberales y democráticas van a parar al rincón de los trastos viejos, la ciencia tiende cada vez más a convertirse en instrumento de predominio, en elemento de opresión y de selección invertida, en manos de las castas reaccionarias que sueñan con un mundo medieval, jerarquizado y estático.

## CIENCIA Y POLÍTICA

En la Alemania parda, en la Italia fascista, en la Rusia comunista, y en la Francia democrática, se suma y se resta por el mismo procedimiento: se extrae la raíz o se busca el logaritmo de un número, de la misma manera.

Bajo un régimen dictatorial y bajo un régimen democrático, la experiencia del péndulo de Foucault —para probar que la tierra gira— se realizará con el mismo dispositivo.

Donde el pueblo vota y elige, como donde el pueblo es substituído en esa función elemental por las minorías reaccionarias que hacen del patriotismo un patrimonio de castas, se investigan por la misma técnica los gases de la sangre y se

colorean por el mismo método los bacilos de la tuberculosis o de la lepra.

Entonces, se dirá, ¿cómo puede afirmarse el carácter político de la ciencia en general sin caer en una exageración?

¿Se ha preguntado alguien, sin embargo, a qué obedece ese fervor y ese entusiasmo con que las clases dirigentes, en todas partes, desde Estados Unidos hasta Alemania, desde Italia y Francia hasta nuestro país; ese fervor, decimos, con que las clases dirigentes estimulan y abrazan las filosofías irracionistas, que fundan la comprensión de la vida en la intuición y el instinto?

¿Se ha preguntado alguien por qué los físicos católicos como Duhem, por ejemplo, saludaron alborozados la tendencia a negar valor explicativo a las teorías científicas y a considerarlas sólo como un simbolismo cómodo y útil, bueno para manejarlos con las cosas pero no para penetrar en la intimidad de lo real?

¿Se ha preguntado alguien qué significado y qué sentido tiene esa tendencia a suprimir de la física, por ejemplo, todo contenido sensible y experimental para reducirla a una formulación matemática pura?

Todo ello integra la crisis del sistema, que no podría dejar de repercutir en la atmósfera ideológica del sistema mismo.

Con una ciencia que no haría más que traducir, simbólicamente, lo que es cómodo y útil, el hombre está obligado a buscar el criterio de la verdad, fuera de la ciencia y de la razón. Y se cae, entonces, en lo irracional y en la revelación. Y lo irracional y la revelación, son los instrumentos adecuados para el predominio de las castas y de las clases, frente a la creciente clarificación de la conciencia de la muchedumbre.

### IRRACIONALISMO

Toda la filosofía del nazismo, está resumida en esta profesión de fe irracionalista, de uno de sus teóricos: "El más alto saber que una raza puede alcanzar, dice Rosenberg, está contenido por completo en su primer mito religioso. Y en el reconocimiento de este hecho reside la suprema sabiduría de los hombres".

Nada hay de qué asombrarse, cuando se proclama al mito, fuente de toda sabiduría y cuando esa sabiduría es algo así como una inspiración divina, inerustada en el pasado remoto de la estirpe.

Taumaturgia y superchería: he ahí las fuentes de la sabiduría racista.

Pero esto del mito, es una forma de captación de la conciencia ingenua del pueblo teutón; el velo con que se disimula la verdadera naturaleza del racismo, al servicio de la plutocracia pangermanista, que intenta restaurar su poderío, con la sangre y el hambre de su propio pueblo.

Los jefes y los teóricos nazis no preparan su potente máquina guerrera, desde el tanque al aeroplano y desde la metralla a los gases venenosos, con la sabiduría que emana del mito religioso primitivo. La preparan con la metódica sabiduría de una ciencia objetiva, puesta al servicio de una causa brutal y regresiva.

Decimos que no es paradójal la afirmación del carácter político de la ciencia.

El carácter político de la ciencia, deriva, en último análisis, de este hecho fundamental: la vida social está subordinada a las conveniencias de ciertos grupos directores, conveniencias que no coinciden con el interés general y humano.

La ciencia perderá ese carácter, cuando la vida social adquiera el sentido solidario y universal de que actualmente carece.

El nazismo ha utilizado sobre todo un sector de la actividad científica, para fundar sus teorías extravagantes, ridículas y brutalmente cínicas. Nos referimos a la biología general y en particular a la antropología.

Todos conocen la manera simple con que el nazismo plantea el problema de las razas. Hay una raza aria en la que se suman todas las perfecciones físicas, intelectuales y morales. Es el arquetipo humano. De ella deriva todo lo que la civilización tiene de superior y de eterno.

Hay una serie de otras razas inferiores, condenadas, por su misma imperfección original, a ser la hez del mundo. Escoria humana por los siglos de los siglos.



Cuando los arios cayeron en la torpeza de cruzarse con esas razas, comenzó para ellos una dolorosa expiación: las virtudes y las cualidades originales de lo ario y de lo nórdico sufrieron un desmedro y el mundo entró en la faz de la degeneración y de la regresión.

Los arios, fundadores de civilizaciones, estaban a punto de perecer asfixiados por la raza mediocre, cuando el nazismo apareció, como inspiración divina, para salvar al mundo de la ruina moral y física.

### INGLESES Y JUDÍOS

Entre estas razas inferiores está, en primera línea, por sus cualidades diabólicas, la raza judía, que impurificó la vida alemana durante siglos.

Hasta antes de la guerra de 1914, compartían las cualidades arias, juntos con los alemanes, los ingleses y otros pueblos del Norte.

Durante la guerra hubo también, una gresca antropológica: los ingleses fueron despojados, por los antropólogos racistas, de los caracteres arios que ellos mismos les habían asignado. No les quedaba ni una gota de sangre aria; eran sólo miserables occidentales que habían, en el curso de los siglos, aniquilado todo rastro ario por la proliferación de una raza inferior.

Pero terminada la guerra y en camino de atraerse la opinión inglesa —para con ello atenuar en algo las duras condiciones del tratado de Versalles— hay un viraje en las concepciones de los antropólogos racistas. Inglaterra vuelve, nuevamente, a ser uno de los países más nórdicos y más arios de la tierra.

He ahí una comprobación de lo que decimos al comienzo: la ciencia subordinada a una tendencia política: los sabios fabricando teorías y concepciones adecuadas a los intereses de las clases directoras y de las castas reaccionarias.

¡Indignidad y miseria de la inteligencia, sometida y servilizada por una reacción cavernícola!

El racismo alemán es una de las manifestaciones de estupidéz colectiva más evidente y a la vez más desconsoladora.

### LAS RAZAS PURAS

La ciencia antropológica había llegado a una conclusión categórica e irrefutable: no hay razas puras. Sin entrar al problema —que es, sin embargo, de una extraordinaria importancia científica— de si el hombre deriva de un solo tronco o de varios troncos, es decir, si hay mono o polifilesia, todos los antropólogos serios habían llegado a esta conclusión: cada vez más, la humanidad va presentándose como una fusión de razas que pierden sus caracteres originales para darnos un tipo sobre el cual obran, de un modo evidente, el medio ambiente natural y social.

La raza es, en cierta manera, una ficción antropológica; es decir, un concepto esquemático, elaborado tomando las notas más salientes, pero que en modo alguno son específicas de la raza considerada. Ningún carácter anatómico es inmanente a la pretendida raza semítica o a la mongólica, por ejemplo.

Los antropólogos han recorrido toda la serie de los caracteres y de las formas, desde el eráneo hasta el cabello, desde el color de la piel y la disposición de los ojos, hasta la talla y la arquitectura del esqueleto, buscando un elemento de distinción, de separación entre una y otra raza humana.

Todo ha sido inútil. Hay dolicocefalos y braquicefalos, altos y bajos, rubios y morenos, de cabello lacio o de cabellos ensortijados, en las más diversas latitudes.

En una misma región hay un porcentaje de dichos caracteres, distribuidos en forma tal, que invalida toda pretensión de que exista una raza pura.

Quedan por ahí algunos núcleos en regiones casi inaccesibles, en que la pureza autóctona de la raza se mantiene.

Pero en lo que llamamos mundo civilizado —en los diversos continentes—, hay fusión de razas. Un lento proceso de recíproca penetración, configura variedades en que los caracteres originarios se modifican, unas veces para atenuarse, otras para exaltarse.



## LAS RAZAS AUTÓCTONAS

Las razas autóctonas de nuestra América, por ejemplo, van sufriendo una lenta y dolorosa extinción. Nuestra civilización no se ha preocupado de ellas, en la medida que todo lo humano lo reclama.

Duras condiciones de vida, explotación brutal, miseria, alcohol, coca, tuberculosis, sífilis, paludismo, etc., van liquidando al aborigen cuya inferioridad racial, es ante todo, inferioridad social. Y en otras regiones del mundo el mismo proceso de extinción se realiza en las razas aborígenes.

Este hecho plantea, en el problema general de la evolución de las especies, una cuestión fundamental. El hombre, como animal, está sometido a las leyes generales de la biología, que expresan el proceso de permanencia, reproducción y transformación de la vida. Lo que la biología, en los diversos capítulos, establece para las otras especies y géneros animales y vegetales, es válido para el hombre. Ese hombre, en los milenios incontables en que abandonó la pura animalidad, es inseparable y forma todo uno con su medio histórico y social.

El hombre ha creado, en el correr de siglos, toda una estructura que, en cierta manera, mediatiza la acción que la naturaleza ejerce directamente sobre los otros seres.

Cuando se habla, entonces, de las razas, no está permitido hacerlo en la forma simple, esquemática e irreal con que lo hacen los antropólogos racistas. No hay una raza, con un carácter morfológico y espiritual inmutable, que como tal se manifiesta a través del proceso de su desarrollo histórico. Eso es una fantasmagoría y una pretensión interesada. El grupo humano configura su estructura mental y espiritual y a la larga su arquitectura anatómica, en un proceso de acción recíproca con su medio natural y con su medio social, es decir, forma un todo indisociable con su historia misma. Nuestro gran paleontólogo Florentino Ameghino, ha dicho en su "Filogenia", que la naturaleza sólo ha formado y forma colecciones de individuos que se parecen entre sí y que sólo parecen inmutables en el cortísimo espacio de tiempo que representa nuestra existencia, pero que se modifican, se transforman, se reúnen o se subdividen, en la sucesión de los tiempos geológicos.

Sólo la seudo-ciencia nazi y racista puede invocar la inmutabilidad y la perfección original, para la pretendida raza ario-nórdica, cuyos representantes actuales se proclaman.

### ESQUEMA DEL ARIO

Algunos antropólogos racistas, ante la imposibilidad de construir un tipo físico racial ario, han pretendido hacer una caracterización moral e intelectual de lo ario. Todas las cualidades excelsas le fueron atribuídas, desde el espíritu de inventiva y de creación, hasta el desinterés y el coraje y la devoción por los principios más elevados que dignifican la vida humana.

¿Y qué es lo opuesto a lo ario y lo nórdico, según el racismo nazi? El espíritu judío. El racismo ha acumulado sobre el judío todas las más despreciables y monstruosas cualidades humanas. La vileza y la indignidad serían consubstanciales al judío. Por ellas se define lo judío, según el racismo.

Los vicios y las lacras que el racismo imputa al judío, son los vicios y las lacras que todo hombre que observe sin prejuicio, encontrará en cualquier raza o agregado condicionados, ante todo, por factores sociales y educacionales y en menor grado por factores biológicos y constitucionales.

No hay un plasma germinativo de naturaleza viciosa, criminal, en una palabra monstruosa, que se exterioriza en una raza o en un individuo, como si esa raza y ese individuo estuvieran condenados a la monstruosidad y al crimen sin remedio. Y eso sin entrar a la consideración de que lo vicioso y lo criminal son valoraciones, juicios éticos de un carácter circunstancial y relativo.

### MEDIOS SOCIALES

La degeneración biológica no es una fatalidad irreparable, como no lo es la degeneración moral, sino en el menor número de los casos. El hombre es una realidad dinámica en función de un medio histórico y social. Toda virtud y toda sublimidad

—como toda indignidad y toda vileza— necesitan, en general, un ambiente para manifestarse.

He ahí el valor incalculable de la sana educación precoz, del medio higiénico en el sentido amplio del concepto, en que el niño debe crecer para que sea sano de cuerpo y sano de espíritu. Esto, que es elemental, está confirmado por la experiencia universal. Pero la ideología racista y nazi, fárrago de absurdidades, apresuradamente urdido para dar apariencia de racionalidad a un movimiento subalterno y brutal, desconoce esta verdad elemental. El mundo sigue con angustia y con asombro la trayectoria sangrienta, turbia y amenazante de esta ideología absurda. Un pueblo esclavizado y hambriento ha sido omnubilado por el opio de un racismo nacionalista y agresivo.

Su miseria y su esclavitud no son la obra de un sistema social que se debate en sus propias contradicciones; no son, también, en parte, las consecuencias lejanas de la guerra imperialista de 1914; son la obra de una casta de judíos explotadores y bolcheviques por añadidura. Para libertarse de la miseria y de la esclavitud, el pueblo alemán tiene que exterminar al judío y al comunista: he ahí el resumen glorioso de la ideología nazi.

Hombres libres, con la conciencia que comporta esa libertad que estimamos como la dignificación de la vida misma; animados de un hondo respeto por la persona humana a cuya liberación nos debemos —seguros de que fuera de una amplia justicia social, la vida será siempre dolor estéril— nos hacemos un deber en combatir el odio de razas y toda tentativa para que arraigue en nuestro suelo.

## AUTARQUIA TOTALITARIA

*Acto en la Casa Suiza, abril 19 de 1938*

La ilusión de que cada pueblo puede construir su destino por la sola acción de las fuerzas internas que lo animan, con exclusión de los acontecimientos exteriores; la pretensión de que la tradición democrática basta para preservar de toda veleidad dictatorial y totalitaria; la creencia de que es posible crear una barrera infranqueable contra las corrientes ideológicas y los intereses que esas corrientes encubren, se han mostrado, una vez más, falsas y peligrosas para el destino de nuestro pueblo.

Todo suceso, todo acontecimiento que se verifique, así fuere en el rincón más apartado del mundo, tiene su repercusión y su influencia en la vida del resto, y desgraciados los núcleos que desestimen o descuiden la importancia de los hechos, porque ellos se produzcan fuera o lejos de sus fronteras.

Es ya un axioma, es ya una verdad que no necesita demostración alguna, ésta de la acción recíproca en la vida de las naciones. Si la pérdida de la cosecha de trigo o de lana en nuestro país, repercute en la vida de otros países productores de trigo o de lana, Australia, Canadá, Nueva Zelandia por ejemplo y a la vez en la de los países meramente consumidores; si el solo problema del posible agotamiento de las reservas de petróleo en Norteamérica, repercute sobre la vida y la política de México y de nuestro país mismo, por ejemplo, sin contar la lucha gigantesca por el acaparamiento de las fuentes petrolíferas entre Inglaterra y Estados Unidos, ¿cómo afirmar, sin caer en la absoluta incomprensión del proceso histórico, que la autarquía material y la autarquía intelectual no

sólo son posibles sino deseables y que de ellas dependen la fortaleza y el bienestar espiritual y material de nuestro pueblo.

El aislamiento de las naciones, parece haber sido olvidado, es una de las fuentes de la incomprensión y del choque. Ni la estructura ni las posibilidades naturales permiten que cada país produzca todo lo que necesita; ni la humanidad se beneficia con el retraimiento y el desconocimiento de los valores que cada pueblo es capaz de crear. De la cooperación y de la solidaridad entre las naciones, dependen el bienestar, el progreso material, la superación moral, la tolerancia y la comprensión que librarán a los hombres del dominio ciego de lo atávico y de lo heredado.

Cada país tiene, por razones históricas, por motivos geográficos y étnicos, posibilidades que debe cultivar. Y cada país sirve tanto más a la superación humana, cuanto más consciente y libremente cultiva esas posibilidades y las ofrece al resto del mundo.

Los países totalitarios nazi-fascistas proclaman la autarquía de fronteras adentro, para ellos se entiende, pero realizan una tarea de penetración insidiosa en estos pueblos desprevenidos de América, a los que creen presa fácil de sus designios de dominación. Estos son los acontecimientos graves que se han producido y a que he hecho referencia al comienzo.

América paga, junto con el resto del mundo, las consecuencias de la paz de Versalles. Otra comprobación de que no hay hechos aislados e inconexos en la vida del mundo social.

El tratado de Versalles balcanizó a Europa; la convirtió en un semillero de rencores, de odios y de irredentismos. No importa que Alemania vencedora, habría impuesto un tratado mucho más brutal y más esclavista. Alemania era Alemania —país dirigido por una casta agresiva, aristocrática, galvanizada por el sueño de un poderío teutónico extendido sobre Europa y el mundo—, mientras que los vencedores, habían hablado, hasta el momento mismo del armisticio, el lenguaje del derecho y de la justicia y afirmaron que aquella debía ser la última guerra.

Ilusión y miseria de los vencedores —que se dejaron arrastrar por un sentimiento de venganza contra un pueblo que había hecho la guerra porque no había sabido evitarla.



pero que no era el único responsable de la hecatombe. Y después de Versalles, las llamadas democracias occidentales, en vez de estimular la formación de una vigorosa democracia social alemana, como la mejor garantía de la paz y de la civilización, se empeñaron en aherrojarla y trabarla. Y no cesaron en esta tarea hasta invalidarla como elemento de gobierno, útil a la paz de Europa y al pueblo germánico. Y así surge, bajo la opresión de Versalles, y disfrazado como interés nacional, los intereses de los grandes plutócratas del Reich y de los junkers, el siniestro movimiento nacionalsocialista, del cual Hitler es el exponente.

Y lo que no acordaron, las democracias de occidente, a la naciente, vacilante y débil democracia alemana, han debido acordarlo a la amenaza nazi.

El nazismo esgrimió la bandera de la liberación nacional alemana, aplastada bajo el tratado de Versalles. El mundo, sin embargo, parece frágil de memoria. Es bueno recordar aquí que los únicos sectores del mundo que proclamaron abiertamente que toda paz con anexión y con desmembramiento territorial y colonial, significaba una nueva guerra, fueron los sectores obreros y socialistas del mundo. Mientras Wilson —que desconocía en absoluto el problema de Europa— proclamaba sus catorce puntos pero se dejaba desbordar por la violencia de Poincaré, Clemenceau, etc., y llegaban así a estructurar esa máquina de opresión que fué el tratado de Versalles, las Internacionales Obreras y Socialistas refirieron su adhesión a una paz humana como ya lo habían proclamado antes los bolcheviques al asumir el poder en Rusia.

Nadie hizo caso de esta admonición y todos —desde los traficantes y usufructuarios de la guerra que abundan en todas las patrias, hasta los que sinceramente la habían hecho y la habían sufrido— hablaron de la traición socialista. No se concebía la paz sin sanciones, cuyo solo enunciado indicaba ya la imposibilidad de cumplirlas. Y así estamos de nuevo en vísperas de otra guerra, sin que los pueblos que han de pagarla con su miseria y su sangre, hayan abierto los ojos, todavía, a las causas profundas y no aparentes que la desencadenan.

El mundo presencia, mejor dicho, vive hoy las consecuencias remotas del error de Versalles. La Alemania nazi ha vuel-

to a ser un poderoso instrumento de agresión; y quien dice agresión, dice opresión, violencia incontrolada y bárbara. Y ya ha comenzado la realización exterior de sus planes. Ante el embarazo y el miedo de las democracias de occidente; ante la estupefacción de su propio aliado en el menosprecio por el derecho de los pueblos débiles —el señor Mussolini—, el nazismo ha consumado la anexión de Austria, con el cinismo que es propio del que se cree fuerte y capaz de usar su fuerza sin escrúpulos. Junto a él, los fascismos italiano y japonés se disponen en una misma línea de agresión y de menosprecio al derecho de los pueblos débiles e inermes. Etiopía y China sufren las consecuencias de este imperialismo de menesterosos.

Frente a esta Europa que está ya en guerra, como lo prueba la España heroica invadida por los ejércitos nazi-fascistas, ¿cuál es el porvenir de nuestra América? Estamos ya envueltos en la red finísima y sutil que el nazi-fascismo ha comenzado a tejer con intención de hacer de nuestros pueblos factorías y colonias, aptas para proveerlos de materias primas y de bases de agresión a otros pueblos de Europa y del norte de nuestra América.

Hasta no hace mucho tiempo parecía que sólo el Brasil había sufrido una fuerte infiltración nazi-fascista y japonesa, favorecida por la política reaccionaria y dictatorial del presidente Vargas. Luego aparecieron la legislación antijudía del Ecuador y los hechos de Bolivia. En el Uruguay, con la electrificación del Río Negro —en que se invierten más de 20 millones de pesos oro—, el nazismo asienta su penetración sobre bases sólidas. Entre nosotros comienza recién a tenerse idea del poder que el nazismo ha adquirido y de su ubicación estratégica. Un hecho permitió tomar el hilo de la trama: las denuncias del gobernador de La Pampa sobre la existencia y funcionamiento de escuelas nazis en aquel territorio.

Doscientas tres escuelas diseminadas en todo el país y ochenta y siete en la sola provincia de Entre Ríos; el representante diplomático del Tercer Reich interviniendo activamente, ejerciendo coacción sobre los alemanes independientes que actúan al frente de las instituciones culturales, para someterlas a la hegemonía nazi; innumerables asociaciones de tipo militar que a vista y paciencia de las autori-

dades hacen ejercicio, se adiestran, saludan a la manera nazi y prorrumpan en el clásico "Heil Hitler, Deutschland über alles"; oficiales, algunos de alta graduación de nuestro ejército, presenciando complacidos esos simulacros y saludando, ellos también, la swástica; ellos que se llaman soldados de un país democrático, con una Constitución liberal que proscribe el odio de razas, reverenciando el símbolo de la violencia ciega y estéril, que persigue la cultura y amenaza crear masas de esclavos al servicio de su pretendida superioridad racial.

Toda la actividad industrial y comercial alemana, en nuestro país, está bajo el severísimo contralor nazi; otro tanto puede decirse y probarse de la actividad italiana. Contribuyen a financiar la propaganda nazi-fascista en nuestro país.

Pero hay, por sobre todo ésto, un hecho esencial que atañe al porvenir mismo de nuestro pueblo: aquí no pueden existir minorías o núcleos raciales o nacionales, en oposición con el espíritu de nuestras instituciones democráticas y liberales. El hombre que se incorpora a la actividad privada y pública en nuestro país, deja de ser un extranjero, para ser un ciudadano argentino con los deberes y los derechos que tal condición le imponen. Aquí no puede haber, en el sentido social y político, núcleos extranjeros con privilegios que reivindicar. Incorporados a la corriente general de nuestra vida, deben orientar su acción en el sentido de la superación moral y material del país en el pleno goce de su autonomía política y económica.

Sabemos que no existe en nuestro país, todavía, una conciencia clara y reflexiva de la nacionalidad y que no basta proclamarla para darle realidad. Todo ello es necesario crearlo por una acción continuada, enérgica, no exenta de sinsabores y de riesgos. Pero es la única manera de hacer del país una unidad cultural, de aniquilar los vestigios coloniales que nos inferiorizan. Hay que crear en los hombres que viven en este suelo, la conciencia y el sentimiento de que fuera de la democracia social y política todo es ilusorio e inestable, y de que ningún genio puede reemplazar al esfuerzo y a la cooperación común, conscientemente realizada y tendiente a crear y hacer



efectiva la solidaridad interna y la elevación cultural de nuestras masas.

Contra todo esto conspira la política y la penetración de los países totalitarios nazi-fascistas: odios de razas, aniquilamiento de las fuentes mismas de la creación cultural, exaltación de las más bajas cualidades humanas, desprecio de la inteligencia crítica y libre, esclavitud en el trabajo. He ahí la perspectiva trágica, sangrienta y oscura como su brutalidad, que nos depara el nazi-fascismo. He ahí lo que significa el mito de una nación fuerte: dictadura de una plutocracia que cubre su interés específico con el símbolo de la nacionalidad.

Esto es lo que nos espera si todos: obreros, intelectuales, ciudadanos laboriosos de un país que quiere hacer efectiva una sana democracia, nos cruzamos de brazos y sonreímos ante el paso de ganso o el haz de los lictores, creyendo que basta, para preservarnos de la infiltración nazi-fascista, nuestra límpida tradición liberal y democrática.

## LA TEORIA RACISTA Y LA CIENCIA

*(Los germanos no son arios)*

*Conferencia en la A.I.A.D.E., junio 4 de 1938*

Circunscribir una cuestión tan vasta e intrincada como la de las razas, en el corto espacio de una exposición, es poco menos que imposible.

El problema racial está tan íntimamente vinculado a una serie de problemas biológicos por una parte y sociales por otra, que se hace difícil tratar un aspecto con descuido del otro. Esta vinculación es una nueva demostración de la acción recíproca entre naturaleza y hombre, y quién pretenda desentenderse de algunos de los elementos complejos que integran esta trama, caerá en conclusiones unilaterales y por ello erróneas.

El problema de las razas parecía dormir una especie de sueño invernal.

De ese sueño un poco apacible, no vino a sacarle ningún nuevo descubrimiento paleontológico; es decir, no apareció ningún documento fósil que obligara a revisar las ideas a que los paleontólogos y antropólogos habían llegado en materia de origen, transformación y clasificación del género humano.

De ese sueño le sacó bruscamente para actualizarle, la grave crisis social y política que siguió a la guerra imperialista de 1914. Otra prueba más de esa acción recíproca de que hice mención recién, y que confirma la no independencia de una ciencia, así fuere natural, con respecto al medio social en que vive el hombre que investiga y construye esa misma ciencia.

La historia de la ciencia está jalonada por esta influencia recíproca, y para no ir muy lejos, y para quedar en la órbita de la ciencia natural, recuerdo el caso de Darwin.

Es cierto que antes de él, el problema del origen, de la transformación evolutiva gradual o brusca de las especies, había sido abordado. Demócrito, Epicuro, Lucrecio, habían intuído, por la mera contemplación del espectáculo de la naturaleza y del hombre mismo, que lo real, es un flujo en permanente elaboración y modificación.

Lucrecio sobre todo, como dice Paul Nizan en su libro "Los materialistas de la antigüedad", "por el conjunto de su doctrina es como un inmenso presentimiento del porvenir de la ciencia: indestructibilidad de la materia afirmada en términos que anuncian a Lavoisier. Teoría del mecanismo y de la causalidad universales; teorías de las pasiones y del conocimiento, que anuncian a la fisiología y a la psicología modernas; esbozo de una evolución animal, que anuncia a Lúbboc y Darwin; y de la evolución humana, que anuncia a Marx y a la antropología moderna; teoría jurídica del contrato social, que hace pensar en Rousseau"<sup>(1)</sup>. Lamarek, había también publicado su "Filosofía zoológica", piedra angular en el bloque inexpugnable que el espíritu científico había de construir más tarde, frente a la ingenua cosmogonía bíblica y frente a la doctrina fijista y creacionista de Linneo y Cuvier.

Pero Darwin fué el que dió forma definida a la doctrina transformista, por la publicación sobre todo de cuatro grandes obras: "El origen de las especies", "La variación de las plantas y de los animales domésticos", "El origen del hombre", "La expresión de las emociones en el hombre y en los animales".

Había acumulado un material de observación extraordinario, en su viaje alrededor del mundo, en el "Beagle"; había trabajado intensamente, en su retiro, sobre todo ese material del cual había de salir, íntegramente, su teoría de la descendencia y de la variación de las especies.

(1) PAUL NIZAN: "Les Matérialistes de l'antiquité". Pág. 58 y 59.

En una carta dirigida en 1864 a Heackel, el primero y más ferviente de sus discípulos (en Alemania) le dice: "En la América del Sud me causaron profunda impresión tres clases de fenómenos: la manera cómo especies muy vecinas, se sucedían y se reemplazaban unas a otras, a medida que iba de norte a sud; el próximo parentesco de las especies que habitan las islas del litoral de la América del Sud con las que son peculiares a este continente, lo que me sorprendió sobremanera, así como la variedad de las especies que habitan el archipiélago de los Galápagos, inmediato a tierra firme; y finalmente, las estrechas relaciones que enlazan los mamíferos desdentados y los roedores contemporáneos con las especies extinguidas de las mismas familias. No olvidaré jamás la sorpresa que sentí al desenterrar un resto animal gigantesco análogo al de un animal viviente. Reflexionando sobre estos hechos y comparándolos con otros del mismo orden, parecióme verosímil que las especies vecinas fuesen la posteridad de una forma progenitora común. Pero, durante muchos años, me fué imposible comprender como una forma tal se había podido adaptar a condiciones de vida tan distintas. Apliquéme por lo tanto, a estudiar sistemáticamente las plantas y los animales domésticos y al cabo de algún tiempo, vi claramente que la influencia modificadora más importante residía en la libre elección del hombre y en la preferencia de individuos señalados para propagar las especies. Como había estudiado el género de vida y las costumbres de los animales, estaba suficientemente preparado para formarme una idea exacta de la lucha por la existencia y mis trabajos geológicos me habían hecho concebir la inmensa duración de los tiempos pasados. Habiendo leído entonces gracias a una feliz casualidad, el libro de Malthus sobre el "Principio de la población", se presentó a mi espíritu la idea de la selección natural"<sup>(2)</sup>. En este último párrafo está lo fundamental para nosotros. Darwin llega a la interpretación de un hecho, al cual atribuye valor universal y enorme en el proceso de creación y evolución de las especies, merced a una sugestión que nace de la lectura de un libro que trata de cuestiones sociales y económicas. Y ese libro de Malthus

(2) C. R. DARWIN: "El Origen del Hombre". Pref. en la edic. española.

—que refleja un momento de la evolución histórica y del proceso de superación social— es la expresión concreta del desarrollo de la sociedad capitalista inglesa. El error de Malthus consistió en transformar en leyes eternas e invariables —a la manera de las leyes naturales— los procesos que se operan en el ambiente histórico de una sociedad estructurada en clases. Consistió además, y esto es fundamental —como Marx<sup>(3)</sup> y Engels<sup>(4)</sup> lo hicieron notar en su tiempo—, en no comprender el valor de la técnica que invalida, en absoluto, la pretendida ley de Malthus expresada en el crecimiento aritmético de las subsistencias y geométrico de la población, de donde emanaría la fatalidad de la concurrencia y eliminación de los que se pretenden menos dotados.

Darwin no captó, en su hora, las diferencias esenciales de la sociedad humana y las agrupaciones animales que exteriormente se le parecen. De ahí su transferencia pura y simple de las leyes que Malthus había establecido para la sociedad inglesa de su tiempo, al proceso más vasto y radicalmente distinto de la transformación de las especies animales. Pero no es esto lo que interesa acentuar en este momento. Es el hecho de que una gran teoría biológica, de que una gran teoría que interpreta hechos de la naturaleza vegetal y animal, ha reci-

(3) MARX dice: “El empleo y la creación de medios de trabajo, aunque ya existan en germen en las especies animales, caracterizan el proceso de trabajo eminentemente humano. Y por ello Franklin da esta definición del hombre: el hombre es un animal creador de instrumentos (“a toolmaking animal”). Los progresos en los antiguos medios de trabajo tienen, para el estudio de las formas económicas de las sociedades desaparecidas, la misma importancia que la estructura de los huesos fósiles para el conocimiento del organismo de las razas extinguidas. Lo que distingue una época económica de otra, no es tanto lo que se fabrica, sino el modo de fabricarse los medios de trabajo con los cuales se fabrica.

“Los medios de trabajo son el gradímetro del desarrollo del trabajo humano y expresan a la vez las relaciones sociales en medio a las cuales se trabaja”.

“II Capitale”; pág. 146, ed. Cicotti.

(4) ENGELS añade: “La especialización de la mano, eso significa el instrumento y el instrumento significa la actividad específicamente humana, la reacción modificadora del hombre sobre la naturaleza, la producción”. “Dialéctica de la Naturaleza”; ed. Problemas, pág. 21.

bido luz e impulso de un libro que comenta y expone hechos de carácter social —vale decir— económicos y políticos.

Esto no amengua el valor de la obra científica de Darwin, ni implica la afirmación de que Darwin construyera, conscientemente, una teoría biológica para apoyar los métodos sociales y políticos de su clase. Significa el hecho más general y de más honda repercusión en el proceso de elaboración del conocimiento, que es comprensión y aprehendimiento de la realidad, significa, decimos, que la ciencia que el hombre construye, es una actividad compleja íntimamente vinculada a la trama de su vida social y que sólo por un artificio puede separarse de esa misma vida que vive el hombre que la crea. Lo que ocurrió con la teoría general de la evolución de las especies, ocurrió, también, con la resurrección de las teorías racistas que, como notamos al comienzo, dormían una especie de plácido sueño de marmota, hasta que la crisis político-social de la post-guerra iniciada con la ratificación del Tratado de Versalles las actualizó en ciertos países. Por ello hemos sostenido, alguna vez, que el problema racial había dejado de ser un problema de investigación científica, para ser un mero problema político, cuya solución tiende a hacerse con criterio político y adulterando los resultados de la investigación científica. La teoría de que las especies vegetales y animales, incluso la humana, no son hoy lo que eran hace miles de años, es decir, la teoría de que las especies sufren una variación o modificación en su estructura, tiene una validez general que ningún hecho científicamente establecido ha podido anular o limitar. Hasta que Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire, y más tarde Darwin y Wallace publicaron sus investigaciones, la ciencia de la naturaleza estaba dominada por el concepto de la fijeza invariable de las especies. Tal era la idea de Linneo, el gran botánico creador de la Sistemática, es decir, de la clasificación de las plantas y animales en géneros, especies, familias, razas, etc., que creía absolutamente invariables.

Linneo decía: hay tantas especies como salieron de manos del creador. La descripción bíblica de la creación era para él, como para Cuvier, y para casi todos los naturalistas de su tiempo, artículo de fe. Entre el hombre de la época de Linneo y el hombre del comienzo del mundo, no había absolutamente



ninguna diferencia; entre las plantas que Linneo clasificaba con genio indiscutible y las plantas a cuya sombra descansó el hombre primitivo, no había, tampoco, ninguna diferencia. Todo lo que existe es el testimonio de lo que existió. Cuando más admitía Linneo la aparición de alguna variedad o especie híbrida por cruzamiento.

Ustedes conocen la descripción bíblica de la creación. Todo en ella es simultaneidad: las plantas y los animales aparecen, bajo el soplo divino, en el mismo instante. Esa creación no se remonta, según la Biblia, a más de 7.000 años. La iglesia católica ha intentado, en varias oportunidades, sin éxito, adaptar este relato bíblico a los progresos del conocimiento en materia de geología y paleontología. Los estudios geológicos han disipado esta creencia ingenua en una creación subitánea y cercana.

La inmensa duración de los tiempos geológicos abisma el pensamiento del hombre cuando en ellos medita. Se calcula, aproximadamente, el espesor de la corteza terrestre en unos cien kilómetros y se la divide en dos grandes capas<sup>(5)</sup>. La primera está constituida por los terrenos azoicos o ígneos, formados por rocas fundidas solidificadas, en la cual no existen vestigios de vida ni de materia orgánica. La segunda comprende los terrenos llamados sedimentarios, depositados por las aguas, donde la vida testimonia su existencia por innumerables fósiles vegetales y animales<sup>(6)</sup>.

Son estos terrenos sedimentarios los que más interesan, pues es en ellos donde ha podido seguirse al hombre fósil, en su lentísima transformación, hasta nuestra época. Estos terrenos sedimentarios se disponen en cuatro grupos:

1º — Terrenos o período primario, cuya duración ha sido evaluada en millones de años, en que los únicos animales fósiles son moluscos, peces y batracios;

(5) D. PEYRONY: "Eléments de Préhistoire". Pág. 19 y sig.

(6) RAYMOND FURON: "Manuel de Préhistoire Generale", págs. 24 y sigs., asigna al Precambriano 800 a 1000 millones de años; al primario 350 millones; al secundario 100 millones y al cuaternario 500.000 años.

2º — Terrenos o período secundario, que dura una decena de millones de años, donde se han descubierto los más grandes reptiles conocidos, los pájaros y los primeros mamíferos;

3º — Terrenos o período terciario, más breve que el anterior, donde se encuentran los esqueletos de los mamíferos más grandes que se conocen y de algunos pájaros;

4º — Terrenos o período cuaternario, era en la cual vivimos y cuya duración no excede de algunos millares de siglos. En esta época, con absoluta seguridad se encuentra el hombre fósil desde los comienzos de la misma; aún cuando hay quien sostiene, que al final del período terciario existió ya el hombre y sus formas predecesoras.

Desde luego, después de esta brevísima reseña, ustedes ven que la tradición bíblica no queda muy bien parada.

Hay tres grandes épocas, tal vez sería mejor decir dos, pues como acabo de mencionar y como lo probaremos dentro de un momento, al final del período terciario el hombre o su antecesor inmediato existían ya, hay repetimos, dos o tres grandes épocas que duran cuando menos millones de siglos en que el hombre no existía sobre la tierra y existían, en cambio, otros seres organizados. La simultaneidad de la creación desaparece. Tenemos ante nosotros, en períodos desmesurados de tiempo, sucesiones de especies, seriaciones de organismos y de estructuras. Los documentos fósiles que han permitido establecer, de una manera indudable, la existencia del hombre en épocas remotísimas y con caracteres distintos a los del hombre histórico, lo que es la prueba de que el hombre ha variado en su estructura en el curso del tiempo, son un descubrimiento relativamente reciente. En la época de Cuvier, por ejemplo, no se conocían hombres ni monos fósiles. Fué entonces fácil sostener la creación bíblica, en la que se afirma que el hombre es hoy tal como salió de manos del creador, hablando un poco metafóricamente, pues las manos del creador implican una concepción antropomórfica de la divinidad. Enumeremos los documentos fósiles que prueban la antiquísima edad del hombre con caracteres morfológicos distintos a los del hombre actual, y cercanos a los de los monos antropomorfos. Esta enumeración puede hacerse, bien en el orden cronológico del descubri-

miento, bien en el orden cronológico de la antigüedad del fósil. Escojo el último. Nos permitirá asistir a una verdadera reconstrucción de la evolución humana en su aspecto morfológico. Los restos fósiles más antiguos corresponden al *Pithecanthropus*, descubierto por el doctor Dubois en Trinil, isla de Java, entre 1891-1892, en un terreno que ha sido clasificado como terciario superior, lo que los geólogos denominan plioceno. Según Joleaud, el *Pithecanthropus Erectus* data del post-plioceno, era geológica anterior al pleistoceno. Dubois encontró la calota craneana, dos molares y un fémur. Para él se trataba de un eslabón intermediario entre los monos superiores y el hombre y por eso le denominó *Pithecanthropus Erectus*, es decir que tiene estación bípeda. Una larga y apasionada discusión siguió a este descubrimiento. Para los antropólogos ingleses era un hombre primitivo; para los alemanes un simio; para los franceses una forma intermediaria como sostuvo Dubois desde el comienzo.

La capacidad craneana del *Pithecanthropus* oscilaba entre 800 y 1.000 cc. La de los monos más superiores no pasa, generalmente, de 600 cc. Los dientes son humanos y no simios, la forma del fémur es, también, humana.

Al final del período terciario aparece, entonces, una forma que tiene caracteres mixtos, pero que se acerca a lo que será más tarde el hombre. En apoyo de que el hombre haya podido aparecer ya en este final del período terciario o plioceno, está el importante descubrimiento del geólogo inglés Moir quien encontró en el plioceno superior, es decir, en la última etapa del período terciario, en Ipswich, cerca de Cambridge, Inglaterra, sílex tallados y piezas quemadas. Una comisión de geólogos y antropólogos que estudió en el terreno, en los años 1921 y 1922, las piezas encontradas, concluyó que ese tallado revelaba un ser inteligente y que usaba, además, el fuego<sup>(7)</sup>. Antes del descubrimiento de Moir, en Ipswich, el eminente antropólogo italiano Giuseppe Sergi en su notable obra sobre el hombre "L'Uomo", había sostenido la aparición del hombre en la época terciaria con estas palabras: "El hombre —dice Sergi—

(7) D. PEYRONY: Obra cit. Pág. 21, y EUGENE PITTARD: "Les races et l'histoire". Pág. 34 y sig.

no puede ser un producto de la época cuaternaria en Europa y en el resto del mundo, porque esta época, por las condiciones catastróficas y excepcionales de los períodos glaciales, fué causa de extinción y de emigraciones de muchas especies animales que no pudieron sobrevivir a las condiciones de existencia y de clima; luego, como los otros Primates y muchos grandes mamíferos, él debe haber sido producido en la época terciaria''<sup>(8)</sup>.

El descubrimiento del geólogo inglés ha confirmado estas palabras de Sergi. Ustedes saben el valor excepcional del sílex tallado. El hombre es lo que la piedra revela. El sílex tallado es el hilo de Ariadna de la antropología. Esa dura piedra que ha permanecido inmutable durante centenares de miles de años, ha permitido encontrar al hombre. Donde hay un sílex tallado se encontrará el ser inteligente que le dió forma en su dura lucha con la naturaleza. De ahí el valor de la época de piedra para filiar y seguir los orígenes humanos; de ahí también, el valor incalculable del descubrimiento de Boucher de Perthes, el verdadero creador de la prehistoria como estudio sistemático y fructífero. El segundo descubrimiento, en materia de hombre fósil antiquísimo, corresponde a nuestro gran paleontólogo Florentino Ameghino. Ameghino —cuyo genio investigador y cuyo amor por la verdad sólo son comparables a su modestia y a su sereno estoicismo, frente a la penuria, casi diría miseria en que vivió muchos años— encontró en la formación pampeana, que corresponde al período terciario de los otros geólogos, restos fósiles que desencadenaron discusiones apasionadas y, muchas veces, injustas para este hombre eminente y sabio como pocos. Ameghino sostiene que la cuna del hombre fué nuestra Patagonia —que era entonces tan extensa hasta confinar con el Africa. Por ese camino se hicieron, dice Ameghino, las migraciones al Africa, Asia, Europa y América Septentrional. Sin entrar a comentar esta afirmación de Ameghino, veamos los documentos fósiles y más particularmente el cráneo encontrado en sus excavaciones de Necochea. Es sabido que entre nosotros, sobre todo Lehmann-Nitsche, se ha opuesto a las ideas de Ameghino, sosteniendo que los cráneos por éste descubiertos no eran, ni con mucho, tan antiguos como sostenía Ameghino.

(8) G. SERGI: "L'Uomo". Pág. 49.

y que estaban, además, artificialmente deformados. Como podría sospecharse que en la argumentación de Ameghino existe la pasión del descubridor y del investigador por su obra, lo cual podría oscurecer su juicio crítico, veamos lo que dice Sergi sobre ese descubrimiento. En su obra ya citada sobre el hombre, Sergi expresa: "Florentino Ameghino tuvo la fortuna de descubrir otro cráneo humano del mismo período pliocénico en el pampeano inferior con horizonte ensenadense. Este cráneo fué extraído en Necochea y es menos incompleto que los otros encontrados en el mismo horizonte; tiene la misma forma que el de la Tigra —que Lehmann-Nistché describe como deformado y como también me pareció a mí en las figuras dadas por él. Ameghino lo describe cuando trata de su *Diprotomus Platensis* y yo poseo ahora las fotografías que él me ha enviado cortésmente". Y luego de una serie de consideraciones antropológicas, Sergi concluye así: "Frente a esta forma del cráneo de Necochea, que Ameghino ha denominado como el de la Tigra, *Homo Pampaeus*, con el cual es idéntico en sus caracteres, yo debo naturalmente cambiar de opinión con respecto a la época y caracteres de este tipo que es primitivo y que es, tal vez, más antiguo que todos los fósiles conocidos, más antiguo que la mandíbula de Mauer, *H. Heidelbergensis*, Schoetensack; y debo, entonces, afirmar con plena convicción mi total acuerdo con Ameghino". Y más adelante añade: "Este proceso de transformación en mis convicciones por obra de este tipo característico de cráneo humano, no se detiene aquí; veo ahora verdaderamente un mundo nuevo sobre los orígenes del hombre y sobre las sucesiones de las formas humanas hasta las épocas recientes"<sup>(9)</sup>. Admirable manifestación de un sabio auténtico, que hace justicia a la obra de nuestro humilde y formidable Ameghino.

En lo más remoto del período cuaternario, en su comienzo mismo, donde es hasta difícil establecer una separación nítida con el final del terciario o plioceno, se han encontrado en Europa y en otros continentes, cráneos y huesos fósiles que promovieron en su hora una gran expectativa y una apasionada discusión. En 1908, cerca de la ciudad de Heidelberg,

(9) G. SERGI: Obra cit. Pág. 60-61.



en Alemania, a 24 metros de profundidad, se descubrió una mandíbula humana mezclada con huesos de elefante antiguo<sup>(10)</sup>. El profesor Schoetensaek que estudió esa mandíbula, encuentra en ella caracteres a la vez humanos y simios. Piensa que pertenece a un antecesor común al hombre y al antropoide. El profesor Sergi<sup>(11)</sup>, sostiene que la mandíbula de Mauer —que caracteriza al hombre llamado de Heidelberg— tiene una forma propia, que es humana, pero con caracteres que la alejan tanto de los que ofrece la mandíbula del hombre histórico como la de los monos superiores.

El cráneo y el esqueleto —incompleto— del llamado hombre de Neanderthal, descubierto en Alemania cerca de Dusseldorf, en 1856; los cráneos de Piltown (Inglaterra meridional); de Spy (Bélgica); de Krapina (Croacia); etc., etc.; el descubrimiento en 1927, cerca de Pekín, de 25 cráneos, cuya disposición acusa analogía con el Pithecanthropus<sup>(12)</sup>, el más reciente —1935— de tres cráneos muy mineralizados, en Africa Oriental, en las proximidades del lago Marasa, semejantes al Sinanthropus Pekinensis, aunque un poco más grandes, y al que se ha denominado Africanthropus<sup>(13)</sup>, etc., etc., representan hallazgos valiosos para reconstruir la historia natural del desarrollo y del origen del hombre.

Algunos de ellos anteriores, como descubrimientos, a los hallazgos de Ameghino, son, no obstante posteriores en cuanto a su cronología en el desarrollo, pues casi todos pertenecen al período cuaternario.

Las características de todos estos cráneos primitivos, por su conformación, por su capacidad en relación con el desarrollo cerebral, por la disposición de la mandíbula inferior y de la dentadura, los alejan del hombre actual y los acercan en forma, a veces, sorprendente, a la estructura de los antropoides o monos superiores.

(10) D. PEYRONY: Obra cit. Pág. 28 y 29. E. PITTARD: Obra cit. Pág. 66 y sig. R. FURON: "Manuel de Préhistoire Generale". Pág. 90 y sig. GEORGES POISSON: "Le peuplement de l'Europe". Pág. 47 y sig.

(11) G. SERGI: Obra cit. Pág. 81.

(12) PRENANT: "Biologie et Marxisme". Pág. 38.

(13) GEORGES POISSON: Obra cit. Pág. 46.



Basta esta simple y deliberadamente incompleta enumeración, para llegar a lo que queríamos; es decir, a la prueba, a la evidencia, de que el hombre tiene un origen animal.

Este hombre estuvo sometido durante centenares de miles de años, a las mismas causas naturales que obran sobre los otros organismos animales y vegetales.

Por acción de esas causas ha variado su estructura hasta el momento en que, estabilizado en una forma de asociación, con una técnica, así fuere rudimentaria, ha comenzado a sustraerse al imperio incontrastable e incontrolable de la naturaleza. Desde ese momento intervienen, en la evolución humana, otros factores que escapan a la naturaleza pura y simple y que no influyen a los otros organismos vegetales y animales.

Lo que hemos dicho del hombre, en cuanto a su origen y transformación, ha sido, también, señalado para todos los organismos animales y vegetales.

Las especies viven en un medio —varían por un proceso complejo, se extinguen y son reemplazadas por otras especies— como lo atestigua el estudio de los fósiles animales y vegetales.

Esto es lo que, en síntesis, significa o mejor dicho establece la teoría de la evolución y del transformismo, por oposición al viejo concepto de la inmutabilidad, de la fijeza invariable de las especies y de los tipos. No podemos, sin rebasar los límites de esta exposición, entrar al mecanismo íntimo de la variación y de la aparición de nuevas especies y variedades.

Basta con que lo esboce a grandes rasgos. La variación es un hecho. Aun los biólogos vitalistas han debido reconocerlo. ¿Pero por qué y cómo varía un organismo? Esa variación —que significa adquisición de un nuevo carácter diferencial— ¿es o no trasmisible por herencia? ¿La variación necesita el concurso desmesurado del tiempo, o puede —como quiere De Vries— ser la consecuencia de lo que él llama mutación brusca y aparecer en un período de tiempo muy corto?

¿Eso que se llama proceso de adaptación al medio, es un proceso pasivo o activo del organismo que se adapta? ¿El protoplasma tiene, por su propia estructura y función, una tendencia a la variación? ¿En qué medida intervienen, en esa variación y en la herencia, lo somático y lo germinativo?

Cada uno de estos problemas planteados por el transformismo, daría lugar a una larga exposición.

Lamarek había insistido en la acción del ambiente en toda su complejidad; Darwin redujo al mínimo la acción modificadora del medio y colocó en primer plano la selección natural; es decir, el hecho de que una modificación favorable a un individuo, le permite sobrevivir frente a otro en quien dicha modificación no se ha operado. Hay ya una infinidad de trabajos, rigurosamente controlados, que prueban la existencia de la variación, de la mutación, tanto en el laboratorio, en el terreno de cultivo experimental, como en la naturaleza.

La objeción de que esa mutación, abandonada a sí misma, no se trasmite por herencia y hay una vuelta a la especie originaria, está refutada por los trabajos de Morgan.

Esos trabajos no han durado un día; los ha continuado veinte años. Ha obtenido en una mosca llamada drosófila (mosca del vinagre) más de 400 mutaciones, cada una de las cuales se ha conservado y desarrollado en forma estable.

Bouvier, estudiando los camarones de agua dulce en los países cálidos, ha visto, en una misma postura, descendientes tan distintos que los zoólogos los clasificarían, dice Prenant, no sólo como especie sino hasta como géneros distintos.

Son ya incontables las variaciones observadas en plantas, en estado de naturaleza, que se han conservado y perpetuado. El estudio de Bordage —sobre los durazneros en la isla de la Reunión— es de lo más demostrativo al respecto<sup>(14)</sup>.

La otra gran objeción de que la mutación o la variación se realiza sobre un órgano ya existente y que, en consecuencia, no hace sino modificar algo que existe pero no lo crea, de donde se infiere que la evolución no es capaz de crear especies o variedades, tiene un valor aparente.

Se puede modificar un órgano obrando sobre él. Pero se le puede modificar, también, obrando sobre el huevo de cuya segmentación saldrá el órgano en cuestión.

En este caso no puede dudarse que no se ha obrado sobre el órgano mismo sino sobre sus elementos formadores y que,

(14) Ver E. RABAUD: "L'Heredité".

al modificar estos elementos, hemos intervenido en la creación misma del órgano considerado.

La herencia, es decir, la repetición en los hijos de los caracteres paternos, está ligada a un proceso complejo, que se opera no sólo sobre los cromosomas o sustancia nuclear de las células germinativas, como afirman los genetistas puros, sino que, también, está ligado al protoplasma de esas mismas células germinativas y a todo el proceso metabólico del organismo.

Y hasta puede decirse, porque hay experiencias rigurosas y categóricas al respecto, que la forma general del ser, que diferencia las especies entre sí, está vinculada a la sustancia protoplásmica del huevo, en tanto que los caracteres que permiten diferenciar los individuos de la misma especie o raza, están ligados, como lo establecen las leyes mendelianas, a la sustancia nuclear o cromosomas de las células germinativas masculinas y femeninas.

El *fenotipo* y el *genotipo* tendrían, pues, dentro de ciertos límites, substratos materiales distintos.

Pero los genetistas erran cuando afirman que la herencia está toda en el cromosoma. Es este un pensamiento esquemático, estático e irreal. El pensar dialéctico nos hace ver que el cromosoma, sustancia vital, no vive sino por un intercambio, por una interacción con el protoplasma que le rodea; nos hace ver que hay una sinergia funcional indisoluble entre ambas sustancias, y que si el cromosoma es el vector o trasmisor de los caracteres individuales, el protoplasma que le nutre y sin el cual no viviría, alguna influencia tiene en la vitalidad de ese genotipo y en su transmisibilidad.

Estos procesos generales por los cuales la variación, la transformación, pueden hacer aparecer especies y formas nuevas, son manifestaciones de la actividad plástica de la sustancia viva, en permanente acción recíproca con el medio ambiente. Se aplican a la planta y al animal; al verme que reptaba a ras de tierra y al ave que hiende el espacio azul bajo el cielo diáfano; al microbio que enferma y que mata, como al hombre que, evadiéndose por un instante de la dura.

realidad que le circunda, se sumerge en la maravilla del ensueño y de la esperanza.

Este hombre, es, también, un producto de esta naturaleza que lo desborda. No se sustrae, en sus comienzos y durante milenios incontables, al imperio de la naturaleza que lo construye y sobre la cual reacciona y vive. Seguido por la paleoantropología desde sus orígenes hasta nuestros días; no puede afirmarse, categóricamente, si procede de un solo tronco o de varios; si ha aparecido simultáneamente en varios sitios de la tierra o en uno solo a partir del cual se ha difundido.

La transferencia pura y simple de los procesos por los cuales las llamadas sociedades animales viven en la naturaleza, a las sociedades humanas que viven, también, en la naturaleza, pero en un medio que los hombres han creado y les permite una cierta autonomía sobre las leyes que la naturaleza impone al puro animal; en una palabra, la transferencia, la aplicación de las leyes biológicas a las sociedades humanas, entraña un profundo error. Por eso *todo racismo, toda teoría que pretenda fundar en cualidades puramente antropológicas, naturales y a la vez animales* —el desarrollo de la civilización— con prescindencia de los elementos técnicos que caracterizan el progresivo alejamiento del hombre de la pura animalidad inicial, es, también, un error. La especie humana está integrada por variedades con algunos caracteres más o menos persistentes, que permitirían hablar de razas humanas. Si estas razas humanas han podido tener en los comienzos una delimitación clara, todo ello ha desaparecido hace millares de millares de años. Hoy puede sostenerse que la raza es una abstracción antropológica, creada, un poco arbitrariamente, asociando algunos caracteres que se tienen por más constantes en un grupo que en otro.

Cuando el conde de Gobineau concibió su obra sobre la desigualdad de las razas humanas, distinguió tres grandes tipos: el negro, el amarillo y el blanco, asignando a cada uno caracteres que los separa netamente —morfológica y espiritualmente. Veamos cómo se expresa. La variedad melania, dice Gobineau, es la más humilde y yace en lo más bajo de la escala. “El carácter de animalidad impreso a la forma de

su pelvis le impone su destino a partir del momento de la concepción. Nunca saldrá del círculo intelectual más restringido. Ese negro de frente huidiza, no es, sin embargo, un bruto puro y simple que ofrece, en la parte media de su cráneo los indicios de ciertas energías groseramente poderosas. Si sus facultades pensantes son mediocres o incluso nulas, posee, en cambio, en el deseo y por consiguiente en la voluntad una intensidad, a menudo, terrible. Varios de sus sentidos se han desarrollados con un vigor desconocido en las otras razas: el gusto y el olfato sobre todo”(15). Y después de una pintura macabra del negro, termina el bosquejo psicológico con estas palabras: “En fin, siente igualmente escaso apego a su vida y a la gente; mata gustosamente por matar y esta máquina humana, tan fácil de emocionar, se muestra ante el sufrimiento, o de una cobardía que apela fácilmente a la muerte o de una impasibilidad monstruosa”(16). Es como ustedes ven la condena irremediable del negro, encadenado a su destino de esclavo y de paria, por su propia estructura inferior —según el racismo de Gobineau.

No se cuentan ya los hechos que desmienten esta pretendida inferioridad racial del negro, que justificaría todos los excesos del blanco a su respecto.

Desemejanza no es inferioridad. Pero Gobineau y con él los racistas, menosprecian en absoluto las condiciones de ambiente social e histórico en que el negro nace, vive, trabaja y muere. Ese negro sensual, impulsivo, casi medular; cobarde a las veces y a las veces fiero; insensible al dolor o hipersensible hasta el suicidio; ajeno a toda emoción de belleza y de bien; extraño a la superación de la vida —que Gobineau nos da en trazos de aguafuerte—, sufre la opresión milenaria de una situación que tiende a hacer de él un esclavo y no un hombre libre.

Que los negros tengan 100 ó 150 gramos menos de peso en su cerebro —con relación al blanco— ¿implica, acaso,

(15) CONDE DE GOBINEAU: “Ensayo sobre la desigualdad de las Razas Humanas”. Pág. 149 y 150. Edición española.

(16) CONDE DE GOBINEAU: Obra cit. Pág. 150. Edición española.



como sostienen los racistas rabiosos, que su inferioridad es una condena irremediable, condicionada por su propia estructura? ¿Puede sostenerse, sin manifiesta exageración, que el negro ha terminado su evolución orgánica desde hace ya milenios y que está reducido a repetir su estructura sin jamás superarse intelectualmente?

Tomemos ese negro, coloquémosle desde su nacimiento, en un medio que le estimule, le eduque, le de la noción de su personalidad, le despierte a la comprensión de las cosas y de sí mismo, le de la posesión de los instrumentos técnicos e intelectuales, y no cambiaremos seguramente el color de su piel, la forma de su cráneo o de su pie, pero ese negro llegará a poseer la cultura del blanco y como el blanco será capaz de abordar los más altos problemas que la vida plantea al hombre.

Edward Pee Harris, el muchacho negro que de día lavaba los vidrios de las puertas en la Universidad de Pittsburg, y de noche velaba sobre el libro, preparando su doctorado, es todo un símbolo. Superó a todos sus contrincantes blancos. Ese negro —hijo de esclavos, dice Bernard Lecache— mantenido todavía por la sociedad en una total esclavitud social, llegó, en contacto con los instrumentos de la cultura, a liberarse y a superar a los hijos de sus amos. He ahí señores, lo que Gobineau, dominado por el concepto fatalista de la raza inmutable e inferior, dejó de considerar: el valor del medio social e histórico en que el hombre crece, el estímulo poderoso para el desarrollo de la personalidad humana, que son la cultura y las condiciones humanas de vida.

No se cuentan ya —tan innumerables son— los casos de blancos a los cuales pueden aplicarse los rasgos psicológicos que Gobineau asigna al negro.

Después del negro, con un ligero grado de superioridad sobre él, viene el amarillo. “La raza amarilla —dice Gobineau<sup>(17)</sup>— resulta ser la antítesis de ese tipo. El cráneo en vez de ser echado hacia atrás, se inclina hacia adelante. La frente, ancha, huesuda, a menudo saliente, desarrollada en altura, pesa sobre una faz triangular, en la que la nariz y el mentón

(17) GOBINEAU: *Obra cit.* Pág. 150.



no muestran ninguno de los salientes groseros y rudos que distinguen al negro". Y luego de completar la descripción morfológica hace el retrato intelectual y moral del amarillo en esta forma: "En lo moral ninguno de esos extraños excesos tan comunes a los melanios. Descos débiles, una voluntad más bien obstinada que extrema, un gusto perpetuo pero apacible en los goces materiales... En todo tendencia a la mediocridad; comprensión bastante fácil de lo que es ni demasiado elevado ni demasiado profundo; amor a lo útil; respeto de la regla; conciencia de las ventajas de una cierta dosis de libertad. Los amarillos son gente práctica en el sentido estricto de la palabra. No sueñan, no aman las teorías, inventan poco, pero son capaces de apreciar y adoptar lo que sirve. Se ve que son superiores a los negros. La raza amarilla posee un populacho y una pequeña burguesía que todo civilizador desearía escoger como base de su sociedad; no es, sin embargo, el elemento adecuado para crear esa sociedad, darle nervio, belleza y espíritu de acción"<sup>(18)</sup>.

El amarillo estaría, entonces, un peldaño más arriba, en esta escala de razas que Gobineau construye comenzado por lo más inferior —que sería el negro— y culminando en lo más elevado —que sería el blanco. La caracterización del amarillo, concretamente el japonés, es en Gobineau totalmente frágil, arbitraria y desconectada de la naturaleza en que el japonés vive y construye su historia.

Hablando de los hindúes, Feuerbach ha dicho: la esencia del hindú es la India; es decir, lo que el hindú es lo debe al sol, al aire, a la tierra, a las plantas y a las bestias hindúes, en una palabra al medio natural en que vive. Esto que es cierto como comienzo del proceso histórico y vital de la India, se integra con los elementos técnicos que la asociación humana ha ido elaborando en el curso de siglos.

El mismo proceso es aplicable al Japón como a toda agrupación humana. Los que conocen el Japón como Lafcadio Hearn o Emilio Hovelague, por ejemplo, saben bien que toda la psicología milenaria del japonés, radica en la estructura de su ambiente natural. El concepto de lo transitorio y fugitivo de

(18) GOBINEAU: Obra cit. Pág.150.

las cosas y de la vida, arraiga en el espectáculo de aquella naturaleza volcánica, cuya ley parece ser el terremoto, el tifón y el maremoto que destruyen en un instante la obra de siglos.

“Sólo persiste —dice Hovelaque— después de cada desenfreno de la naturaleza la impresión de la impermanencia de todas las cosas, la extraña sensación de lo irreal y de que todo el ornato de nuestra vida no es más que un sueño sin substancia. Tan fuerte es este sentimiento en el japonés, que constituye como el fondo de sus religiones y que una de ellas, el Shintoísmo, destruye y reconstruye según un idéntico plano, cada veinte años, sus grandes templos, como símbolo de que nada dura y todo pasa. Y la casa japonesa, toda en madera, por necesidad en esta tierra incierta, por gusto también, es frágil y sin masa, como si lo que en otros sitios se llama una morada, debiera ser aquí impermanente como la vida”<sup>(19)</sup>.

Pero en este Japón milenario y feudal, las corrientes occidentales han creado la misma estructura que en el resto del mundo. Su imperialismo agresivo no es sólo expansión condicionada por la necesidad impuesta por la tierra hermosa y a la vez inhóspita en su pobreza, sino por una razón de orden económico-social, en el sentido de una clase poseedora que no puede mantener su dominio sobre sus propias masas hambrientas y explotadas, si queda circunscrita a su sola tierra estéril, carente de elementos primos para su industria.

Ese amarillo, tan despreciado por Gobineau, que ha asimilado la técnica occidental, ha asimilado, también, la técnica de la conquista y de la expansión y la técnica de la explotación interior de su proletariado miserable.

Su propia naturaleza va cambiándose y estructurándose en esta nueva realidad que es el Japón penetrado por el Occidente. Su leyenda y su tradición van siendo, cada vez más, elementos de museo y para esparcimiento del turista ávido por lo exótico. En su tremenda y dura realidad, esa tradición es el velo mítico que oculta los motivos prosaicos con que los amos japoneses lanzan a las masas a la conquista de las fértiles llanuras del Yang-tse y de las ricas regiones mineras de

(19) E. HOVELAQUE: “Les Peuples d’Extrême-Orient. Le Japon”. Pág. 40.

la Mongolia y del Manchukuo; bases sin las cuales el imperialismo japonés es ilusorio.

Este amarillo que ha lanzado su reto a las potencias imperialistas de Occidente y se apresta al dominio del Asia, está probando en los hechos, contrariamente a la afirmación de Gobineau, que en nada es inferior al blanco, ni siquiera en el desprecio por los derechos y la vida de los pueblos inermes —como lo atestigua la invasión de China— ante la impasibilidad temerosa de un mundo que se hunde en su propia ignominia.

Después de haber afirmado la inferioridad irremediable del melanio y el amarillo, Gobineau hace la apología del blanco, creador de toda civilización.

Vienen ahora los pueblos blancos, dice. “Energía reflexiva o, por mejor decir, una inteligencia enérgica; conocimiento de lo útil pero en un sentido de la palabra muchísimo más amplio, más elevado, más animoso, más ideal que en las naciones amarillas; una perseverancia que se da cuenta de los obstáculos y encuentra, a la larga, los medios de salvarlos; junto con una mayor energía física, un instinto extraordinario del orden, no ya sólo como garantía de reposo y de paz, sino como medio indispensable de conservación y, al mismo tiempo, un gusto pronunciado por la libertad incluso extrema; una hostilidad manifiesta contra aquella organización formalista en la cual se adormecen de buen grado los chinos, así como contra el altanero despotismo único freno eficaz contra los pueblos negros. Los blancos se distinguen, también, por su amor singular de la vida. Parece que, sabiendo gustar mejor de ella, le atribuyen más valor, y la respetan más, en sí mismos y en los otros. Su crueldad, cuando se manifiesta, tiene conciencia de sus excesos, sentimiento muy problemático en los negros. Al mismo tiempo, esta vida, que tan admirablemente saben llenar y que consideran tan preciosa, no vacilan en sacrificarla sin murmurar en aras de un ideal o de un principio.

“El primero de estos móviles es el honor, que, bajo nombres más o menos análogos, ha ocupado un lugar enorme desde el origen de la especie. No necesito añadir que el vocablo honor y la noción civilizadora que encierra son igualmente desconocidos de los amarillos y de los negros.

“Para terminar el cuadro añadiré que la inmensa superioridad de los blancos, en la esfera de la inteligencia, se asocia a una inferioridad no menos manifiesta en la intensidad de las sensaciones. El blanco está mucho menos dotado que el negro y el amarillo desde el punto de vista sensual. Se siente menos solicitado y absorbido por la acción corporal, aunque su estructura sea notablemente más vigorosa”<sup>(20)</sup>.

Ustedes ven cuán artificial es toda esta pretendida antropología racial de Gobineau. Todo es arbitrario y esquemático—desde la caracterización morfológica hasta el análisis psicológico.

Gobineau parece haber olvidado la conquista moderna. La conquista hecha por el blanco, prueba cuán deleznable y falsa es toda esa psicología superior que Gobineau le asigna, frente a las llamadas razas inferiores, amarilla y negra. El blanco en su colonización y en su conquista, ha sido brutal, sanguinario y esclavista; ha llevado el alcohol y los tóxicos, para completar su obra de penetración civilizadora en las poblaciones autóctonas y pacíficas.

La esclavitud la han practicado los blancos; la han difundido los blancos y la han sostenido hasta con el apoyo de la Iglesia. Recuerden ustedes el hecho, tan monstruoso como la esclavitud, de la guerra del opio en China.

Los ingleses —pueblo blanco— inundaron China con el opio de las Indias inglesas. Seguramente que no la habrían inundado tan fácilmente ni con tanto ardor, con pan o con libros. En 1839 China prohíbe la entrada de opio de las Indias inglesas; se establecen penas contra el comercio del opio —en salvaguardia de la salud de aquel pueblo, víctima de una explotación desvergonzada. En el puerto de Cantón se hunden 20.000 cajas de opio de las Indias, y se da un decreto, por el cual se suprime todo comercio con los ingleses envenenadores<sup>(21)</sup>.

Inglaterra declaró la guerra en 1840. La hizo con todo salvajismo, sembró el terror, hasta imponer el tratado de

(20) GOBINEAU: Obra cit. Pág. 150-51.

(21) E. HOVELAQUE: “Les Peuples d’Extrême-Orient. La Chine”. Pág. 202.

Nanking en 1843. Por ese tratado, China renunciaba a la defensa de la salud de su pueblo, entregaba la isla de Hong-Kong, permitía a los ingleses instalarse en Cantón, Amoy y Shanghai, y pagaba, además, una indemnización de 21 millones de dólares<sup>(22)</sup>.

Acabamos de presenciar, estamos presenciando todavía, podría decirse, ya que la resistencia del pueblo etíope no ha sido totalmente vencida, hechos semejantes. Los italianos, pueblo blanco, aunque no nórdico según sus aliados nazis —por lo que se permiten juzgarlos un poco despectivamente— los italianos —sería más exacto decir los pretorianos fascistas— que explotan al gran pueblo de Italia— han ametrallado desde sus aviones y han lanzado bombas con gases venenosos, contra un pueblo inerte, pobre, explotado dentro de sus propias fronteras, pero fiero de su independencia nacional, aún en medio de su tremenda desventura.

Y la España heroica —republicana y proletaria— ejemplo del mundo en dignidad y en coraje, está sangrante y desgarrada, con sus ciudades y sus villorrios en ruinas, con sus campos yermos, con miles de sus mujeres, de sus viejos y de sus niños desventrados y arrojados como brizna palpitante y humeante a todos los vientos, por la metralla nazi-fascista. Y todo esto lo hace el blanco, con su hondo sentido de la vida según Gobineau, con la euforia dionisiaca de que hablara Nietzsche, en una especie de exaltación demoníaca.

El negro y el amarillo no han hecho, todavía, nada que se asemeje a esta refinada y cruel brutalidad del blanco civilizado y civilizador.

Pero Gobineau hace, todavía, un distingo entre blancos y blancos. Los hay superiores e inferiores. Los primeros son los Arios y en Europa los Germanos, la gran reserva aria de la civilización, según el racismo. Gobineau es el precursor de los racistas del Tercer Reich. En su obra tiene un capítulo sobre la capacidad de las razas germánicas nativas.

“Las naciones arias de Europa y Asia, tomadas en su totalidad, observadas en sus cualidades comunes y típicas, dice Gobineau, nos han extrañado igualmente por aquella

(22) E. HOVELAQUE: Obra cit. Pág. 203.



actitud imperiosa y dominatriz que constantemente ejercieron sobre los demás pueblos, incluso sobre los pueblos mestizos y blancos en el seno de los cuales convivieron. En ese solo aspecto resulta ya difícil dejar de reconocerles respecto a la especie humana, una verdadera supremacía; pues en tales materias lo que una cosa parece ser resulta ser tal necesariamente. Con todo no es cosa de equivocarse acerca de la naturaleza de esa supremacía, buseándola o pretendiendo encontrarla en hechos que nada tienen que ver con ella.

“Tampoco hay que considerarla dudosa o discutible a causa de ciertos detalles que chocan con los prejuicios vulgares sobre la idea generalmente admitida de superioridad. La de los Arios no reside en un desenvolvimiento excepcional y constante de las cualidades morales; consiste en una mayor provisión de principios de los cuales aquellas cualidades se derivan.

“No hay que olvidar nunca que, cuando se estudia la historia de las sociedades, no se trata en modo alguno de la moralidad en sí. No es ni por los vicios ni por las virtudes como las civilizaciones se distinguen esencialmente unas de otras, aunque tomadas en conjunto valen más bajo este aspecto que la barbarie; pero es esta una consecuencia puramente accesoria de su trabajo.

“Lo que forma esencialmente su fisonomía, son las capacidades que poseen y desarrollan. El hombre es el animal malo por excelencia. Sus necesidades, más multiplicadas, le hostigan con mil aguijones. Dentro de su especie son tanto mayores sus necesidades y por tanto sus sufrimientos y sus inclinaciones al mal, cuanto más inteligente es. Parecería pues natural que sus malos instintos aumentaren en razón directa de la necesidad de vencer mayores obstáculos para llegar a un estado de bienestar. Pero felizmente no es así. La razón, más perfeccionada, al mismo tiempo que apunta más alto y es más exigente, advierte a la criatura por ella conducida acerca de los inconvenientes naturales de un abandono demasiado absoluto a todas las sugerencias del interés. La religión, incluso imperfecta o falsa, que ese ser concibe siempre de una manera algo elevada, le prohíbe ceder en toda ocasión a sus inclinaciones destructoras.



“A esto se debe que el ario resulte siempre sino el mejor de los hombres, por lo menos el más esclarecido acerca del valor intrínseco de los actos que comete.

“Sus ideas dogmáticas son siempre en esta materia más desarrolladas y más completas, aún cuando dependan estrechamente del estado de su fortuna. En tanto es juguete de una situación demasiado precaria, su cuerpo se mantiene acoirazado y su corazón igualmente; duro con su propia persona, nada de extraño tiene que sea despiadado con los demás, y en este hecho inflexible vemos practicada aquella justicia cuya integridad alababa Herodoto en el belicoso Escita. El mérito consiste aquí en la lealtad con que es aceptada una ley tan feroz, y que no se mitiga sino en el grado en que la atmósfera social ambiente logra templarse por sí misma.

“El ario es pues superior a los demás hombres, principalmente por el grado de su inteligencia y de su energía; y es gracias a estas dos facultades como una vez que logra vencer sus pasiones y llenar necesidades materiales, le es igualmente permitido alcanzar una moralidad infinitamente más elevada, aunque en el curso ordinario de las cosas, quepa descubrir en él tantos actos reprobables como en las dos especies inferiores.

“Este ario se presenta ahora a nuestra observación dentro de la rama occidental de su familia, y ahí también se nos muestra vigorosamente formado, de aspecto tan bello, de ánimo tan belicoso como lo descubrimos antaño en la India y en la Persia y, también, en la Hélade homérica.

“Una de las primeras consideraciones a que da lugar el espectáculo del mundo germánico, es esta: que el hombre lo es allí todo y la nación poca cosa.

“Percibimos el individuo antes de ver la masa asociada, circunstancia fundamental que despertará tanto más interés cuanto más cuidado tomemos de compararla con el espectáculo ofrecido por las agresiones de mestizos semíticos, helénicos, románicos, kinris y eslavos. Allí no vemos casi más que multitudes; el hombre no cuenta para nada, y este hecho se acentúa a medida que, por ser más complicada la mezcla étnica a que pertenece, la confusión resulta más considerable.

“Así colocado en una especie de pedestal y destacándose en el fondo en el cual actúa, el ario-germano es una criatura poderosa, que llama la atención mucho antes que el ambiente en que se desenvuelve. Todo lo que ese hombre crea, todo lo que dice, todo lo que hace, adquiere así una importancia considerable<sup>(23)</sup>”.

En estas páginas —que acabo de citar— está contenida toda la metafísica del racismo de Gobineau, que los racistas de la Alemania nazi han querido actualizar nuevamente. Gobineau hace, en seguida, una descripción poética del nacimiento del mito religioso ario-germano —que exalta por su fuerza, por su belleza y su espiritualidad—, para terminar con estas palabras, que son una manifestación de tristeza por la decadencia de la raza pura: “Pero las alianzas con los mestizos europeos les llevaron a aceptar, más tarde, en todo o en parte, el Panteón material de los Eslavos y de los Celtos. Se convirtieron entonces en idólatras”.

Ustedes ven con qué fuerza y con qué pasión, Gobineau ha sacado, del fondo oscuro de la selva germana, la figura de este hombre ario, según él, para proyectarla, envuelta en una especie de aureola mitológica, a la realidad compleja y cambiante de nuestra época. Por eso hemos dicho que Gobineau es el precursor de los antropólogos racistas del Tercer Reich.

Toda la mística nacional-socialista se funda en esta pretendida superioridad racial del ario, representado hoy por el hombre nórdico y, específicamente, por el alemán puro.

Los antropólogos racistas no han podido ponerse, aún, de acuerdo sobre los caracteres somáticos, es decir, morfológicos que permitirían reconocer y a la vez diferenciar a esta raza ario-nórdica de las otras razas humanas. La realidad los desborda y los confunde. Se ven obligados a reconocer que ningún elemento morfológico: la forma del cráneo de la que depende el llamado índice cefálico, la estatura, el color de la piel, el color, la implantación y la forma del cabello, la disposición de los ojos y el color del iris, etc., etc., se encuentran en proporciones tan variables dentro de una misma agrupación étnica —y en forma tan semejante a la distribución que tiene en

(23) GOBINEAU: Obra cit. Pág. 525 y 526.

grupos geográficamente muy distantes— que es imposible hacer, sino esquemáticamente, una descripción del ario-nórdico, del alpino, del mediterráneo o del semita y así siguiendo. Frente a esta rebeldía del carácter antropológico —para permitir encerrarle en una fórmula apriorística y esquemática— el racismo ha tentado refugiarse en lo incontrolable: el alma nórdica, supervivencia del primitivo espíritu ario, creador de civilizaciones, reservorio inagotable de los grandes impulsos que llevan al hombre a la superación de sí mismo. Ya Gobineau había asignado al ario y al germano, las más excelsas cualidades frente a la indigencia espiritual de las razas inferiores: mestizos, negros y amarillos. Los antropólogos del Tercer Reich, no han hecho más que acentuar el ditirambo y la hipérbolo, en la descripción de las cualidades ario-germanas, para oponerlas, sobre todo, a las cualidades semitas, que son la bestia negra del nazismo. Así han llegado a aceptar la paradoja de que el alma nórdica puede habitar un cuerpo anórdico, o mestizo. Los antropólogos racistas habían aceptado como artículo de fe, la afirmación de Gobineau de que los germanos representan la supervivencia más pura del ario primitivo y sobre ella han fundado su mística agresiva, cínica y brutal.

\* \* \*

Estudios muy recientes prueban hasta la evidencia que los germanos puros no son arios. Toda la mística nacional-socialista, toda la alharaca racista, se viene al suelo con estrépito. Los únicos que no lo advierten son ellos, porque la mística racista es el opio con que omnubilan la conciencia de su propio pueblo, envilecido por la dictadura plutocrática de la cual Hitler es el instrumento.

Estudios recientes han probado por la triple vía de la lingüística, de la arqueología y de la antropología, que los germanos no son arios. Vamos a sintetizar el importante trabajo del profesor Julián Bonfante, que bajo el título de “La Cuestión de los Arios”, ha publicado en los Anales de la Universidad de Valencia el año 1937.

El profesor Bonfante establece, primeramente, que la dificultad esencial del problema radica en que el vocablo *ario*,

que es un concepto esencialmente lingüístico, ha sido empleado por los nazis para indicar un concepto racial y sostiene que el problema de los arios ha sido ante todo un problema lingüístico.

- "Ya en los siglos xvii y xviii viajeros italianos, ingleses y franceses habían observado semejanzas chocantes entre ciertas palabras sánseritas y otras griegas, latinas o eslavas. Pero el que primero dió fundamento científico a la comparación entre estas lenguas y fundó la lingüística aria, fué un alemán, Franz Bopp, que publicó en 1837 su gramática comparada, en la que estudiaba el sánserito, el persa (que llamaba zendo), el latín, el griego, el germánico, el eslavo y el lituano"<sup>(24)</sup>.

Bonfante dice que a las lenguas estudiadas por Franz Bopp, se han añadido otras: en 1908 el tokariano; el año 1917 el hetita; hace 4 ó 5 años el luita.

Hay una comunidad originaria en todas estas lenguas, como es común la derivación latina del español, francés e italiano. Esta lengua originaria se llamó durante mucho tiempo *aria* porque se creía, dice Bonfante, en el siglo pasado, que el sánserito, lengua de los arios o casta superior de la población de la India, era la más antigua de estas lenguas y casi la lengua madre<sup>(25)</sup>.

Hoy esta creencia se ha abandonado: el sánserito es una de las tantas lenguas arias y no la más antigua en su aspecto la lengua madre<sup>(25)</sup>.

Hoy debe hablarse de lenguas indo-europeas o indo-germánicas. Bonfante, sin embargo, para no confundir, acepta la equivalencia y conserva el término de lenguas *arias*.

Enumera a continuación las trece lenguas arias conocidas y dice luego: "Todas las lenguas de la Europa de hoy, como se ve, son arias, con excepción del vaseo, del húngaro, el lapón, el finlandés, el estoniano y otros dialectos fino-úgricos que se hablan en la parte septentrional y oriental de la Rusia europea. Ahora bien: una lengua existe en tanto existe un pueblo que la habla. De la existencia de la lengua

(24) J. BONFANTE: "La Cuestión de los Arios". Anales de la Universidad de Valencia. Año 1937. Vol. I, pág. 50.

(25) BONFANTE: Obra cit. Pág. 51.

(26) BONFANTE: Obra cit. Pág. 51.

madre aria, se ha concluído en la existencia del pueblo ario que la hablaba. Hasta aquí la cosa no ofrece lugar a dudas. Pero hay que distinguir bien los conceptos de pueblo y de raza: pertenecen hoy al pueblo francés, por ejemplo, individuos de tipos antropológicos completamente distintos. No se puede hablar de una raza francesa, pero sí existe un pueblo francés<sup>(27)</sup>.

La prueba lingüística de que los germanos no son arios, la da Bonfante en la forma siguiente, que transcribo casi íntegramente porque la concepción de gran valor.

“Desde el punto de vista lingüístico, tropezamos inmediatamente con un hecho de extraordinaria importancia, que cualquier profano puede observar: es la llamada rotación consonántica de las lenguas germánicas (en alemán Lautverschiebung). La primitiva lengua aria tenía tres series de consonantes oclusivas: las sordas (k, t, p), las sonoras (g, d, b), las sonoras aspiradas (gh, dh y bh). Pues bien: en germánico las tres series han sufrido un cambio radical de articulación que ha eliminado del sistema las oclusivas sonoras; las oclusivas sordas se han convertido en aspiradas o fricativas sordas; las oclusivas sonoras en oclusivas sordas; las sonoras aspiradas en fricativas sonoras (que han pasado luego a oclusivas sonoras). No se ha salvado ni una sola oclusiva de la lengua aria.

“Todo el sistema consonántico se ha derrumbado. La cosa es fácil de comprender con algunos ejemplos. Hay que fijarse sobre todo en el inglés, que representa un estadio más antiguo que el alemán.

“Obsérvense las consonantes iniciales de las palabras siguientes:

“Latín *pater*, español *padre*, sánscrito *pitar*, inglés *father*, alemán, *vater* (pronunciar *fater*). La *p* inicial ha pasado a *f* (las demás lenguas tienen *p*).

“Latín *tres*, español *tres*, irlandés *tri*, sánscrito *trayas*, lituano *trys*, ruso *tri*, inglés *three*, alemán *drei*.

“Latín *centum*, irlandés *cet*, inglés *hundred*, alemán *hundert*.

(27) BONFANTE: Obra cit. Pág. 52.



“Latín *decem*, español *diez*, irlandés *deich*, ruso *desjat*, lituano *deszimt*, sánscrito *dasa*, inglés *ten*, alemán *zehn* (con otro cambio ulterior).

“Latín *duo*, español *dos*, irlandés *da*, lituano *dvi*, ruso *dva*, sánscrito *dva*, inglés *two*, alemán *zwei*.

“Latín *frater*, francés *frere*, sánscrito *brather*, inglés *brother*, alemán *bruder*.

“Ahora bien, ¿es posible que de todas las lenguas arias, sólo las germánicas hayan conservado los sonidos arios y todas las demás los hayan transformado? Evidentemente no es posible: todos los lingüistas —alemanes inclusive— admiten que es el germánico el que ha innovado y que las demás lenguas han conservado, más o menos, los sonidos arios primitivos.

“¿Y cuál habría sido la causa de tan grave y extraña transformación? ¿En qué circunstancias se cambia por completo la articulación de una lengua?

“La explicación más probable es: cuando la habla un extranjero. Los germanos, pues, son extranjeros no arios, y han aprendido la lengua aria que hoy hablan de otro pueblo ario, que probablemente los sojuzgó y les impuso su lengua. Ellos la aprendieron mal, la barbarizaron, la estropearon y transformaron, desplazando completamente su consonantismo (¡y no sólo su consonantismo!...) en el esfuerzo de adaptarlo a su articulación.

“En su boca, la lengua aria se hizo rápidamente incomprensible.

“Esta explicación —que es la que más se adapta, repito, a un hecho tan singular— ha sido aceptada por muchos lingüistas, algunos de ellos alemanes (es mi deber decirlo) como Herman Hirt y Sigmund Feist, que vive en Berlín, pero que no ocupa, que yo sepa, cátedra alguna”<sup>(28)</sup>.

¿Qué pueblo ha arianizado a los alemanes? Durante muchos años se pensó en los celtas; estudios posteriores probaron que no fueron éstos los que impusieron su lengua a los germanos. El profesor Feist y otros, en los últimos años, han propuesto los *ilirios*, otro pueblo ario, conocido por sus gue-

(28) BONFANTE: Obra cit. Pág. 52, 53 y 54.



rras con Roma y por haber dado su nombre a las provincias ilíricas de Napoleón.

El profesor Bonfante sostiene que hay argumentos muy poderosos en favor de esta tesis y dice textualmente:

“La lengua de los ilirios nos es poco conocida: tenemos sólo unos cuantos nombres de personas y de lugar y unas inscripciones muy breves. Pero estos elementos parecen confirmar la teoría que he expuesto. En una inscripción véneto, es decir, ilírica, se lee *selboisselboi* (“a sí mismo”), comparable directamente con el pronombre alemán *selbst*, que en antiguo alemán se reduplicaba: *selb selbo*. En otras se lee *mexo*, acusativo del pronombre personal de la primera persona, alemán *mich*.

“El nombre mismo de los *germani* parece de formación ilírica, como ha demostrado justamente un investigador alemán, el conocido profesor E. Norden, de Berlín.

“El nombre de los *teutones*, lo es probablemente también (el tema es ilírico, compárense los nombres ilíricos *teuticus*, *teutus*, *teutomus*, *teutarus*, *teodoridda*, *teutana*) y por fin el nombre de la célebre reina *Teuta*, jefe de las guerras contra Roma. El sufijo *ones* es ilírico también”<sup>(29)</sup>.

Los germanos, pues, han cambiado su nombre, adoptando el de un pueblo extranjero invasor, que les impuso el suyo.

“La toponimia —estudio etimológico de los nombres de lugar— indica con claridad absoluta que los ilirios han llegado a las orillas del mar Báltico y probablemente han dominado cultural y políticamente dicho mar”<sup>(30)</sup>.

Tolomeo —dice el profesor Bonfante— daba al mar Báltico el nombre de golfo de los vénetos y los vénetos o venedos son un pueblo ilírico que han dejado rastro de su nombre en la ciudad italiana de Venecia.

Y llegamos ahora a la prueba arqueológica —la segunda de las tres que ha permitido establecer que los germanos no son originariamente arios, pero que son un pueblo conquistado y colonizado por arios.

(29) BONFANTE: Obra cit. Pág. 54-55.

(30) BONFANTE: Obra cit. Pág. 55.

“Hacia la mitad del II milenio antes de J. C., en Alemania septentrional, Dinamarca y Suecia, domina la cultura megalítica, la cultura de los sepulcros monumentales construidos con enormes piedras, que se llaman dolmen, cromlech, menhir, etc. Esta cultura debe atribuirse, sin duda, a los antepasados de los actuales germanos; los cráneos de los sepulcros megalíticos tienen la misma forma que los de los germanos históricos. Ahora bien; alrededor de 1500 a J. C., toda Alemania y Dinamarca se encuentran invadidas por la llamada cultura lusaciana, porque tiene su centro en Lusacia, una región de la actual Sajonia. La cultura de Lusacia —que duró hasta 500 a J. C. aproximadamente— se caracterizó sobre todo por la costumbre de la incineración en urnas, por la decoración cerámica en relieve y por el uso de estaciones fortificadas. Se encuentra en ellas con frecuencia el ámbar. Todos estos caracteres se dan también en la cultura de los palafitos, que debemos probablemente atribuir a los arios, como veremos. En particular, el empleo de estaciones fortificadas y el uso corriente normal de la incineración, tal como la encontramos entre los lusacianos, es un uso seguramente ario. Los latinos y los griegos quemaban siempre sus muertos y los ponían en urnas; los griegos de Homero quemaban los cadáveres de sus héroes en grandes piras y así lo hacen todavía, en la India, los arios, que constituyen la casta superior de la población de aquel país. Nadie pone en duda, efectivamente, que los llamados “lusacianos” sean un pueblo ario; sólo se discute a qué pueblo ario se deben adscribir. Antes se creía que se trataba de los eslavos o de los celtas; hoy estas ideas se han abandonado y casi todos los investigadores admiten que los lusacianos son ilirios”<sup>(31)</sup>.

La conclusión, pues, de nuestra investigación lingüística y arqueológica —dice Bonfante— es que los germanos no hablaban una lengua aria y que han aprendido la lengua que hablan hoy de un pueblo ario, los celtas o más probablemente los ilirios, representados por los lusacianos.

Y entramos a la última prueba de que los germanos no son originariamente arios, contrariamente a lo que había sostenido Gobineau y todos los antropólogos racistas del nazismo.

<sup>(31)</sup> BONFANTE: Obra cit. Pág. 57.

“Algunos antropólogos y lingüistas se niegan —dice el profesor Bonfante— netamente, a adscribir los arios a un grupo determinado de razas. La raza, la lengua y la cultura, dicen, son tres cosas distintas, que nada tienen que ver entre sí. En la época en que puede hablarse de pueblo ario —época relativamente reciente, pues no pasa del tercer milenio antes de J. C. la mezcla de razas era ya tal, que no se puede hablar de ninguna manera de raza aria, así como no se puede hablar hoy de raza francesa o norteamericana. Si adoptamos este punto de vista extremo no podemos dar ningún calificativo de raza a los arios y ningún pueblo tiene el derecho de decir que es de raza aria, pues la raza aria no existe. Todo lo que puede decirse es que un pueblo es de lengua aria, pero esto no prejuzga nada sobre su ascendencia, pues la lengua, como se sabe, puede cambiar completamente en el curso de una generación. Antes del año 1840, la inmensa mayoría de los irlandeses hablaban una lengua céltica; diez años después la lengua dominante era el inglés. Sin embargo la población, físicamente, no había cambiado”<sup>(32)</sup>.

El mapa étnico de Europa ha cambiado poco en milenios. Ni las invasiones arias, ni las invasiones germánicas, han modificado fundamentalmente el tipo antropológico en los países mediterráneos.

El profesor Bonfante establece la siguiente división de los pueblos de Europa, Asia y Africa del Norte, agrupándose en tres inmensas fajas paralelas de occidente a oriente:

1º El grupo mesocéfalo (impropiamente llamado a veces dolicocefalo), alto, de pelo rubio y hasta rojizo, ocupa gran parte de Holanda y Gran Bretaña, Alemania septentrional, Dinamarca, la península escandinava, los estados bálticos, Polonia, Finlandia, la Rusia europea (con exclusión de Ucrania) y la Rusia asiática, es decir, Siberia. Ocupa, pues, la parte septentrional de Europa y Asia y se le llama con frecuencia el “tipo nórdico”.

2º El tipo broquicéfalo, moreno, de estatura generalmente más baja, ocupa casi toda Francia, Bélgica, Suiza, Alemania del Sur, Italia del Norte, Austria, Hungría, la penín-

(32) BONFANTE: Obra cit. Pág. 57 y 58.

sula balcánica (con excepción de Grecia), Ucrania, Rusia meridional, Anatolia, Armenia, Mesopotamia, el Cáucaso, gran parte de Persia, el Tadjikistan, el Pamir, el Turquestán y otras regiones al Este del mar Caspio, donde sin embargo se mezcla con elementos mongoloides, es decir, que no pertenecen a la raza blanca propiamente dicha. Ocupa, pues, la parte central de Europa y Asia, prescindiendo de China y Japón. Pertenecen a este tipo, entre otros, el hombre alpino y el dinárico de Yugoslavia.

3º El tercer tipo, netamente dolicocefalo, de pelo negro, es el llamado mediterráneo, que ocupa pequeñas zonas al sur de Irlanda, de Inglaterra y de Francia, casi toda España, Italia central y meridional, Grecia, toda Africa del Norte, Etiopía, Arabia, la parte meridional de Persia, la India e Indo-Persia. Ocupa, pues, la parte meridional de Europa y Asia. Los españoles pertenecen en su mayoría a este tipo antropológico.

Esta clasificación prescinde de las mezclas y de los subtipos raciales.

¿A qué grupo antropológico podemos adscribir a nuestros arios? —se pregunta el profesor Bonfante—. No son de raza mediterránea. Invadieron las regiones donde viven los mediterráneos o dolicocefalos de pelo negro, en época tardía, histórica. Conocemos los pueblos que allí vivían antes de ellos y podemos fijar la fecha, más o menos aproximada, en que invadieron la India, Armenia, Anatolia, Grecia, Italia, Iberia, Gran Bretaña e Irlanda.

Los mediterráneos no son arios: son iberos, son camitas (bereberes, egipcios, etiopes), son semitas (árabes, hebreos, asirios), son alarodios, son dravidianos en India.

Por el contrario, si examinamos la difusión de los braquicefalos morenos, a los que pertenecen el hombre alpino y dinárico, por ejemplo, veremos que corresponde admirablemente a la difusión de los arios en Asia y en Europa. Evidentemente, hay que admitir que han llegado a ciertas regiones como Francia e Italia del Norte, en masas suficientes como para imponer su tipo étnico. Pero esto es natural.

Luego de estudiar los otros grupos que pueblan la Europa actual, el profesor Bonfante se pregunta: ¿qué son, pues, los germanos?

Desde el punto de vista antropológico, las afinidades de los germanos y los Fino-Ugrios son extraordinarias. La teoría de que los germanos no son de raza aria ha sido defendida por investigadores alemanes de gran valía.

Como conclusión del examen del problema ario, Bonfante dice: "Desde el punto de vista antropológico, podemos afirmar que si admitimos la existencia de una raza aria (lo cual ya es cosa dudosa) lo más probable es que se deba identificar esta raza con la de los braquicéfalos morenos (hombre alpino y dinárico) a la que pertenecen hoy, por ejemplo, en su mayoría los franceses, yugoeslavos, rumanos, ucranianos y rusos; que no parece probable que los arios puedan adscribirse a la raza dolicocéfala de pelo negro o mediterránea aunque algunos lo piensen; pero que de ninguna manera podemos admitir que los arios pertenezcan a la raza mesocéfalos rubia, nórdica, que es la raza de los germanos, de los estonios, de los finlandeses y de los fineses. Estas conclusiones son confirmadas por la arqueología prehistórica y por la toponimia"<sup>(33)</sup>.

Por eso hemos dicho antes que toda la construcción racista, ario-nórdica, imbuída de menosprecio a las otras razas, se había venido abajo con estrépito.

El nacional-socialismo alemán, que ha necesitado construir, apresuradamente, una pseudo-filosofía y una pseudo-ciencia, para justificar su actitud profundamente antihistórica y brutal, no ha sido feliz en su apología del ario y del nórdico, como fuentes de toda civilización y de toda cultura. Menos feliz ha sido, todavía, al afirmar la superioridad del ario y del nórdico sobre las otras agrupaciones humanas.

Y su torpeza ha culminado cuando, con una serie de medidas antibiológicas, ha querido preservar la pretendida pureza de la sangre ario-nórdica, de la contaminación, sobre todo judía.

Los nórdicos llegaron a la civilización en época tardía, casi reciente; hay todavía pueblos arios, como los Bosníacos

(33) BONFANTE: Obra cit. Pág. 63 y 64.

y los Albaneses, que permanecen en un estado patriarcal, con una civilización rudimentaria; hay pueblos, ni arios, ni nórdicos, como los chinos, que tuvieron, hace milenios, una gran civilización; hay pueblos mediterráneos, como los griegos, que construyeron una gran cultura, echaron las bases de la ciencia y de la filosofía y nos dieron una prueba de su genio armonioso y fecundo en su arte. La civilización no es, pues, patrimonio de razas; no es, pues, como parece creer el racismo, la obra de un grupo étnico que habría conservado virtudes y capacidades originales y propias, de las que estarían excluidos otros grupos humanos.

El ario y el nórdico han debido hacer el mismo proceso que los otros grupos étnicos para llegar a la civilización, es decir, han debido superar la primitiva condición animal, que el origen natural del hombre muestra en todas las regiones de la tierra. Innumerables factores extraños al hombre mismo pueden hacer que ese proceso sea más largo, más difícil, más accidentado, en unos sitios que en otros. Pero cuando el hombre, en estado de naturaleza, descubre el fuego, talla el sílex, cuece su alimento y cubre su cuerpo, puede decirse que da el adiós definitivo a la animalidad.

Nace la asociación humana; y la asociación, que es, en cierta manera, estabilización, adherencia al suelo y al medio cósmico, habría sido imposible sin el instrumento rudimentario, sin la técnica frustra, hoy irreconocible, producto de la actividad de ese hombre primitivo y, a la vez, causa del desarrollo de ese mismo hombre, porque le da los elementos materiales para sustraerse al imperio adverso de la naturaleza y le confiere una autonomía cada vez mayor sobre el medio.

Se puede y se debe estudiar al hombre antropológicamente; pero en el hombre hay una dualidad que en vano buscaremos en los otros animales. En el hombre hay una naturaleza animal y una naturaleza social, fruto de centenares de miles de años de convivencia y fruto de milenios de civilización.

Es por ello que toda definición puramente zoológica del hombre es unilateral y no agota lo que el hombre es, como resultado de su evolución histórica.



De ahí deriva el error de ciertos darwinistas, al aplicar lisa y llanamente a las sociedades humanas, los procesos, los mecanismos y las leyes que pueden observarse en la vida animal.

De ahí deriva, también, el error racista, que hace de la raza una categoría eterna, que realiza sus valores y que atraviesa inmutable el curso de la vida histórica, sin ser influenciada ni siquiera por los resultados de su propia acción.

En esta fusión creciente de formas, de caracteres estructurales, de tendencias y de impulsos, que es la manera como la civilización se va construyendo, tiene hoy y lo ha tenido desde hace mucho tiempo, menos importancia general la ascendencia racial del hombre, que su ubicación social, su pertenencia a una clase con una aspiración y con una cultura, y, a la vez, con una trayectoria histórica.

La civilización y la historia no la hacen los hombres en su calidad de dolicocefalos o braquicefalos; la hacen en su condición de hombres sociales, incorporados a una clase o estrato social que tiene o no en sus manos los medios de producción y los instrumentos de la cultura.

La ciencia que surge de la vida y sirve a la vida; que investiga la verdad, porque la verdad que es adecuación de nuestra inteligencia con lo real exterior e interior, estimula la expansión de la vida, es hoy y será mañana, en un mundo libre y solidario, antirracista.

Sólo la barbarie nazi puede agitar como bandera de su cruzada el concepto cavernario del racismo y reivindicar para sí una ascendencia histórica y racial, que ni siquiera le pertenece.

## LAS CRISIS ECONOMICAS Y EL ANTISEMITISMO

*Acto en Córdoba, junio 19 de 1938*

El mundo vive horas de trágico desquicio...

Lo prueba el motivo mismo de la reunión de esta noche. Parece como si la humanidad hubiera retrocedido milenios.

Es en verdad trágico que hombres con las más diversas concepciones filosóficas y políticas, tengan que reunirse para afirmar, hoy, la fraternidad de las mal llamadas razas humanas; para afirmar que ni el color de la piel, ni la conformación de su cráneo, ni el color de su iris, la disposición de su cabellera o la arquitectura de su esqueleto, puedan llevar a los hombres al espectáculo brutal de la persecución racial, del exterminio, del aniquilamiento físico y de la laceración moral.

Hay que remontarse a los albores humanos, a los momentos, ya irrepresentables para una conciencia civilizada, en que el hombre comienza a esbozar su condición humana, alejándose de su condición primitivamente animal, para pensar en la posibilidad del exterminio y de la persecución por el solo hecho de pertenecer a una tribu o a una horda distinta.

En medio de una civilización material, como jamás pudo ser soñada por el hombre; en los momentos en que comenzamos a manejar el mundo maravilloso y complejo de los átomos casi con la misma seguridad con que el músculo obedece a la incitación voluntaria; en la época en que la técnica ha resuelto el problema, antes pavoroso, de la miseria, aun cuando la miseria siga anonadando a los hombres por el predominio de los intereses de clase, sobre las normas humanas de la convivencia; en el instante mismo en que la ciencia de la vida puede darnos la fórmula que la preserve contra muchas.

de las causas de su aniquilamiento por la enfermedad; en una palabra, cuando el hombre ha llegado por su actividad inteligente a crearse una gran autonomía frente al medio natural —cuyo imperio sobre la vida del animal es incontrastable— reaparece en el mundo del hombre un estado de espíritu cavernario: el espíritu racista.

Parece como si, en el proceso lento y doloroso de la superación humana, se hubiera abierto un paréntesis desmesurado de sombras. Paréntesis de sombra densa y siniestra que amenaza la dignidad misma de los hombres y la dignidad misma de la vida.

Los acontecimientos no se producen al azar. Lo que a nosotros se nos antoja caprichoso y paradójico, obedece, siempre, a un proceso con un antecedente o con una serie de antecedentes. Nada hay inconexo en la trama densa de acontecimientos que forma el mundo y la vida de los hombres.

Este estado de espíritu, esta actitud racista que hemos calificado de cavernaria, expresa una de las formas típicas de la reacción, que intenta salvar al mundo no por la superación de las fallas que el mundo ofrece, sino por la sofocación, por el estrangulamiento de toda manifestación de pensamiento libre y por la vuelta a las formas más crudas de la opresión.

Hasta la guerra de 1914 el racismo, y, concretamente, el antisemitismo, se había expresado en algunos movimientos esporádicos y en pocos documentos científicos que merecieron el nombre de tales. Las explosiones racistas y antisemitas acompañaron y acompañan a las épocas de crisis social y política profunda. Recuerden ustedes el caso Dreyfus —que la hermosa película “La vida de Emilio Zola” ha hecho desfilar, hace poco, ante nuestros ojos, que de nada pueden espantarse, tan dura y tan tremenda es esta realidad que nos toca vivir y sufrir, con la esperanza de modificarla haciéndola mejor.

Dreyfus fué el pretexto para una ofensiva contra las fuerzas que intentaban hacer efectiva la democracia en Francia. Si las fuerzas socialistas y obreras no hubieran crecido rápidamente desde los años 1889 en adelante, es probable

que el caso Dreyfus y la ola de antisemitismo no se habría producido.

En las elecciones de 1893 entraron al parlamento de Francia cincuenta diputados socialistas. Las organizaciones sindicales realizaban una activa agitación en todo el país por el reconocimiento de mejoras y derechos elementales. Con un desconocimiento absoluto del proceso histórico y guiadas por el temor, las clases medias de Francia se inclinaron hacia las derechas. Hicieron causa común con los reaccionarios, el ejército y la iglesia. Se agitó entonces, como ahora, el fantasma rojo; se habló de la trama siniestra que los franc-masones, judíos, anarquistas y socialistas, preparaban para asaltar el poder y sembrar el caos.

Invocando la fe y la salvación de la patria amenazada, el estado mayor del ejército francés se complicó en una maniobra criminal contra un modesto oficial judío del estado mayor: el capitán Dreyfus.

El coronel Estherazy, el verdadero espía al servicio de Alemania, con el coronel Henry, fraguaron todos los elementos que sirvieron para la condena y para desatar las furias de la reacción contra la democracia y los hombres que luchaban por realizarla.

Todo ese movimiento antisemita no era otra cosa que una tentativa desesperada de la reacción y de la iglesia para detener el progreso de las ideas de justicia y de superación social. Todo lo que se conoce del proceso Dreyfus, muestra hasta dónde son capaces de llegar, las clases reaccionarias, en la defensa de sus posiciones: hasta el crimen y la infamia.

Y ese estado de espíritu que acompañó a la crisis social y política de Francia en los años en que se consumó la condena de Dreyfus, reaparece de nuevo, en escala mucho más vasta, con la crisis más profunda y más grave que la postguerra determinó en los países vencidos.

Los dictadores azuzaron siempre el odio de razas y el odio religioso. Es el expediente con que intentan dar solución a las crisis internas desviando la atención de los núcleos sociales de sus verdaderos problemas.

El ejemplo de la Rusia zarista es clásico: vivió en estado de permanente persecución al judío e hizo del "pogrom"

la forma periódica y drástica de dar escape al descontento de las masas expoliadas y servilizadas, que no habían aún cobrado conciencia de las causas de esa expoliación y de ese servilismo.

Después de la guerra la situación angustiosa y trágica de los países vencidos, hizo posible que, de nuevo, comenzara a germinar el odio racial, que creíamos desaparecido de la conciencia de los hombres.

Mientras Alemania estuvo bajo el control de las fuerzas democráticas y obreras, no existió el problema racial sino en forma larvada. Aparece con violencia inaudita cuando el nazismo llega al poder. Alguna razón íntima y profunda debe existir entre la dictadura que el nazismo ejerce sobre su propio pueblo envilecido y la prédica y la actuación de esta exaltación racista. ¿Qué representa Hitler? ¿Qué representa el movimiento nacional-socialista? Eso es lo que debe preguntarse y eso es lo que revela la razón del racismo y del antisemitismo de la Alemania nazi.

La plutocracia del Ruhr y de los Junkers; la casta que aprovechó la unidad histórica alemana después del 70; los sectores que absorbieron las energías del pueblo alemán y crearon en él, para mejor expoliarlo, el sueño de la Europa pan-germánica, utilizaron y a la vez canalizaron el descontento de las masas pequeño-burguesas y artesanas y consolidaron su propia situación en inminencia de bancarrota, con el golpe de mano nacional-socialista.

Sólo para los ingenuos el Tercer Reich es la rebelión del pueblo alemán contra la opresión de Versalles. El tratado de Versalles y sus cláusulas esclavistas fueron el pretexto con que los magnates del Ruhr —al borde de la quiebra de todo su sistema monopolista— atraieron a las masas desocupadas, a los pequeño-burgueses empobrecidos, a los profesionales sin posibilidad de utilizar su inteligencia y sus aptitudes.

Hitler en el poder es el instrumento de la plutocracia del Ruhr y específicamente del grupo Thyssen. El grupo Thyssen financió el movimiento nacional-socialista. Millones de marcos afluyeron a las cajas del partido nazi, millones de marcos hicieron posible el crecimiento de las bandas de asalto,

pretorianos a sueldo que siguen viviendo a expensas del trabajo esclavo del obrero alemán.

Thyssen y su grupo son los verdaderos amos de Alemania.

Todo ha sido absorbido por ellos en esa economía de monopolio: el acero y el carbón, elementos básicos de la industria pesada; los bancos y los transportes. La férrea reglamentación de la vida alemana ha suprimido todo control de las masas sobre su propia actividad.

Ninguna de las promesas formuladas por el nazismo, en su propaganda demagógica para captar a las masas, han sido realizadas. Al día siguiente de su llegada al poder, Hitler anunció que la revolución había terminado. Con ello significaba que las masas pequeño-burguesas, los desocupados y los intelectuales debían prestar acatamiento a la nueva orientación del poder.

La plutoocracia podía disponer a su antojo de las energías y de las reservas de la nación. Todos los puestos directivos de la economía alemana estaban en manos de Thyssen y sus colaboradores. Así comienza a estructurarse el Tercer Reich, preparando su futura expansión imperialista, que ha comenzado ya con la ocupación de Austria, la amenaza a Checoslovaquia y la invasión a España. Es en medio de esta gran crisis social y política que se exacerban el racismo y el antisemitismo. Había que responsabilizar a alguien de la situación angustiosa del comercio, del estancamiento de la producción, de la disminución de las exportaciones, de la carencia de elementos fundamentales para la vida, de la imposibilidad de pagar mejor salario y, en consecuencia, de la miseria de las masas. Y se hizo una extraña amalgama: el tratado de Versalles, los socialistas, los comunistas y hasta los liberales y por último los judíos.

El mundo no ha cobrado, todavía, conciencia clara de la brutalidad y de la saña de la persecución nazi. Cuando la tenga —si conserva aún un resto de humana sensibilidad—, se crispará de horror y sabrá que un nuevo cielo de barbarie ha comenzado para el hombre.

El campo de concentración en que los hombres purgan, en el trabajo forzado, el delito de querer pensar libremente; la hoguera que reduce a cenizas el poema maravilloso de



Heine, el pensamiento inmortal de Marx, la página melódica de Mendelssohn; el hacha —que parece arrancada del museo— que antes abatió los árboles de la selva germana, abate hoy las cabezas de los que piensan y de los que sueñan; los hombres de más alto valor mental encarcelados, exilados, privados de su ciudadanía; masas enormes obligadas al trabajo esclavo; he ahí el modelo de civilización que es el Tercer Reich y he ahí el medio en que el racismo encuentra ambiente propicio para su exaltación.

Si los plutócratas del Ruhr hubieran podido estructurar un nazismo sin racismo y sin antisemitismo, tal vez lo habrían hecho. Pero la clase media no habría podido ser fácilmente captada y arrastrada a la órbita nazi y el soporte de masas, indispensable a un movimiento que quería dominar la vida nacional, le habría faltado.

Esto no debe interpretarse como indicio de una tendencia de las clases medias a un odio espontáneo al judío. Era fácil hacer creer a la clase media, en la esfera de la economía, y a los intelectuales de esa misma capa social, que su situación desastrosa era el fruto de la competencia y de la explotación judías.

El nazismo tenía necesidad de responsabilizar a alguien de esa situación; pues no bastaba con el tratado de Versalles y menos con exponer el complejo de causas que condicionaban esa situación con independencia de la raza y el confesionalismo religioso de los hombres. Pero eso habría impedido crear la mística indispensable para movilizar rápidamente a grandes sectores de la población, para hacerlos servir a los designios de la plutocracia en inminencia de desastre.

El racismo y el antisemitismo son, también aquí, el pretexto para una acción más fundamental. El antisemitismo de hoy no es el antisemitismo, un poco teórico, de los tiempos de Gobineau, por ejemplo.

Hoy el que se declara racista y antisemita, da un sentido social y político a su declaración. Define un concepto, afirma una manera de concebir la vida social y hasta, puede decirse, la personalidad humana.

Toda la mística racista y su pseudo-filosofía, son una patraña grosera, urdida apresuradamente, para dar aparien-

cias de racionalidad y de espiritualidad a un movimiento cuya raíz está en el privilegio en contra de los intereses materiales y morales del pueblo alemán.

Cuando se tiene la osadía de afirmar hoy, después de esa prueba documental irrefutable que es la historia humana, como resultado de la actividad social del hombre en su carácter de tal, en que las más diversas razas se funden en un complejo irreconocible en el sentido de una raza pura; cuando se tiene la osadía de afirmar, decimos, que hay razas condenadas a la servidumbre y razas destinadas a elaborar la civilización y a vivirla en la libertad, y que éstas pueden disponer de la vida de aquéllas, sin cuidarse de su condición humana, hemos vuelto a la prehistoria del mundo y del hombre.

Todo estaría, entonces, justificado. Desde la persecución y el destierro, hasta la confiscación y el asesinato. Y esa es la Alemania nazi, para vergüenza del genio armonioso e impetuoso de Beethoven, que estaba por la libertad humana, por la dignidad humana, frente a toda opresión y a toda servidumbre.

Y vuelvo al comienzo. Dije que el mundo, es decir, los hombres, vivimos hoy horas decisivas y trágicas. De un lado los que queremos la superación de la vida y el respeto a la persona humana; del otro lado, los que aspiran a servilizar al hombre a una concepción totalitaria, brutal, cínica y estulta. Y este antagonismo —que es algo más que un estado de espíritu— obliga a los hombres de buena voluntad a proclamar hoy, con fuerza, algo que creíamos consustancial al hombre histórico: la fraternidad y la igualdad —aun en sus desemejanzas— de las razas ante la vida y el devenir de la vida.

En los momentos en que el hombre conoce la estructura y la composición de los mundos lejanos; en la hora en que domina cada vez mejor la técnica productiva, que le permite libertarse de la indiferencia y de la tiranía de la naturaleza; en el instante en que no va quedando resquicio de su propio ser sin que le alumbre la luz vivísima de la ciencia experimental, había olvidado, sin embargo, que la estructura social crea, fatalmente, estos conflictos dolorosos que hacen posible la resu-

recepción atávica y dan la impresión de que volvemos a un mundo de caníbales.

Pero la vida no conspira contra sí misma y el hombre vencerá esta realidad que, por lo monstruosa, semeja a una pesadilla.

Señoras, señores: Por la defensa de la libertad, por la dignidad de la vida, por la superación de la vida en su contenido individual y social: ¡de pie, contra el fascismo, de pie contra el racismo que son la barbarie!

DISCURSO DE RECEPCION A LAS DELEGACIONES,  
PRONUNCIADO EN LA SESION INAUGURAL DEL CON-  
GRESO CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

*Agosto 6 de 1938*

Señores delegados; señoras; señores:

Por primera vez en la historia de nuestro país, y también en la América Latina, un grupo de hombres de muy diversa ideología filosófica, política y religiosa se reúne en Congreso para debatir la cuestión del racismo.

Por primera vez, también, ha de reconocerse, públicamente, que el racismo significa un peligro que fructifica y florece en ambientes ajenos a la libertad y a la democracia, en su sentido más vasto y más profundo.

No sólo ha de reconocerse en el racismo un atentado a la libertad del hombre, al valor y a la dignidad del hombre, sino que ha de reconocerse —porque así lo impone el análisis aun más superficial de los elementos que integran el problema—, ha de reconocerse, repito, que el racismo es hoy —como lo fué siempre— un instrumento de opresión política y social, de carácter regresivo y antihistórico.

No hay país de América o de Europa Occidental y Central donde el racismo no exista larvada o abiertamente.

Cuando los que iniciamos, en el país, la campaña anti-racista, quisimos darle forma concreta en el organismo que es el Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo que auspicia este Congreso y que lleva ya un año de acción fecunda, tropezamos con el argumento de siempre, que es la forma cómoda de no afrontar ningún problema; se nos dijo, por muchos: el antisemitismo y el problema racial no existen ni po-

drán existir jamás en nuestro país; ustedes acabarán creando el problema al agitar un fantasma inexistente; ¡entonces sí que aparecerán los racistas y los antisemitas!

Ingenuidad de muchos; conformismo anticipado de otros tantos a las situaciones angustiosas que vendrán; desconocimiento de las causas íntimas y profundas que engendran el problema racista en esta hora de crisis de un mundo atormentado, he ahí lo que revela esa respuesta.

El problema existía aquí —como existía en todos los países de Europa y de América— sin necesidad de agitarlo. Es que está en el ideario y hasta en el impulso de todos los reaccionarios del mundo, que hacen de la jerarquía la espina dorsal de su sistema.

¿Jerarquía de qué y para qué? ¿Qué contenido tiene esa jerarquía en manos de los plutócratas e imperialistas que absorben las energías de sus propios pueblos, agobiados bajo el peso del armamentismo, para preservar un mundo que vive en constante acecho y en constante zozobra? ¿Qué civilización es ésta que asfixia los más altos impulsos humanos para preservar un mundo que pronto o tarde desembocará en la guerra —una guerra que siempre se afirma será la última— pero que el mundo siente, sabe que será el germen de otra guerra más tremenda y más aniquiladora?

La ciencia de verdad, esa que no se fabrica vertiginosamente, para dar visos de racionalidad a un estado de cosas brutal y esclavista, ha probado hace tiempo lo erróneo de todo racismo. Es por eso que a este Congreso le toca una vez más, al discutir los distintos temas propuestos, afirmar valiente y enérgicamente, los postulados de la ciencia honesta, que ni se vende al privilegio ni halaga a las masas, pero que naciendo de la vida social quiere servirla ayudándola a superar sus propias fallas; debe proclamar, repito, que todo racismo es un instrumento de opresión política y social dentro y fuera de las fronteras del país en que domina. Ejemplos dolorosos y trágicos son la Alemania parda y la Italia fascista.

Señores delegados: En nombre del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo y en el de la Comisión Organizadora, tengo el alto honor de daros la bienvenida y de inaugurar este Congreso, que marcará una etapa en la evolución histó-

rica y cultural de nuestro país; que servirá de vínculo entre todos los hombres de buena voluntad que aman la libertad, la cultura y el bienestar de su pueblo; que nos incorpora, a la vez, al vasto movimiento del mundo en defensa de la fraternidad de las mal llamadas razas humanas, cuyas posibilidades de superación son infinitas, una vez suprimidas las trabas sociales que invalidan los mejores impulsos del hombre hacia su propia superación.

Hago votos porque las deliberaciones del Congreso —libres de todo sectarismo— sean un alto ejemplo de cordura y de tolerancia; pero, eso sí, sin ninguna tolerancia hacia ese mal social que es el racismo, instrumento de opresión material y de servidumbre moral entre los hombres.



## RACISMO Y CIENCIA

*Ponencia al primer Congreso Contra el Racismo  
y el Antisemitismo, 6 y 7 de agosto de 1938*

### LA PSEUDO CIENCIA ANTROPOLÓGICA COMO INSTRUMENTO POLÍTICO

Cuando afirmamos nuestro antirracismo no entendemos afirmar la identidad de los grupos humanos que se reúnen bajo el nombre de razas. Si hubiera identidad no podríamos hablar de blancos, negros y amarillos, por ejemplo. Si distinguimos los blancos de los negros y de los amarillos es porque alguna diferencia objetiva nos permite hacerlo. Lo que el antirracismo afirma es la inexistencia de una diferencia esencial entre los diversos grupos humanos. Y afirma, además, que mucho antes de los tiempos históricos ya no existían *razas puras*; es decir, hombres que resultaran de la multiplicación de una sola línea generadora. Y sostiene, también, que el proceso de la historia —eso que llamamos civilización— no es el resultado del desarrollo de un principio inmanente a una *raza privilegiada*, sino la consecuencia de una serie de concausas en que el hombre, ente biológico, se dobla de una segunda naturaleza, producto de milenios de convivencia y de acción recíproca sobre el ambiente natural modificado por su actividad inteligente. Con ello significamos que una cosa es el estudio antropológico del hombre y otra es su estudio como individuo social.

No puede haber discrepancia en un hecho fundamental: las cualidades mentales, las aptitudes que resumimos bajo el nombre y concepto de *inteligencia*, están ligadas al desarrollo

cerebral. El gorila y el chimpancé —que de los monos actuales son los más evolucionados— tienen un cerebro cuyo peso máximo no pasa de 600 gramos. El hombre más atrasado tiene un cerebro con un peso de 900 gramos. El volumen medio del cerebro, según Boule es:

En el mono Antropomorfo de .....	621 c.c.
„ „ Pithecanthropus de .....	855 c.c.
„ „ Adamanos de .....	1300 c.c.
„ „ Australiano de .....	1340 c.c.
„ „ Hominideo de Neanderthal (medio de cuatro individuos) .....	1400 c.c.
„ „ Parisiën de .....	1500 c.c.

El hecho comprobado repetidas veces —y en series numerosas, lo que da valor estadístico al concepto— se resume en la siguiente conclusión: a mayor desarrollo cerebral, a mayor desarrollo de circunvoluciones y de corteza, lo que implica un aumento en los centros de asociación y proyección, mayor valor intelectual, mayor inteligencia. No hay, sin embargo, en la naturaleza ni en la historia, valores absolutos. Lo son siempre en relación a algo y a las condiciones en que se estudien o se manifiesten.

Pero esta inteligencia ligada a un cierto desarrollo cerebral, está, también, integrada por elementos históricos en el sentido social. Digo en el sentido social, porque la biología es, también, historia, pero desde cierto aspecto en lo que al hombre se refiere, sobre todo, anterior y superior al hombre mismo.

El hombre entra a actuar en la historia —o si se quiere entra a crear su propia historia— con dos elementos esenciales: su propia naturaleza, su estructura como sujeto viviente y el medio ambiente natural primero, y social después.

Los primeros rudimentos de agrupación humana estable, tenían ya como antecedente, centenares de miles de años de evolución, de desarrollo, de transformación en medio del ambiente natural en que se desenvuelve la vida.

Arthur Kehit —el eminente antropólogo y anatomista inglés— calcula, por ejemplo, que la separación entre los

Antropoides y el Hombre, se ha operado hace unos *dos millones de años*; y que la diversificación de los hombres modernos ha comenzado hace unos *cuatrocientos mil años*.

Frente a esta inmensidad en el tiempo, ¿qué representan nuestras civilizaciones históricas, cuyo comienzo no va más allá de unos cuantos milenios?

Cuando el hombre entra a estructurar su historia, el es ya, a su vez, el producto de una larga evolución de la naturaleza. Comienza a abandonar su primitiva condición animal o zoológica, para elevarse a la condición humana, por un proceso complejo, en que su actividad inteligente y creadora se concreta en la invención o en la fabricación del instrumento rudimentario, con el cual amplía y prolonga su acción sobre la naturaleza ambiente. Cuando Franklin definió al hombre como un animal que fabrica utensilios, expresaba el carácter más saliente y típico de la actividad humana frente a la actividad de los demás animales.

Ahora bien; este hombre, que se nos aparece siempre históricamente como el integrante de un grupo, de una asociación —llámesele horda, tribu, gens, pueblo, etc— tiene algunos caracteres físicos y algunas cualidades mentales, sensoriales y emocionales, que le distinguen de otros hombres que integran otros grupos. A estos grupos con ciertas notas semejantes se da el nombre de razas. Concepto cuya definición y delimitación, ha motivado controversias innumerables. En el estado actual de los conocimientos, podemos sostener que la raza es una abstracción antropológica, tal como Topinard lo había ya enunciado. Nuestro gran paleontólogo Ameghino, decía en su "Filogenia": la naturaleza no forma razas, forma colecciones de individuos que se parecen entre sí. Podemos decir, entonces, que se llega a la noción de raza por la reunión arbitraria de algunos caracteres físicos salientes, que se tienen por más constantes en un grupo humano que en otro. Pero ninguno de esos caracteres es específico o exclusivo de una raza determinada. Cuando se analizan los tipos extremos de la serie es fácil distinguir un negro de un blanco o de un amarillo. Pero en las formas intermedias ninguno de los caracteres conserva su valor. El color de la piel, el color y la disposición de los cabellos, el color del iris y la forma del ojo, el cráneo y sus

índices, la capacidad craneana, la estatura y la conformación esquelética, etc., etc., son elementos que sufren variaciones fluctuantes de tal magnitud, que impiden componer un tipo racial aplicable a la realidad viviente. Cuando se quiere asir de cerca y concretar el concepto de raza —en su sentido antropológico, puramente físico o somático— es muy difícil encontrar el tipo real que le corresponda.

Ripley sostiene que las poblaciones de Europa, por ejemplo, están tan mezcladas, que cualquier combinación de solo dos caracteres, el color de los ojos y de los cabellos, excluiría el 75 % de los habitantes de cualquier región tomada al azar. Y si a esos caracteres se suma un tercero, la forma cefálica, entonces habría sólo una muy pequeña fracción de población, de una región cualesquiera, en Europa, que pudiera responder a ese tipo.

Si se añade un cuarto carácter, la estatura, y un quinto, el índice nasal, entonces, dice Ripley, la proporción de tipos puros es casi infinitesimal. Cuando Ripley le pidió al antropólogo Ammon que le mostrara la fotografía de un individuo del *tipo alpino puro*, Ammon se limitó a responder: he medido y estudiado millares de reclutas renanos y no he encontrado un espécimen del tipo alpino que fuera perfecto en todos sus caracteres; todos estos hombres braquicéfalos eran sea blondos, sea grandes, o tenían una nariz estrecha o algún otro carácter que no hubieran debido poseer. “Esto significa que cuando nosotros definimos una raza por una serie de caracteres físicos, describimos necesariamente un tipo ideal”<sup>(1)</sup>.

Podemos pues, afirmar que la raza es un esquema antropológico. En su realidad viviente, en el proceso multimilenario de constitución de los grupos humanos, hay una verdadera fusión de elementos, una intrincación de caracteres, que si por una parte permiten hablar de razas, sólo lo permiten en el concepto dinámico de la variación constante, creando tipos transitorios que se modifican en los descendientes por la cruce con otros elementos y por la acción de factores ambientales externos que obran directa o indirectamente.

(1) F. H. HANKINS. “La Race dans la Civilisation”. Pág. 215.

Es tal la migración de los grupos humanos que sólo en regiones aisladas y por excepción, ha podido quedar algún grupo al estado de relativa pureza. Habría pues como un proceso antitético que tiende, por un lado, a integrar elementos morfológicos para darnos un tipo físico que calificamos como tipo racial y por otro, por el constante aflujo de elementos extraños, vecinos o lejanos, una tendencia a la variación o acumulación de nuevos caracteres.

¿Qué sentido antropológico puede tener, entonces, hablar de raza pura?

La antropología ha estado dominada durante un largo período, por el mito de la raza aria, y por la creencia de que la civilización fué patrimonio inicial de esta pretendida raza aria que, desde el Asia, habría invadido y civilizado la Europa. A esta teoría dió gran impulso el Conde de Gobineau, con su obra "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas".

En su capítulo sobre los Arios, los Brahmanes y su sistema social, Gobineau describe, con entusiasmo, las características de esta raza o grupo humano que, a manera de ola arrolladora, baja desde la India para dominar el Occidente europeo, crear la civilización y perder luego, por la mezcla y el cruzamiento con elementos autóctonos, su pureza racial y con ello iniciar la declinación fatal y dolorosa del mundo occidental.

"El nombre de Ario posee la preciosa ventaja de haber sido escogido —dice Gobineau— por las tribus mismas a las cuales se aplica y de seguir las por doquiera independientemente de los lugares que habitaron o pudieron habitar. Este nombre es el más bello que pueda adoptar una raza: significa *honorable*, así las naciones arias fueron naciones de *hombres honorables*, de hombres dignos de estima y de respeto y probablemente, por extensión, de hombres que cuando no se les daba lo que se les debía, sabían tomárselo. Si esta interpretación no está estrictamente en el vocablo, se verá que se encuentra en los hechos. Los pueblos blancos que se aplicaron esta denominación, comprendían bien su alcance altanero y pomposo"<sup>(2)</sup>.

(2) GOBINEAU: "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas". Ed. española, Pág. 236-37.

Y después hace Gobineau su caracterización física en estos términos: "En cuanto a la conformación física, no cabe duda: es la más bella de que jamás se haya oído hablar. La nobleza de sus rasgos, el vigor y la majestad de su elevada estatura, su fuerza muscular nos son aseverados por testimonios, que no por ser posteriores a la época en que estuvo reunida, son de menos crédito. Todos establecen, en los diferentes puntos en que fueron recogidos, una gran identidad de rasgos generales, no presentando las desviaciones locales sino como resultado de mezclas posteriores. En la India los cruzamientos tuvieron lugar con razas negras; en el Irán con los Camitas, los Semitas y los Negros; en Grecia con los pueblos blancos —que no es cosa de determinar aquí— y con los Semitas. Pero en todas partes el fondo del tipo permaneció idéntico y es apenas controvertible que aún degenerado en su belleza primordial, el troneo producía tipos como los actuales Cachemiranos y como la mayor parte de los Brahmanes del norte; como aquellos cuya representación estuvo figurada, bajo los primeros sucesores de Ciro, en las construcciones de Nakschi-Rustam y de Persépolis; en fin que los individuos cuyo aspecto físico inspiró a los escultores del Apolo Pitio, del Júpiter de Atenas y de la Venus de Milo, formaban la más bella de las especies humanas, cuya contemplación hubiese podido regocijar a los astros y a la tierra" (3).

Esta exaltación del ario domina toda la obra de Gobineau. Es para él, el arquetipo humano: bello moralmente, apolíneo en su figura, indomable en el carácter, con un alto sentido de su valer y de su destino, que no habría sido superado todavía.

Este hombre ario habría quedado, en un estado de relativa pureza, en las selvas germanas y sería el antecesor del hombre nórdico, reserva de civilización y de cultura, que en el sentir de Gobineau debería retardar la ineluctable decadencia de un mundo estigmatizado por la mezcla de razas que impurificaron la noble sangre de los arios primitivos.

Es útil recordar aquí, que para Gobineau, la decadencia de las civilizaciones se debe al agotamiento del principio que cada raza lleva consigo. Hay un principio blanco, un principio

(3) GOBINEAU: Obra cit. Pág. 238-39.



amarillo y un principio negro. Sería algo así como el destino que el Creador habría señalado a cada uno de los grupos humanos, según Gobineau y los racistas.

Lo grave es conciliar esta separación absoluta de razas con la descripción bíblica de la creación —que el mismo Gobineau acepta— y en la cual los hombres resultan de la multiplicación de una sola pareja: Adán y Eva. ¿Cómo es que hubo luego negros, amarillos y blancos? ¿Estaba en los designios de la Providencia, crear hombres superiores e inferiores; seres destinados los unos a ser libres y los otros esclavos?

El error de Gobineau —como el de todos los racistas— consiste en hacer depender la civilización de las solas cualidades antropológicas. Por ello es que se empeñan en reivindicar la ascendencia aria, pretendiendo que lo ario es una cualidad antropológica, racial, que no ha sido superada.

Desde hace muchos años, Max Müller había hecho notar el error en que se incurre cuando se identifica el término ario con una raza determinada. Los arios, decía Max Müller, son los que hablan lenguas arias, sea cual fuere el color de su piel o de su sangre. Al darle el nombre de arios lo que nosotros afirmamos es que la gramática de su lengua es aria. El etnólogo que habla de raza aria —añadía—, de sangre aria, de ojos y cabellos arios, comete el mismo error del lingüista que hablara de un diccionario dolicocefalo o de una gramática braquicéfala. Hay, pues, independencia entre la lengua y la raza. Pueblos de muy diverso origen hablan la misma lengua; porque el idioma puede ser, muchas veces, impuesto por la conquista.

El mito de los arios, renovado en su forma de leyenda nórdica por el racismo del Tercer Reich, motivó controversias y trabajos numerosos. Mientras unos aceptaban la existencia de una raza aria, que partiendo de las mesetas del Asia Central invade la India y la Europa para dar la civilización, otros han sostenido exactamente lo contrario, es decir, que la India y la Persia fueron conquistadas por los autóctonos de Europa. Así Benfey sostuvo que la cuna de los arios estaba al Norte del Mar Negro, entre la desembocadura del Danubio y del Mar Caspio; Geiger, los situaba al Sur del Mar Báltico y en la parte centro-occidental de Alemania; Cuno en la inmensa

planicie que va desde el Mar del Norte hasta los Montes Urales; Poesche en las estepas pantanosas de la Rusia Occidental, y Penka en Escandinavia, dando como razón que el tipo blondo más puro, de alta talla y dolicocefalo, se encuentra allí con más frecuencia que en otras regiones. Estamos en pleno caos racial. Frente a esta Babel nada debe extrañar que Hartmann afirmara que los arios eran una invención de los profesores de antropología y que Virchow emitiera esta sentencia: "El ario típico postulado por la teoría no ha sido jamás encontrado".

El año pasado el profesor Julián Bonfante, ha publicado en los "Anales de la Universidad de Valencia", y bajo el título de "La Cuestión de los Arios", un trabajo valioso y documentado. Las conclusiones fundamentales a que llega el profesor Bonfante pueden sintetizarse así: No ha existido una raza aria; el problema ario es un problema lingüístico no racial; hay grupos humanos que hablan una lengua aria; los germanos no son originariamente arios —son un pueblo fino-úgrico, colonizado por los Ilirios quienes les impusieron su lengua— y la lengua germana es la que más se separa de la lengua aria.

Frente al orgullo ario-nórdico de los racistas del Tercer Reich, Bonfante exclama: "Pero aún admitiendo que los germanos fuesen los puros, los verdaderos, los auténticos, los únicos arios, más bien tendrían que avergonzarse que no vanagloriarse de ello. Estos arios tan decantados no eran más que un conjunto de hordas salvajes de un nivel cultural comparable al de las más atrasadas tribus africanas, que siguieron sembrando por milenios el terror, la destrucción y la muerte en los pueblos civilizados del Sur, interrumpiendo cada vez el curso de su progreso cultural y social, destruyendo sus ciudades opulentas y dejando en pos de sí desolación y ruina".

El mito ario-nórdico, que la crítica antropológica y lingüística sería había reducido a su verdadera significación de hipótesis arbitraria, ha resurgido bajo el impulso del nazismo. Ningún documento paleontológico, ningún hallazgo arqueológico, ningún hecho lingüístico, puede dar razón de este resurgimiento. Tiene sólo un carácter político, vinculado a la profunda crisis social de la Alemania vencida en la guerra imperialista del catorce.

El racismo —y muy particularmente el racismo del Tercer Reich— no ha aprendido, todavía, esta verdad elemental: no se puede identificar la raza con la nación y no se puede hablar de una cultura específica de una raza determinada.

“Francia, Alemania e Italia septentrional, dice Hankins, ha sido una especie de confluencia, donde se han encontrado las tres razas principales de Europa y además otras diversas razas paleolíticas que pueden haber sobrevivido. Así los mediterráneos constituyen el elemento indígena en el mediodía de Francia donde actualmente predominan. Los alpinos cruzaron los Alpes y penetraron hasta Bretaña; hoy constituyen la mayoría de la población saboyarda, auvernesa y bretona. Más recientemente los nórdicos, o baltas, como los godos, normandos, sajones, teutones, francos —todos híbridos en alto grado— atravesaron la Francia de Norte a Sud. Una de las tribus teutonas dió su nombre al país y hasta los comienzos de la Edad Media, la lengua y las costumbres germánicas predominaban en Francia. Aún en nuestros días, los elementos germánicos son preponderantes en regiones considerables del Norte, Mediodía y Oeste. Es así que Dominián puede afirmar, después de un estudio concienzudo y juicioso, que algunas partes de Francia son hoy más teutonas que ciertas regiones de Alemania. Si la población de esta última es más homogénea que la de Francia, en ciertas regiones, en otras es tan mezclada como la de esta última nación. Mientras que sobre el Báltico y el Mar del Norte los elementos germánicos son de una relativa pureza (aún cuando allí mismo están mezclados a los eslavos, polacos y vendos), a medida que se descende hacia el Sud la población es más compleja, con creciente preponderancia de elementos alpinos y mediterráneos. Toda la región actualmente ocupada por Francia y Alemania ha sido un vasto campo de batalla donde, en el curso de los últimos veinticinco mil años, las tribus y las razas se han disputado la supremacía”<sup>(4)</sup>.

¿Qué significado puede tener entonces la pureza racial, la homogeneidad nacial y la pretensión de que la cultura es función de una raza determinada? En los últimos años el pro-

(4) HANKINS: Obra cit. Pág. 227-28.

cedimiento biológico de la determinación de los grupos sanguíneos, hizo concebir esperanzas con respecto a la posibilidad de establecer el parentesco racial entre diversas agrupaciones humanas. Todos los hombres han podido ser clasificados en cuatro grupos sanguíneos, según el comportamiento de sus glóbulos rojos y de sus sueros respectivos. Los estudios hechos hasta ahora muestran una cierta constancia en la distribución de los grupos en las diversas poblaciones. Pero esa constancia no parece estar vinculada de un modo claro a los otros caracteres raciales.

El grupo A, por ejemplo, da según Lattes un 40 a 50 % en Europa Occidental, en Polonia y Rusia un porcentaje menor y baja considerablemente en Africa y en Asia: 38 % los árabes, 27 % los hindúes. Pero los japoneses tienen, en cambio, una proporción de grupo A, comparable a la de los europeos occidentales.

En el trabajo de Brutzkus —en la revista “Races et Racisme”— se establece que los judíos de Berlín dan un tipo más europeo que los mismos alemanes puros, y que los judíos de Crimea se caracterizan por un tipo asiático tan puro o más que el de los tártaros autóctonos<sup>(5)</sup>.

Estos hechos obligan a ser prudentes en la interpretación y en la aplicación del método de los grupos sanguíneos como medio de clasificación racial.

El mismo León Lattes —en su obra sobre “L’Individualité du Sang”— y a pesar de asignarle valor en su aplicación a la etno-antropología, dice textualmente:

“Las investigaciones sobre el valor etno-antropológico de los grupos sanguíneos continúan sobre vasta escala, pero las conclusiones no pueden ser, por el momento, más que provisionales”<sup>(6)</sup>.

El pueblo que compone una nación no es pues una raza —en el sentido de la unidad antropológica. ¿Qué parecido físico hay entre un nativo de las provincias del Norte Argentino, con una larga ascendencia autóctona, y un autóctono, en idénticas condiciones, nacido en la Patagonia? Ambos integran

(5) J. BRUTZKUS: “Les groupes sanguins parmi les populations juives”. “Races et Racisme”, N° 5, año 1937. Pág. 10-12.

(6) L. LATTES. “L’Individualité du Sang”. Pág. 147.

no obstante las diferencias antropológicas, el pueblo argentino, forman parte del pueblo de la Nación Argentina.

Los nativos de la cordillera en el Neuquén, tienen más similitud física con los nativos chilenos de su misma latitud, que con los nativos de las provincias de nuestro litoral. Ambos son, sin embargo, ciudadanos argentinos y forman el grupo étnico argentino.

Y cuando pasen milenios y nuestra población haya crecido desmesuradamente y se haya mezclado por el aflujo de elementos de inmigración y por el propio desplazamiento interior, tendríamos ocasión de hacer la misma observación que Hanks, para las naciones de la vieja Europa.

La raza y la nación no se superponen; como no se superponen la cultura y la raza. La cultura es fenómeno, hecho social complejo. Preguntarse que es más importante en la elaboración de la cultura, si el hombre o el medio, es aplicar un concepto fragmentario, mecánico y antidialéctico al proceso dinámico de la formación cultural. El hombre es el elemento activo y creador de la cultura —como de toda vida social. Hay que contar con el valor del hombre y con la aptitud del hombre. Pero este valor y esta aptitud serían estériles en un medio inadecuado. La semilla fructifica en tierra apta.

El fruto será tanto más espléndido, cuanto más apta es la semilla y más propicia la tierra. Lo mismo ocurre entre el hombre y su medio social e histórico. No hay razas condenadas a la esterilidad cultural por deficiencia orgánica, como no hay razas destinadas a la creación de la cultura por su sola estructuración anatómica. En todo grupo humano hay posibilidades de cultura y de superación. El medio social acelera o inhibe esa posibilidad de superarse o de crear. La educación racional acentúa o modera las tendencias que pudieran ser favorables o nocivas, a la vida espiritual del hombre. Sólo por excepción puede aceptarse que hay seres condenados orgánicamente, y a pesar de un medio favorable, a no superar ciertos estados inferiores de cultura.

Sostener que la estratificación social, tal como nos es dado observarla en las sociedades históricas, es consecuencia de las aptitudes innatas en cada hombre, es aceptar, arbitrariamente, que la humanidad está reducida a moverse en una órbita que



—de antemano— le está fijada por las cualidades ancestrales. Es, a la vez, afirmar el concepto de que no hay creación y sí solo repetición en el proceso complejo de la vida histórica y social del hombre. Es encadenar el destino humano a las cualidades misteriosas del cromosoma, en cuya microscópica estructura estaría contenida, en potencia, la trama de la historia.

El hombre y su medio forman un todo indisociable. Hay una acción recíproca permanente entre ambos. El hombre crea el ambiente social y el ambiente social hace al hombre. Pero no todos los hombres sufren la influencia del ambiente social de la misma manera, ni obtienen de él los mismos beneficios.

La condición social del hombre es decisiva. ¿Podría sostenerse, acaso, sin caer en evidente exageración, que toda diferencia de aptitud en el niño es condicionada por sus cualidades congénitas, heredadas, biológicas? ¿Cuando un maestro está frente a un niño que no aprende o aprende poco —que tiene una anormalidad en su atención— puede sin más, concluir que es un tarado y un inapto congénito, condenado por ello mismo a la inferioridad social? ¿Se ha preguntado el maestro si come y qué come ese niño? ¿Se ha preguntado si duerme y dónde duerme? ¿Se ha preocupado de la higiene integral de ese niño?

Puede sostenerse con el apoyo de una vasta experiencia, que el niño —sobre todo materia receptora y plástica, pero frágil e inestable— sufre de manera evidente la influencia de un medio social y de una condición económica adversos. No hay cualidad heredada, constitución anatómica, funcional, que pueda desarrollarse plenamente, en un niño hipoalimentado, que duerme en una mala cama —tal vez con dos o tres hermanitos—, que vive en un ambiente insalubre.

He ahí la acción del medio social en toda su complejidad. El hombre posee cualidades heredadas, aptitudes que resumen la evolución histórica de la especie. Pero el hombre vive en un medio y ese medio favorece o contraría el desarrollo de la personalidad humana. Más todavía, crea aptitudes que no son puramente biológicas sino sociales y técnicas.

Entre mis recuerdos personales de la escuela primaria, tengo siempre vivo el de muchos compañeros cuya inteligencia



ágil y penetrante hacía pensar en que llegarían a labrarse una posición y un nombre de excepción. La mayoría de ellos, al salir de la escuela, tuvieron que afrontar el problema duro de la subsistencia. Se hicieron obreros, pequeños comerciantes, empleados. Quedaron, desde entonces, encadenados a su condición social y reducidos a ser autodidactos, con todas las ventajas y los inconvenientes que comporta.

¿Quién podrá afirmar que esos mismos compañeros de escuela primaria, no fueron más allá porque sus condiciones antropológicas no se lo permitieron? ¿Cuántas inteligencias, cuántas aptitudes no se malogran, no se esterilizan, por la condición social originaria del sujeto?

Esto es válido para el término medio de los hombres. No hay que contar con las excepciones. Porque si ha podido sostenerse que el genio es una especie de accidente biológico —por la conjunción de cualidades extraordinarias— no debe olvidarse que sobre el genio gravita el medio en que el genio se desenvuelve y contribuye, también, a modelarlo.

En toda raza —que es desde milenios impura—, en todo grupo étnico, que no es sólo estructura, somatismo, sino, además, complejo social con una lengua y una cultura, existe la posibilidad de crear una civilización. Esta civilización y esta cultura tienen similitud y desemejanzas con las civilizaciones que crean otras razas y otros grupos étnicos. Los instrumentos humanos de la cultura, tienen, en líneas generales y en los procesos fundamentales, mucha semejanza. El proceso del pensar, la captación de lo real exterior e interior, el funcionamiento de los aparatos sensoriales y sensitivos —la aptitud para reaccionar a los estímulos, que caracterizan la vida humana— se operan del mismo modo, con diferencias de grados, en el blanco, en el amarillo y en el negro. Hay una especie de unidad fundamental en el proceso general de la vida. Ello explica la semejanza de los productos de la actividad humana, dentro de los cuales están la cultura y la civilización material.

Circunscribiendo el proceso de la civilización y la cultura a los pueblos blancos y amarillos, podemos afirmar que todos los grupos étnicos han contribuido a crearlas. Y podemos afirmar, también, que una vez suprimidas las trabas sociales que limitan el libre desarrollo de la personalidad humana, también

la etnia negra ha de participar, vigorosamente, en la nueva y libre cultura de los hombres.

¿Cuál es, entonces, el sentido íntimo y último del racismo, si científicamente ha sido invalidado en todas sus concepciones?

Contemplemos el espectáculo del mundo ensangrentado y angustiado y tendremos la respuesta. Racismo es política y política de imperialismo, es decir, política de agresión y de sojuzgamiento de pueblos y de hombres.

Ante nosotros están en toda su realidad crispante y trágica: Japón imperialista invadiendo China; Italia fascista invadiendo Etiopía; Alemania nazi anexándose Austria y amenazando la integridad de Checoeslovaquia, con el pretexto de la defensa de las minorías; Alemania e Italia llevando una guerra de conquista brutal e inicua, al heroico pueblo de la España republicana y proletaria; nuestros propios países de América sufriendo la insidiosa pero constante infiltración nazi-fascista, en todos los órdenes de su actividad, desde la económica hasta la cultural, muchas veces con el beneplácito y la complicidad de los llamados nacionalistas.

Esto es racismo en su aspecto exterior —si pudiera decirse. Su aspecto interior muestra la misma trágica ferocidad. Persecución al hombre judío y persecución al hombre libre; menosprecio a la dignidad humana; dura servidumbre moral; odio al pensamiento crítico y libre; esclavitud en el trabajo.

El mundo no hallará su equilibrio, no superará esta crisis tremenda si persiste en mantener su estructura actual. En ella está el germen de todo racismo y de toda guerra. Predicar a los hombres la buena voluntad y la armonía, dejando subsistentes las causas que engendran el mal, la miseria física y moral de las masas, es ilusorio. El mundo debe transformarse si no quiere morir, ahogado por su propia indignidad.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION DE  
CLAUSURA DEL CONGRESO CONTRA EL  
RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

*Agosto 7 de 1938*

El primer Congreso Nacional Contra el Racismo y el Antisemitismo, que clausuramos con este acto, se ha realizado en momentos en que el problema racial ha sufrido una brusca y resonante agudización.

El mundo había presenciado, hasta ahora, el espectáculo brutal y cínico del racismo nazi. De hoy en más tenemos en Occidente el racismo italiano y en Oriente el racismo japonés.

Muchos habían creído, ingenuamente, que la actitud, en el problema racial, del pardofascismo y del fascismo italiano, era una nota diferencial fundamental.

Los hechos acaban de probar la inconsistencia de esta distinción.

A ambos es consustancial su desprecio por el hombre y por la dignidad del hombre. Pronto o tarde habrían de coincidir en el mito racista, porque el mito racista es el velo con que se oculta a las masas hambrientas y esclavas, las causas íntimas, profundas y reales de su hambre y de su esclavitud.

Son causas sociales y políticas las que engendran en la Alemania nazi el odio racial —que es un pretexto para realizar fines de despojo material y de esclavitud moral—. Y son causas de profunda e insalvable angustia económica, las que precipitan al fascismo italiano en el camino del racismo.

Hasta hace pocos años el fascismo italiano se había declarado contrario a la doctrina de las razas. Contestando a los

corifeos del Tercer Reich, "La Stampa", diario fascista, decía: "La raza es la sangre. Sólo una doctrina materialista, zoológica, puede basarse sobre la concepción de la raza. Al contrario, la nación en que las razas se han confundido en el transecurso de los siglos, presenta un sano espíritu. En el Estado moderno no hay cabida para una política racial. Jamás podrá Hitler crear una doctrina científica que repose sobre una interpretación errónea de los hechos y de las ideas como resulta la de las "razas puras".

Si se recuerda que en Italia no se publica en los diarios una sola línea sin la anuencia del gobierno —que hace la opinión—, cabe preguntarse qué causas reales han podido mover al fascismo a cambiar de orientación en este problema.

Y la razón es obvia. Italia está extenuada y con sus áreas vacías; la famosa conquista de Etiopía y la intervención en la guerra civil española han completado su extenuación.

Los millones de libras que significa la entrada en vigor del pacto anglo-italiano del Mediterráneo, condicionado al retiro de los involuntarios italianos del frente español, millones que hubieran contribuido a sacar del colapso a la economía italiana *in extremis*, no han podido afluir a las áreas vacías del estado fascista, porque la resistencia heroica del pueblo de la España leal ha hecho, hasta ahora, fracasar el acuerdo. Y es necesario crear un motivo interno que atenúe la crueldad de una situación de hambre. Y aparece oportunamente la doctrina de la raza italiana, que viene a reivindicar su destino histórico comprometido por el minúsculo grupo de 40.000 judíos sobre una población de más de 40.000.000 de hombres.

Es tan monstruosa esta tentativa del fascismo, que hasta el Papado, que había convivido con él, que había silenciado todo el horror moral de la dominación fascista y había callado frente a la persecución cruel, obstinada y sangrienta, a los liberales, demócratas, republicanos, anarquistas, socialistas y comunistas; que no tuvo una sola palabra en defensa del partido popular italiano del cura Don Sturzo, partido católico que fué perseguido y aniquilado también, sale ahora haciendo una declaración de repudio a la política racista del fascismo.

Es que lo inevitable se acerca: el eje Roma-Berlín-Tokio, eje fascista y por eso mismo racista, está al borde de la quie-

bra, y antes que la quiebra interior prefiera desencadenar la guerra.

Y el Papado ha visto bien: ¡El eje fascista perderá la guerra y él debe estar con los que la ganen!

Es en estos momentos de honda tragedia mundial que acabamos de celebrar nuestro Congreso, Congreso en que han sido ampliamente debatidas todas las cuestiones que el racismo promueve.

Las conclusiones generales del Congreso —cuya práctica permitirá luchar orgánica y eficazmente contra el racismo— acabarán por integrar la conciencia nacional de nuestro pueblo y de todos los pueblos de América que tienen el mismo problema y están acechados por el mismo peligro.

La lucha contra el racismo y el antisemitismo es inseparable de la lucha contra el fascismo y por la democracia, la justicia social, la cultura y la dignidad del hombre.

En nombre del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo y en el de la Comisión Organizadora del Congreso, saludo emocionado y reconocido a los compañeros de Chile, del Uruguay, del Perú y del Brasil, que han contribuído, con su presencia y su actuación, a dar carácter continental a este Congreso; saludo con idéntica emoción y reconocimiento a los compañeros del interior, luchadores esforzados en esta puja por la dignificación humana, e incito, a todos los hombres libres de la República y de América, a constituir el frente común de lucha contra la barbarie que es el racismo.

## PALABRAS PRELIMINARES

*Prólogo a la edición de las actas del primer Congreso  
Contra el Racismo y el Antisemitismo. - Agosto de 1938*

En estas páginas se compendia la labor del Primer Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo, celebrado en Buenos Aires el 6 y 7 de agosto del corriente año.

Su publicación y difusión contribuirán a esclarecer la conciencia del pueblo sobre el problema, hoy más que nunca agudo y grave, de la persecución racial.

Problema esencialmente político, esgrimido y manejado con habilidad por la reacción fascista para escamotear a su propio pueblo las causas de la profunda crisis que conmueve al mundo, es agitado ya en nuestro ambiente por una ínfima minoría ultrarreaccionaria.

No es despreciando la acción de esa ínfima minoría como evitaremos que el problema adquiera importancia en la vida nacional.

Si queremos evitar que el problema racial —y concretamente el antisemitismo— adquiera entre nosotros la misma monstruosa significación que en los países totalitarios, debemos exponerlo al pueblo con toda claridad.

Es necesario dar al pueblo argentino los elementos del problema en forma inconfundible. El mismo creará su conciencia antirracista y aplastará, en germen, la tentativa del minúsculo grupo ultrarreaccionario que agita el problema desde una posición falsa e interesada.

Ninguna tradición puede preservarnos contra la infiltración nazi-fascista —uno de cuyos aspectos es el racismo—,



infiltración que entre nosotros ha adquirido una importancia insospechada.

Sólo la acción enérgica, continuada, en defensa de la libertad de expresión, de asociación y de crítica, permitirá a nuestro pueblo ser factor de progreso en la propia historia y en la historia del mundo.

Creemos contribuir a elevar la cultura argentina entregando a la meditación de nuestro pueblo la labor de este Congreso, el primero de América.

El Comité Organizador habría considerado incompleta su tarea, si no propendiera a dar la mayor difusión a esta obra de pensamiento honesto y libre.

## DISCURSO INAUGURAL DE LA FILIAL DE ROSARIO

*Octubre 22 de 1938*

El Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina me confiere el honor de expresar su auspicio solidario a la filial rosarina —que inicia, con este acto, su labor de esclarecimiento de la conciencia argentina, en el agudo y candente problema racial. El país necesita —en salvaguardia de su tradición liberal y democrática— que surjan, en todos sus ámbitos, núcleos de hombres dispuestos a enfrentarse con la barbarie nazi-fascista, que esgrime, como medio de ocultar a las masas su verdadero designio de esclavizarlas y embrutecerlas, el mito de la raza pura.

### EL PRÓLOGO TRÁGICO

El país necesita, en salvaguardia de una cultura que es, todavía, incipiente y que debe nutrirse en las fuentes más puras del humanismo, al servicio de la superación individual y social de la vida; el país necesita, repito, en salvaguardia de su cultura en formación, que surjan estos núcleos dispuestos a decir la verdad en esta farsa del racismo, que es el prólogo trágico de la tiranía totalitaria, saturada de estupidez y de barbarie.

El pueblo argentino necesita abrir bien los ojos y el entendimiento, en estos momentos en que le acecha la penetración nazi-fascista servida muchas veces por políticos reaccionarios

inescrupulosos, que entregan el país al imperialismo, factor de opresiones nacionales y de guerra.

La cuestión del racismo es hoy inseparable de la cuestión más palpitante y más honda de la libertad y de la dignidad humana.

El mundo está en una encrucijada: o va hacia la luz de la libertad y de la solidaridad humana, inseparables de la justicia social que es, todavía, la única esperanza de los pueblos, o va hacia el abismo de sombra y de esclavitud física y moral que es el fascismo.

De nosotros depende —en nuestro medio— que las futuras generaciones de argentinos soporten el oprobio y el dolor de una vida —que nosotros no supimos hacer más digna con la defensa obstinada de la persona humana y de las prácticas cada vez más altas de una convivencia libre— que prefiere la dignidad de la pobreza, a la fastuosidad de una riqueza sin destino y sin contenido social y humano.

Hay que enfrentarse con el espectáculo trágico del mundo, para sentir la angustia del destino humano, obligado a realizarlo todo, hasta ahora, a fuerza de sufrimiento y de dolor.

### ESTÍMULOS PODEROSOS

Y es necesario que los hombres que piensan libremente, no se achiquen ante el panorama del mundo en convulsión. Achicarse es dejarse desbordar y arrastrar por la corriente. Los acontecimientos son una fatalidad que el hombre padece, sólo cuando ese hombre ignora la trama de la historia y de la vida social. Los acontecimientos son estímulos poderosos para la acción humana, cuando el hombre toma conciencia de ellos, de sus causas, de su trayectoria y de sus consecuencias. El hombre —desde el plano de su ubicación social— sufre la historia en cuanto ésta es el antecedente necesario de su acción presente; pero a su vez la crea en cuanto su actividad modifica las condiciones mismas en que le toca desenvolverse y prepara así el antecedente necesario para la acción ulterior.

## EXPECTATIVA Mesiánica

Actor y creador de la historia, es decir, de su propio destino. Tal es el hombre; pues el hombre no tiene otro destino que el único que él es capaz de crearse en la vida social que le toea vivir.

Luminoso u oscuro —esclavo o libre, fecundo o estéril— ese destino, que puede no corresponder a su merecimiento personal, es obra de las circunstancias históricas y de la acción humana que se cristaliza en instituciones y en normas. No hay un destino ajeno y extraño al mundo de los hombres, emanación providencial que encarrile y oriente a los hombres y haga de ellos lo que ellos mismos no serían capaces de ser por su sola acción.

La expectativa mesiánica que lleva a los hombres a la inacción y a la contemplación pura, sólo ha servido y seguirá sirviendo, al envilecimiento de la vida humana, sometida al prejuicio y a los intereses de las castas.

El hombre purificará su vida, ennoblecerá su vida, cuando haga tabla rasa con el prejuicio y afirme que nada hay superior al pensamiento crítico inspirado en la equidad y en la justicia.

Hombres así no serán, seguramente, víctimas de la patraña racista y de la estupidez nazi-fascista, que pretende astutamente, infiltrar en las masas el sentimiento y la convicción de que su situación de esclavitud y de inferioridad, es el resultado de la avaricia y la rapiña judías y de que basta exterminar a los semitas para que el mundo se convierta en un paraíso. Pero todo este engendro burdo prende, fácilmente, en la mente de aquellos hombres no acostumbrados a pensar y reflexionar por sí mismos los problemas que el hecho de vivir les plantea. Y como estos hombres constituyen, todavía, una gran mayoría, se explica el espectáculo deprimente de grandes núcleos que repiten, servilmente, las monstruosidades pseudo-científicas que los sabios al servicio del racismo, les ofrecen como la quintaesencia de la verdad.

## EL PROBLEMA RACISTA

El racismo y todos los problemas que involucra han sido ya definitivamente resueltos por la ciencia libre y no desde ahora, en que la brutalidad nazi-fascista ha vuelto a actualizarlos, sino desde hace muchos años. Y la raza —que es un esquema y hasta una abstracción antropológica— en su realidad concreta es una afirmación política con un contenido social restringido, es decir, con un contenido y un sentido de clase.

Y las masas remachan sus cadenas, hacen más dura su esclavitud, cuando ilusionadas por las frases gruesas y las promesas demagógicas del nazi-fascismo, se dejan arrastrar por la corriente racista.

¿Dónde y quién plantea el problema racista? ¿Quiénes y por qué agitan la cuestión de razas y particularmente la cuestión judía?

Eso es lo que el pueblo debe preguntarse para caer de inmediato en la verdad y para percibir las causas económicas y políticas del racismo.

El racismo y el antisemitismo han sido siempre un expediente útil a las clases dominantes, para desviar a las masas expoliadas de sus verdaderos problemas o para darles la ilusión de que por ese camino éstas pueden llegar a la solución de su situación de inferioridad.

Así ha ocurrido siempre. Antes y después de la guerra de 1914, cuyas consecuencias estamos viviendo.

Recuerden ustedes el caso de la Rusia zarista; el pogrom, la matanza de judíos, era el derivado drástico y sangriento con que la corrompida aristocracia zarista entendía mantener y preservar su dominación sobre el mujick embrutecido por el alcohol y por la miseria.

¿Qué sentido tiene esta cruzada antijudía que partiendo de la Alemania parda se ha extendido a Austria nazificada, a Italia fascista y es azuzada por agentes nazifascistas en todas las partes del mundo? El Tercer Reich, la Alemania nazi, es hechura del gran capitalismo germánico de la industria pesada, del capitalismo agrario y terrateniente de los junkers y del capitalismo de la gran industria química.

El pueblo alemán es el instrumento dócil de este pangermanismo financiero, cuya máscara es la teoría de las razas y el odio al judío; especie de salsa ideológica con que se condimenta y se disfraza la verdadera naturaleza del movimiento nazi-fascista.

#### PROLETARIZACIÓN DISIMULADA

Las clases medias arruinadas por las crisis, las grandes masas de proletarios arrojadas a la desocupación, los intelectuales, cuya vida se ha hecho más dura y más difícil por el empobrecimiento de los medios en que ejercen su actividad, arrastrados, también, a una proletarización disimulada, todos estos elementos sin guía y sin brújula, son captados por la demagogia fascista para lanzarlos contra el judío hoy, mañana contra el hombre libre que sabe distinguir entre intereses de la plutocracia e interés nacional y humano y que, por eso mismo, se resiste a la dictadura totalitaria para quien el interés de la nación es sólo el interés de los grupos financieros que usufructúan las energías del pueblo. Y con esta mística de la nación y del estado fuertes, con esta concepción de la nación como un bloque unitario, una nación que en su dolorosa realidad se compone de hambrientos y de hartos, de analfabetos y de letrados, de potentados y de miserables, se excitan y azuzan las pasiones milenarias de la masa, ignorante de su propia servidumbre. Y la culpa de la miseria y de la ruina de las clases medias se imputa a la competencia del comercio judío; el salario bajo, que no subviene a las necesidades más elementales, a la mano de obra judía que se ofrece por nada; y el bajo nivel de vida de las clases intelectuales, a la astucia del contrincante semita, maestro en el arte de infiltrarse y desplazar al colega, para hacer por dos lo que vale cuatro.

Parece imposible que un hombre medianamente reflexivo pueda aceptar estas patrañas. Sin embargo ellas constituyen el A B C de la ideología nazi-fascista.

#### EL CASO DE HENRY FORD

Hace ya muchos años que Henry Ford escribió, o le escribieron su mentado libro "El judío internacional". Los que le



hayan leído saben con cuanto ardor Ford se empeña en mostrar los efectos perniciosos de la competencia judía, que él califica de desleal. Y Ford no se percata que los vicios que él imputa a la vida judía en su aspecto financiero, industrial y comercial, son los vicios de nuestra civilización y de todas las civilizaciones estructuradas en clases y basadas no en la producción para la vida sino en la producción para la ganancia.

El nazi-fascismo reproduce la argumentación sofística de Ford, porque no tendría otra manera de realizar un movimiento de masas al servicio de la plutocracia y que le permite, a la vez, despojar al judío de sus bienes y hasta de su vida.

Hemos sostenido alguna vez que si el nazi-fascismo hubiera podido crear su movimiento de masas, indispensable a su transitoria estabilidad, sin el antisemitismo, lo habría seguramente hecho.

Así se inició en Italia, por ejemplo. Pero ustedes saben que Italia ha entrado de lleno a la política racista y ha comenzado a eliminar de sus universidades a los profesores judíos, algunos de los cuales elucubraron teorías económicas para defender las prácticas del fascismo. Tal es el caso del profesor Gino Arias, que estuvo entre nosotros años atrás haciendo propaganda fascista en sus conferencias en la Facultad de Derecho metropolitana y que acaba de ser echado de su cátedra. Así paga el diablo, dirá melancólicamente el señor Arias en estos momentos.

En las fuerzas armadas, en los puestos públicos, en la dirección de las empresas privadas se está haciendo una limpieza a fondo. Y las medidas acaban de culminar con la decisión del gran consejo fascista que prohíbe los matrimonios entre italianos y judíos, porque debe preservarse la pureza de la sangre italiana.

Ustedes saben que Italia es la mezcla más colosal de sangres que sea posible imaginar. País que está en el camino obligado entre Occidente y Oriente; país que fué en la antigüedad primero y en épocas más cercanas después, conquistador y conquistado a la vez, no puede blasonar una pureza racial que no tiene y que, por otra parte, nada significa en cuanto a superioridad y que no puede existir, además, hoy, sino en algún remoto rincón inexplorado del mundo.

Hasta hace muy poco tiempo el fascismo italiano y los sabios que están a su servicio, habían rechazado públicamente y hasta habían polemizado con los nazis cuando éstos hacían alarde de sus teorías racistas brutales y cínicas.

¿Qué puede justificar, entonces, este cambio brusco del fascismo italiano en el problema de las razas y, particularmente en el problema judío?

¿Es posible que los 40.000 judíos que existen en Italia puedan hacer peligrar el destino de una nación de más de cuarenta millones de habitantes?

Si así fuese no queda otra alternativa que reconocer la peligrosidad extrema y el valor extraordinario de los judíos o la insignificancia y el valor negativo de esos 40 millones de italianos, que deben adoptar medidas de fuerza para defenderse y seguir viviendo en el oasis fascista.

Se percibe de inmediato que todo esto es inexacto. Ni los judíos tienen un valor extraordinario, ni los italianos son unos pobres diablos que necesitan de la clarividencia del señor Mussolini para no perecer dominados por la "astucia semita".

Lo que ocurre es que los judíos son una potencia en la economía italiana.

Italia tiene sus áreas vacías; un presupuesto con un déficit anual de tres a cuatro mil millones de liras; una deuda que en 1934 era ya de ciento cuarenta mil millones de liras y que con la conquista de Abisinia y la inicua invasión en España, ha crecido desmesuradamente.

El país está prácticamente en la ruina: impuestos confiscatorios, salarios de hambre, un gigantesco aparato militar que absorbe las energías del pueblo italiano, una milicia fascista de 500.000 pretorianos bien pagados a expensas del hambre del pueblo y trusts formidables que exprimen al máximo su propio mercado interior para practicar el dumping en el mercado exterior.

#### MOMENTOS DE ANGUSTIA

En este momento de angustiosa estrechez económica aparece la campaña racista en Italia y se perciben, claramente,

los motivos económicos y políticos que la condicionan. Todo lo demás es la necesaria e infaltable farsa con que se disimula, a los ojos del pueblo, las causas reales de la persecución.

Y bien, señores: una política y una estructura que sólo conduce a la creación de un poderoso aparato de agresión y de muerte; que envilece la vida de su propio pueblo material y moralmente; que todo lo subordina a la conquista brutal; que desprecia el derecho de los pueblos a su propia determinación; que hace de la guerra y de la violencia la más alta cualidad humana, ¿puede aspirar a dominar al mundo, a imponerle sus normas bestiales, si este mundo no está en plena degeneración y en plena decadencia?

Acabamos de vivir horas tremendas y las estamos viviendo todavía. Las pseudo-democracias de occidente, Francia e Inglaterra, que han tolerado la conquista de Etiopía, la agresión a China y la invasión nazi-fascista en España, acaban de culminar su obra de renuncia a la acción y de complicidad con la brutalidad totalitaria, entregando a Checoeslovaquia, país que ellos mismos habían estructurado como defensa contra la prepotencia germánica.

¿Qué ha ganado el mundo con ello? No es, seguramente, la paz, porque la guerra nunca estuvo más cerca.

### EL INTERÉS GENERAL

Si el mundo, sobre todo Europa, con el acto de vileza colectiva que implica el desmembramiento checo, ha obtenido una garantía de paz, ¿por qué sigue furiosamente el rearme a expensas del hambre de los pueblos?

Es que el mundo, señores, no está manejado por el interés general de la comunidad que integra cada nación; está dominado por el interés de los grupos plutocráticos y financieros, para quienes también la preparación de la guerra y la guerra misma son una ganancia fabulosa.

Con la miseria, con la sangre, con el dolor de sus propios pueblos, los oligarcas de las finanzas acumulan riquezas. Pero los pueblos han comenzado ya a hacer la gran experiencia

de su liberación. Ahí está Rusia; ahí está España republicana, dando su lección de dignidad a este mundo envilecido. El mundo constituye un vasto sistema, cuya uniformidad es mucho más profunda que lo que podría inferirse de simples diferencias formales.

Esa uniformidad radica en su estructuración en clases, en la gestión privada de la producción, en la ausencia de una verdadera democracia en que la gran mayoría de la población pueda expresar sus aspiraciones y en el predominio cada vez más asfixiante de la oligarquía financiera.

Todo desarrollo, todo desenvolvimiento en este mundo así estructurado, es el resultado de contradicciones superadas, que originan, en el proceso dialéctico del devenir histórico, nuevas antítesis que serán superadas, a su vez, por nuevas contradicciones. Lo que ocurre en el rincón más apartado, siempre que afecte la estructura íntima de este sistema, repercute en todos los ámbitos del mundo. Quiere ello decir que no hay problemas locales sino en un sentido muy relativo. Es por eso ilusorio pretender que América está a cubierto de la tragedia que vive el viejo mundo, y que América pueda hacer su historia y su destino desentendiéndose del proceso que se opera en el resto del mundo.

Estamos estructurados de la misma manera, y, con diferencias de matices, se reproducen en nuestro medio los conflictos y los problemas que afectan al resto del sistema.

#### LA SALVACIÓN DE AMÉRICA

La salvación de América no está en su aislamiento —que es ilusorio— lo que no quiere decir que los países de América no deban concertar un acuerdo para defenderse de la penetración imperialista nazi-fascista.

La salvación de América está, lo mismo que la salvación de Europa y de Asia y del Continente Negro, en superar las formas individuales y trustificadas de la producción, para instaurar un régimen de solidaridad y de justicia social. El problema de la raza tendrá así su solución natural y dejará de

ser lo que es actualmente: un instrumento de persecución, de odio, de envilecimiento de la persona humana, al servicio del nazi-fascismo.

La filial de Rosario del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo tiene ante sí una tarea de enorme responsabilidad. Sabrá cumplirla, y por eso realiza este acto inaugural, que clausuro vaticinándole una acción fecunda, en defensa de la dignidad de la vida.

## EL PACTO DE MUNICH

*Octubre de 1938*

Sentimos la enorme responsabilidad del momento. También la sienten ustedes y es por eso que estamos aquí esta noche.

Para nosotros se juega el porvenir y el destino del mundo, es decir, de los hombres, en esta hora de trágica y angustiosa expectativa.

Estábamos en los últimos días y me atrevo a afirmar que lo estamos aun hoy —a pesar del turbio acuerdo de Munich— al borde de la guerra.

Sabíamos bien que íbamos en este camino y que, pronto o tarde, este mundo de agiotistas y de mercaderes desembocaría en la guerra.

Pero una cosa es saberlo y otra estar en la vorágine de los acontecimientos que se precipitan para destruirlo todo: las cosas y los hombres.

Es que, como dice el viejo proverbio itálico, “una cosa e parlar di morte ed altra e morire”.

Se ha hablado tanto del peligro de la guerra en los últimos años, que hasta nos parecía que cuando la guerra llegara, la acogerían los hombres casi sin emoción y sin sobresalto.

Pero si juzgo por lo que yo he sentido en estos días, aun los que creen que esta guerra, con su secuela de horrores y de destrucción de riquezas y de vidas, que valen más que la misma riqueza, esta guerra de la que saldrá un mundo renovado, porque los pueblos que tienen ya la dolorosa experiencia de la guerra del catorce destruirán hasta los últimos vestigios de opresión y estructurarán la libre y solidaria asociación hu-



mana, aun esos, repito, han de haber tenido un íntimo sentimiento de congoja y de pesadumbre.

¡Tremendo y duro destino humano, que, hasta ahora, ha debido hacerlo todo a fuerza de sufrimiento y dolor!

Estamos todavía al borde de la guerra. ¿Y porque vendrá la guerra? ¿Qué impide evitarla? ¿Por qué las naciones de Europa y del mundo no encuentran la fórmula que concilie sus aspiraciones? ¿Por qué la Sociedad de las Naciones ha sido impotente para evitar la agresión entre sus miembros e imponer el respeto a las normas más elementales del derecho internacional?

Estas cuestiones contienen y explican el drama de nuestro tiempo, que —después de todo— ha sido el drama de todos los tiempos, porque la historia, que es el proceso del vivir social, está hecha de estos antagonismos y los hilos finísimos de su trama enraizan en los intereses de los grupos que forman el agregado humano.

Ustedes han visto como no basta afirmar la necesidad de la paz y repudiar la guerra, para que la paz exista y para que la guerra sea sólo un recuerdo de épocas bárbaras.

La paz hay que conquistarla, lo que significa, en términos claros, que la paz hay que imponerla.

Los pueblos —sería más exacto decir los gobiernos— han proclamado siempre su adhesión a la paz, pero han hecho, también, siempre la guerra.

Sólo en nuestros días —y no de una manera sistemática sino en circunstancias particulares— los teóricos y los conductores del fascismo, han proclamado la higiene de la guerra como medio de evitar la decadencia de la humanidad y han ensalzado las virtudes y las cualidades que la guerra crea o despierta en el hombre.

Así el señor von Papen, por ejemplo, sostiene que, entre morir estúpidamente en una cama por arterioesclerosis, y morir descabezado por un caso de metralla, esto último es preferible y sobre todo heroico. Como los muertos no hablan —y que me perdonen los espiritistas— no sabemos cuál es el pensamiento último de un hombre en trance de dejar este mundo.

Pero lo que sabemos es que la guerra no se hace para exaltar las cualidades superiores del hombre, sino para servir inte-

reses de ciertos grupos que dominan la sociedad y el estado. Pero como es necesario captar al pueblo que hace la guerra y paga con su vida, sus sufrimientos y su miseria las ganancias que sus amos obtienen en la hecatómbe, hay que afirmar y proclamar que la guerra se hace por principios y no por intereses materiales que condicionan determinadas actitudes políticas.

Todos los mecanismos, todos los instrumentos jurídicos creados para impedir la guerra han fracasado. El arbitraje obligatorio, la corte internacional de La Haya, la Liga de las Naciones, han resuelto sólo asuntos de poca monta.

En los problemas fundamentales han sido absolutamente ineficaces.

Japón ha hecho la guerra a China aun sin declararla; Italia ha invadido Etiopía y masacrado a los abisinios; España se desangra en una lucha azuzada y alimentada por el fascismo italo-nazi y, en nuestra América, Paraguay y Bolivia llegaron a un acuerdo luego de una guerra en que la miseria de los pueblos hizo lo que no pudieron los tratados ni la misma Liga de las Naciones: terminar la contienda por agotamiento y ruina de los dos beligerantes.

¿Qué significa esta imposibilidad de afianzar la paz; esta imposibilidad de crear un mecanismo lo suficientemente elástico, como para adaptarse a las contingencias mudables de la vida internacional e impedir la guerra?

¿Significa, acaso, que la guerra —como pretende un psicólogo simplista— es una manifestación de la naturaleza humana; en cierta manera una exteriorización de tendencias biológicas inmanentes a la vida misma?

¿Significa, acaso, que la guerra es una manifestación de la voluntad de potencia, que arrastra a unos grupos humanos a la conquista y al sojuzgamiento de otros grupos menos bien dotados y destinados, por ello mismo, a carecer de autonomía y de autodeterminación?

¿Qué significa hablar de pueblos agresivos y de pueblos pacíficos, de pueblos condenados, por una especie de impulso interior irrefrenable a ejercer la coacción y la violencia, y de pueblos condenados, también, por un impulso interior, por un

complejo, como diría la psico-patología freudiana, a padecer y sufrir la agresión?

Los gobiernos no han hecho jamás la guerra para imponer una ideología política o un confesionalismo religioso. La hacen para ocupar un territorio que tiene algunas riquezas naturales apetecibles y de las cuales los agresores carecen: ahí tienen ustedes el ejemplo actual y candente de la invasión japonesa en China, de la agresión nazi-fascista en España, de la tentativa de desmembrar Checoeslovaquia; la hacen para buscar una salida a sus productos, para canalizar el excedente de su población y, hasta, en épocas remotas, para procurarse mano de obra servil, trabajo esclavo.

Eso resume la dolorosa realidad que es la historia del mundo, despojada del ornamento verbal y heroico a que nos tienen acostumbrados los historiadores encargados de deformar la mentalidad del niño y del joven en la escuela y en la universidad.

Si en nuestros días, bajo nuestra comprobación, los gobiernos promueven la guerra para despojar a otros pueblos de sus materias primas: petróleo, carbón, hierro, mercurio, cobre, etcétera, que les asegure un predominio industrial y militar incontrastable, ¿cómo no habrá sido en épocas anteriores, cuando no había, ni por asomo, una conciencia civil que comienza, como hoy, a pesar un poco contra el desenfreno de los violentos y de los prepotentes?

Mientras el mundo de los hombres, mientras la sociedad humana conserve su actual estructura, la guerra es inevitable. Y es inevitable porque la guerra no depende de la buena o mala voluntad de un conductor, sino de causas sociales que rebasan la órbita individual y reflejan la lógica o naturaleza del sistema que las clases han elaborado en su lucha por el predominio.

Es necesario librarse de ilusiones. Lo que llamamos la Nación no es algo homogéneo. Bajo la aparente unidad, hablando de la misma lengua, existe la real diversidad de las situaciones.

Lo que se llama el destino de la Nación no está en manos del pueblo que trabaja y crea la riqueza. Está en manos de los grupos poseedores que usufructúan a la vez el poder del

Estado, sometido, en líneas generales, a los intereses y a los designios de los mismos.

Y mientras la norma general de la vida esté sometida a la apropiación privada de la riqueza; mientras el incentivo para la producción radique en la ganancia, en el provecho, las clases poseedoras harán servir el poder político a la satisfacción de sus necesidades y cuando sus intereses lo exijan harán la guerra y sacrificarán la vida de sus propios compatriotas con tal de afirmar su predominio sobre el extranjero antagonista.

Es la política económica de los trusts del acero y del petróleo, del carbón y del hierro, del algodón y de los cereales, de los fabricantes de armamentos, etcétera, dominada a su vez por el capital financiero, la que marca el rumbo de las distintas naciones del mundo.

El mundo está envuelto en la telaraña inextricable de intereses que crea este imperialismo voraz. Y mientras los pueblos no estructuren la vida social de tal manera que la producción esté al servicio de la superación material y moral de la vida humana, y no al servicio del enriquecimiento personal, el mundo sufrirá la guerra, que a manera de crisis periódica, enfrentará los mecanismos monstruosos de la trustificación financiera, amos verdaderos del mundo.

Enormes masas humanas van así a la destrucción y a la muerte en nombre de un nacionalismo que no es otra cosa que la máscara ideológica y sentimental, artificialmente creada, para encubrir los colosales intereses de los oligarcas de la finanza y de la industria.

¿Qué oposición puede haber y qué conciencia de esa oposición puede existir entre el explotado indio del altiplano y el no menos explotado campesino paraguayo; entre el roto chileno, miserable y alcoholizado y nuestro pobre bracero de los ingenios tucumanos y salteños, también hambriento, explotado y miserable; entre el proletariado al servicio de la General Motors y el proletariado al servicio de la Fiat o de la Citroen; entre los que trabajan para la Creuzot y los que trabajan para Dupont, para Vickers, para Krupp o para Skoda?

No hay oposición de pueblos. Hay oposición y conflicto de intereses de clase y de grupos que dominan la vida social y la sujetan a una verdadera dictadura plutocrática.

Todo lo demás es conspirar contra el futuro, es decir, contra la liberación de la vida envilecida por la dictadura de estos grandes delincuentes de la finanza y de la empresa: se llamen Ivan Kreuger, el rey de los fósforos que se suicida después de una estafa colosal; se llamen Stawinsky, que se suicida, también, después de otra estafa en que más de un político reaccionario y radical de Francia estuvo comprometido y envuelto; se llamen el señor Rockefeller, potentado de la Standard Oil, que financiaba las revueltas mejicanas; o se llamen Henry Deterding, el magnate de la Royal, que fracasado en su tentativa de rescate del petróleo soviético, llegó hasta a dirigir una falsificación del rublo, con la esperanza de separar a Georgia del resto del territorio ruso.

Pero no es necesario salir de nuestras fronteras para tener ejemplo de esta subordinación de las energías vitales del pueblo, a los intereses de los grupos financieros.

¿Qué representan entre nosotros la famosa Coordinación del Transporte, o la tentativa de la Unión Telefónica de estructurar una ley que le permita exprimir al abonado, o la famosa Junta Reguladora de la Producción?

Ustedes saben mejor que yo lo que significan: la explotación desconsiderada e incontrolada del mercado interior al amparo del poder del Estado. Por aquí se comienza. Después se termina por lo otro: por la utilización del poder del Estado y de las reservas del país para conquistar el mercado extranjero, pacíficamente si se puede y en último caso por la fuerza. He ahí los factores de la guerra.

El mundo contemporáneo no ha encontrado el mecanismo capaz de evitar la guerra. Y no lo ha encontrado porque no puede ser creado. La sociedad de clases es refractaria a toda tentativa de limitación, a todo intento de subordinar al interés general y humano los privilegios de los grupos.

La limitación es un expediente temporario e ineficaz. El juego de las fuerzas imperialistas arrastra fatalmente a la guerra.

El capitalismo no soluciona ninguno de los problemas que plantea su propio desarrollo. Dilata las soluciones y cuando cree haber encontrado una no hace más que crear nuevos problemas más agudos que los que pretendía resolver.

Así le ha ocurrido en la cuestión checoslovaca. ¿Puede decirse, acaso, sin ironía, que la turbia conferencia de Munich ha afianzado la paz?

Los ingenuos y los timoratos pueden creerlo. Lo que ha afianzado son las causas de convulsión y de desconcierto.

Alemania no resuelve su aguda crisis interna con la anejió Sudete, y el sacrificio de Checoslovaquia quedará en la historia del mundo, como el jalón que marca la última vileza cometida por una pseudo-democracia que se aferra más a la tranquilidad y al dinero que a la dignificaci6n de la vida.

El fascismo —que es la forma abierta, descarada, brutal e infamante con que la plutocracia agobia y envilece a su propio pueblo— ha obtenido una victoria ineruenta. El pueblo y la naci6n checos han sido sacrificados a la voracidad nazi, con un desprecio absoluto de los compromisos contraídos. Precaria y deleznable será siempre la paz que se cimente en el sacrificio de los débiles.

Las mismas naciones que estructuraron, a raíz de la guerra del catorce, el estado checoslovaco para su propia salvaguardia, consienten hoy en su destrucci6n con la esperanza de aplacar la furia nazi y de crear un Locarno anti-soviético.

S6lo Rusia ha dicho su palabra clara y firme, porque Rusia es el único país del mundo que está dispuesto a enfrentarse con el fascismo y por que s6lo Rusia es el país en que la aspiraci6n a la paz no es una farsa.

El mundo está hoy tal como lo describiera Anatole France en su "Isla de los Pingüinos".

Entonces, como ahora, la guerra y la paz dependen de las conveniencias de los grupos financieros e industriales que dominan el Estado: ¡el tratante de cerdos pedía, en el parlamento de los pingüinos, una declaraci6n de guerra y una expedici6n punitiva contra la República de la Esmeralda, gran productora de embutidos!



Hombres libres de nuestro país: trabajadores que sufren la dura condición del trabajo esclavo; intelectuales que conservan y defienden la dignidad de la inteligencia frente al prejuicio y a los intereses que oprimen al mundo y obstruyen el camino hacia una vida superior; mujeres que engendran con amor, amamantan con ansia y atisban con angustia la trayectoria del hijo que marcha a engrosar la caravana de los que no son dueños de su propio destino: ¡a luchar por la paz verdadera, la que no se cimenta en la injusticia ni en el sojuzgamiento de los pueblos débiles, que no por débiles dejan de aspirar y merecer la justicia!

El sacrificio de Checoslovaquia es una lección que los pueblos no olvidarán y que las conciencias libres y honradas condenan y repudian. Por eso estamos aquí.

El Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo, en cuyo nombre he hablado, no podía estar ausente en este acto, destinado a reivindicar la auto-determinación de los pueblos, frente a la agresión nazi-fascista.

## RACISMO Y LUCHA DE CLASES

*Noviembre de 1938*

El Comité Contra el Racismo y Antisemitismo expresa, por mi intermedio, su pensamiento en este acto de la Federación de Empleados de Comercio.

La intervención del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo en esta asamblea no puede crear ningún equívoco, y nuestra exposición breve pero clara, disipará cualquier mal entendido.

No estamos aquí para decir quién tiene razón o de parte de quién está la verdad, en este conflicto que sostienen con la Sociedad Cooperativa Israelita y que ha motivado este acto de la Federación de Empleados de Comercio, como testimonio evidente de que ella no abriga en su lucha propósitos racistas y antisemitas.

Estaría fuera de la órbita de nuestra entidad —que coordina y orienta la lucha contra el racismo en nuestro país— venir a esta asamblea para decir si ustedes tienen razón o dejan de tenerla.

Estamos aquí, en cambio, para decir que la acción de los sindicatos obreros debe ser lo suficientemente clara, para que, en ningún momento, pueda sospecharse en ella gérmenes de racismo y de antisemitismo.

El racismo y el antisemitismo son hoy —como lo fueron siempre— subterfugio para embarcar a las masas trabajadoras en corrientes reaccionarias, cuyas consecuencias finales son el empeoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo y la desaparición de las más elementales normas de libertad de expresión, de asociación y de crítica.

Ahí tienen el ejemplo de Alemania y de Italia.

En todo antisemita, en todo racista hay un reaccionario y un fascista, pero ustedes saben, también, que no todo semita y antirracista es un hombre libre, dispuesto a secundar los movimientos que tiendan a la emancipación del trabajo, que es la única posibilidad real de emancipar al hombre y de dignificar la vida individual y social.

Es necesario tener bien presente esto que acabo de enunciar. Ello nos libraré de hacer distingos entre capitalistas judíos y no judíos y de creer que los capitalistas judíos son antirracistas por el mismo motivo que lo son y deben serlo los trabajadores organizados como clase.

Ustedes saben —y podría decir mejor que yo, desde el momento que sufren directamente las consecuencias— cuál es la función del capital en el proceso de la producción.

El capital, en el proceso productivo, no tiene ningún *fin social*; tiene como único objetivo aumentar su masa, es decir, procurar ganancias, provecho, rendimiento, en una palabra, plusvalía.

No hay ninguna inversión privada que se proponga pérdidas, porque ello implicaría su propia destrucción.

En el lenguaje de los economistas y de los financistas se dice que el capital se retrae cuando las inversiones no son fructíferas.

En este proceso no hay ninguna diferencia entre la nacionalidad, la raza, las ideas políticas o religiosas de los poseedores de capital, y ellas no imponen ninguna característica distintiva al capital mismo en su función en el proceso económico.

Por ello, hablar de un capital judío o de un capital no judío, de un capital católico o protestante, de un capital inglés, alemán o norteamericano, carece en absoluto de sentido.

En su función social el capital procede de idéntica manera, sea cual fuere la nacionalidad, la raza, la religión o la concepción filosófica de su poseedor.

Es absolutamente ilógico e ilusorio esperar una actitud distinta del capital judío y del capital no judío en el proceso productivo.

Ambos proceden de idéntica manera, y ambos están sometidos a las leyes generales que gobiernan o, si ustedes quieren, emergen de la naturaleza misma del régimen capitalista.

Que el capital judío tenga una tendencia mayor a ser capital bancario y financiero que capital industrial, agrario o terrateniente, está perfectamente explicado por la histórica situación de los judíos, obligados por la persecución frecuente, a tener valores móviles y fácilmente desplazables.

Pero, y vuelvo a insistir en ello, la banca en manos de los judíos desempeña la misma función que la banca en manos de los no judíos.

Esto es lo que hace que podamos hablar de una objetividad de la economía, porque aunque hecha por hombres y sirviendo fines humanos, está, no obstante, sometida a normas que escapan al solo arbitrio individual, porque integran un sistema con una estructura, resultado de un proceso histórico que rebasa la órbita puramente individual.

Si ninguna consideración política, filosófica, religiosa o racial puede llevar a un empleador a entrar en conflicto con las leyes generales que gobiernan la economía del sistema capitalista y a dar a sus obreros condiciones de salario y de trabajo inspiradas en aquellas consideraciones extra-económicas, ¿cómo es posible que el movimiento sindical preda fundar su acción de clase en la raza, en la ideología política, en la religión o en la nacionalidad del capitalista?

En la producción el empleador toma sólo en cuenta las cualidades técnicas del obrero y no su raza, nacionalidad o religión.

Si le paga más es porque su aptitud técnica es superior y no porque ambos tengan la misma creencia o nacionalidad.

¿Cuándo han visto ustedes que un patrón argentino pague más a los obreros argentinos que a los extranjeros?

¿Cuándo han visto ustedes que un patrón católico pague más a sus obreros católicos?

¿Y porque los patrones judíos habrían de proceder de manera distinta con sus obreros judíos?

El proceso de la vida económica no es asunto de buena o mala voluntad.

Es por eso que la caridad cristiana no ha podido modificar absolutamente en lo mínimo, las condiciones de trabajo en el régimen actual.

Es por eso, también, que invocar sentimientos de raza para moderar la explotación o crear nuevas relaciones jurídicas, como expresión de nuevas relaciones económicas, es absolutamente ilusorio e ingenuo.

Mientras el patrón judío, en la inmensa mayoría de los casos, es antirracista porque se siente judío, es decir, integra una tradición religiosa y cultural que debe tener el mismo derecho a manifestarse y expresarse que la tradición cristiana, budista o islámica, el obrero, consciente de su situación de clase, es antirracista por motivos muy diversos.

El movimiento obrero, históricamente, representa la tendencia de la gran masa desposeída, hacia la liberación y la estructuración de un nuevo orden sin clases.

Es, pues, la única manifestación verdaderamente solidaria y humana en que el hombre adquiere toda la plenitud de su dignidad.

¿Cómo sería posible, entonces, entroncar en un movimiento de liberación humana motivos racistas y antisemitas, que son manifestaciones del reaccionarismo más cínico y brutal?

Sólo en una masa obrera inconsciente y servil, dominada por el prejuicio religioso, que encubre corrientemente, móviles de competencia económica, pueden germinar sentimientos e ideas racistas y antisemitas.

Y la reacción sabe aprovechar todos los motivos de descontento de las masas para canalizarlos en el sentido racista, antisemita y chauvinista, haciéndolas más esclavas, todavía, de una situación de miseria, bajo el pretexto de construir una nación fuerte y racialmente pura.

Ahí tienen el ejemplo de Alemania y de Italia, donde el movimiento obrero libre y autónomo ha sido brutalmente destruido.

Hambre, miseria, servidumbre moral e intelectual, he ahí lo que significan el racismo y el antisemitismo, máscaras siniestras de una realidad más siniestra e infamante todavía: el nazi-fascismo.

La clase trabajadora del mundo, a cuyas expensas piensan, las oligarquías financieras y plutocráticas, dar una solución transitoria a la tremenda crisis del sistema, traicionaría a su propio destino histórico si se dejara deslumbrar por la demagogia racista y fascista.

No necesita el proletariado organizado, en su lucha por su mejoramiento inmediato y por su liberación final, apelar al recurso del antisemitismo.

Le basta y le sobra con saber que hoy, muchos hombres libres del mundo, entre los que se cuentan los cerebros más esclarecidos, tienen puesta su esperanza en la humanidad que los trabajadores construyen con su esfuerzo doloroso y gigantesco.



## MENSAJE A LOS JOVENES

*Acto en el Príncipe Jorge, abril de 1939*

Jóvenes amigos antirracistas, señoras y señores:

Cuando se me pidió, en mi carácter de presidente del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, un corto mensaje para este acto, pensé que una voz de mayor autoridad que la muy escasa que yo pueda tener, debiera resonar aquí esta noche.

Romain Rolland, desde su retiro, desde el cual tantas veces se asomó al mundo para decir su mensaje por la paz y por la cultura; Henry Barbusse, nuestro gran muerto, emergiendo desde la sombra para incitar, como otras veces, a la lucha por la justicia, por la verdad, por la dignidad del hombre, he ahí amigos, las voces que debieran elevarse esta noche, para decir el mensaje que nuestro pueblo necesita y, junto con nuestro pueblo, nuestra América y el mundo.

Y digo el mundo porque nuestro destino es solidario, aún a pesar nuestro, con el del más remoto rincón de la tierra en que haya hombres que sufren la opresión bajo cualesquiera de sus formas: económica, política, racial o religiosa.

Esa solidaridad es la tragedia y a la vez la grandeza del hombre contemporáneo.

Esta solidaridad que impone la misma estructura del mundo social —a pesar de la voluntad de los hombres actores de la historia—, es la característica de nuestro tiempo atormentado y grávido de futuro, como ningún otro tiempo en la vida de la humanidad.

El hombre fué siempre solidario, es decir, sufrió las consecuencias del vivir con su tribu, con su clan, con su comarca y después con su nación.

Pero este hecho de la universalidad en la vinculación con la vida de los demás hombres, este hecho de la interacción casi instantánea de lo que ocurre en el lejano Oriente, en la Europa Occidental o en América del Norte, por ejemplo, con nuestra propia vida cotidiana, es la característica del mundo de hoy.

Conocemos con diferencias de minutos, apenas, la catástrofe minera que en Bélgica o en Alemania, por ejemplo, engendra la desesperación, el dolor y la miseria en centenares de hogares; conocemos con diferencia de minutos, apenas, la destrucción de los sembrados en el Canadá, por ejemplo, que arruina miles de familias mientras valoriza nuestras cosechas; conocemos con diferencia de minutos, apenas, el terremoto que destruye ciudades y aniquila vidas en el Japón lejano; y conocemos, también, casi al minuto, el bombardeo criminal de Barcelona por la aviación nazi-fascista, la matanza de niños y mujeres chinas por la aviación japonesa y la brutal persecución judía en la Alemania nazi, donde parece haberse extinguido hasta el último vestigio de conciencia civil, sofocada por la barbarie racista.

Y toda esta íntima vinculación de nuestras vidas con las vidas lejanas es lo específico de nuestro tiempo. Es el resultado del progreso técnico que la condiciona, y que a la vez, conforma nuestra espiritualidad, aguza nuestra sensibilidad para el dolor y la tragedia de los otros que no conocemos, pero que turban con su angustia minuto a minuto, nuestro propio vivir.

Hace cien años esto no era posible ni siquiera concebible.

Ha sido necesario el descubrimiento y la aplicación de las ondas hertzianas, para que el hombre fuera solidario del hombre en una medida y con una intensidad que jamás se supuso.

Todo el panorama trágico de la convivencia, en este mundo convulsionado, desfila ante nosotros, casi al instante mismo en que se produce y se desenvuelve.

He ahí los motivos de esta solidaridad con la vida de los núcleos humanos que en tierras lejanas, sufren, trabajan, aman, y anhelan como nosotros.

¿Y cuál puede ser en este tumulto de la vida contemporánea la función y el papel de la juventud?

Siempre me ha parecido artificial y arbitrario escindir el problema histórico, en un problema para hombres maduros y en un problema para jóvenes que serían hombres en formación.

Lo peor que puede ocurrirle a un hombre es, precisamente, concebirse como una actividad que nada tiene que modificar, corregir o aprender, en el proceso del vivir cotidiano.

Sería algo así como un hombre fósil, espécimen de museo, que contempla su propia madurez mientras la vida pasa, se desenvuelve y lo desborda.

Y lo peor que puede ocurrirle a un joven es creer que él tiene, por el solo hecho de su juventud, un enfoque particular de los problemas del vivir. Si así fuera, todo estaría a merced del arbitrio subjetivo, y la realidad histórica carecería de esa exterioridad objetiva, que se impone a nuestra conciencia como el antecedente necesario de nuestra acción y a la cual, esta misma acción, tiende a modificar y superar.

Los jóvenes y los hombres maduros tienen ante sí los mismos problemas fundamentales que derivan de la estructura del mundo social y de su respectiva ubicación.

Esos problemas son captados activamente por el hombre en su vivir y sólo diferencias de tono o de matiz pudiera admitirse entre una conciencia joven, que recién se asoma al espectáculo del mundo y una conciencia adulta, hecha ya al análisis y a la solución de los problemas.

Siempre he considerado ilusoria, errónea y hasta nociva la afirmación de que la juventud enfoca el panorama vital sin el prejuicio que oscurece la mente del hombre provento.

El hombre, joven o viejo, vive en una atmósfera de prejuicios, es decir, en una atmósfera de ideas y de conceptos hechos, transmitidos por la costumbre, inculcados en la escuela y en el ambiente familiar, y que no responden, sino en parte, a la realidad en que el hombre de hoy se desenvuelve.

De ahí la discordancia entre los motivos reales de la acción presente y los motivos aparentes de la misma.

Sobre los jóvenes gravitan —y no podría ser de otra manera, a menos de que fueran a vivir a la estratosfera— la masa

enorme de las conveniencias, la trama densa, inextricable, de los intereses y de los prejuicios.

Los jóvenes están hartos de oír que se les llame idealistas, incontaminados, reservas morales del futuro humano, esperanza de la patria y no sé cuántos ditirambos más.

Todo esto es de una superficialidad abrumadora.

Convivo la vida de los jóvenes en la universidad, en el hospital, en la calle. Afirmino, categóricamente, que tienen los mismos prejuicios que los viejos en términos generales, y que cuando no los tienen, no es en función de su juventud sino por que han llegado a una nueva concepción de la vida social y del mundo de los hombres.

La juventud pondrá en su obra empuje, a veces, un poco irreflexivo; pasión incontrolada, a veces fecunda; entusiasmo a las veces fugaz, pero todo esto puede servir tanto al sentido progresivo como al sentido regresivo de la historia.

Ahí está el ejemplo de esas masas jóvenes servilizadas y envilecidas bajo el nazi-fascismo.

Ningún espectáculo más denigrante para la dignidad humana y para el futuro del mundo, que la turbia pasión desencadenada en esa juventud por la mística cínica y brutal de los estados totalitarios.

El mundo está estructurado de tal manera que no existen ya problemas personales y problemas de generaciones, sino en cuanto esa personalidad y esa generación se desenvuelven en un ambiente histórico y social.

Toda esa presuntuosa psicología introspectiva —que aísla al hombre para hacer de él un mundo aparte, que vive su vida con prescindencia de lo que le rodea— es no sólo errónea sino que, también, encierra el germen de todas las tendencias reaccionarias.

La juventud debe saber que el problema personal, desde el estético hasta el amoroso y vocacional, entronca y se funde con la trama de la vida social.

Mientras no demos solución a los grandes problemas que esta vida social contradictoria plantea, el joven al igual que el viejo, estarán a merced de fuerzas extrañas que los dominan y ante las cuales, muchas veces, sucumben.

La juventud tiene, entonces, su tarea y su norma junto a las otras generaciones que luchan por la superación de la vida humana, en su contenido individual y social.

No tiene ideales autónomos que proclamar, en oposición con los ideales de las generaciones maduras. Esa es una manera fragmentaria y errónea de captar el proceso histórico.

Tiene la juventud, como los demás hombres, problemas inmediatos y problemas lejanos.

El problema inmediato, angustioso y candente en esta hora del mundo es el nazi-fascismo, cuyo aspecto más brutal, repugnante y trágico es el racismo.

El racismo —está probado hasta la saciedad y hay que repetirlo hasta el cansancio— no es un problema científico. Es un problema político-social.

Pero hoy entra ya en la órbita franca de la delincuencia colectiva: es el crimen organizado y fomentado por los estados totalitarios con fines de despojo.

Frente a esta realidad crispante y trágica que amenaza envilecer la vida humana, ¿qué les queda por hacer a los hombres maduros y que les queda por hacer a los jóvenes?

Si la dignidad de la vida está en vivirla libre, no hay sino una sola actitud y una sola respuesta: luchar contra el nazi-fascismo en todos los terrenos y defender nuestra tierra contra la infiltración bárbara y contra los entregadores de la Nación a los enemigos de la democracia, de la cultura y de la libertad integral.

Sólo así trabajamos por el progreso del país inseparable del progreso del mundo.

Sólo así trabajamos para que los jóvenes de mañana puedan llegar al desarrollo pleno de su personalidad en un mundo solidario.

Todos los problemas de las generaciones se integran en el gran problema humano de la emancipación total del hombre, estructurando un mundo de justicia y de libertad.

## CRÍTICA DE ALGUNOS CONCEPTOS RACISTAS

*Acto en Paraná, 1939*

Entre los problemas que han adquirido en los últimos tiempos una significación de primer plano, está el problema racial.

No es posible en una exposición, necesariamente breve como ésta, abordar todos los aspectos del mismo y desarrollarlos en forma exhaustiva.

Debo limitarme a establecer a grandes rasgos algunos de los elementos que integran el problema.

Durante muchos años la cuestión racial pareció definitivamente resuelta como problema científico.

Los antropólogos más eminentes habían llegado a esta conclusión categórica: la raza es un esquema antropológico; es decir, una abstracción que se compone por la suma de caracteres físicos que se tienen por más constantes en un grupo humano que en otro, pero que, en manera alguna, son patrimonio exclusivo del grupo considerado.

Con ello se significa que no hay razas puras y que no puede compararse la crianza de los animales domésticos y la formación de tipos puros —que la zootecnia estudia— con el desarrollo del hombre y sobre todo del hombre civilizado.

Ustedes no ignoran que los racistas hablan con gran entusiasmo de la raza aria, a la que asignan caracteres físicos y cualidades morales e intelectuales insuperables y en ella radican el origen de toda civilización.

Gobineau —el precursor del racismo contemporáneo— lo había sostenido en su libro sobre la desigualdad de las razas



humanas. Pues bien, un alemán puro, el gran anátomo-patólogo y antropólogo Rodolfo Virchow —dijo ya en su tiempo y cuando Gobineau vivía todavía— que el hombre ario típico no había sido aún descubierto. Y nuestro paleontólogo Florentino Ameghino sostiene y prueba, en su "Filogenia", que la naturaleza no forma razas sino conjuntos de individuos que se semejan entre sí y que sólo parecen inmutables en el cortísimo espacio de tiempo que representa nuestra existencia, pero que se modifican, se transforman, se reúnen o se subdividen en la sucesión de los tiempos geológicos.

Las razas como entidades inmutables, como divisiones absolutas y puras, dentro de la especie, son, repetimos, una abstracción. Sólo en el proceso artificial de la crianza y de la selección de los animales, dirigido por el hombre con fines utilitarios, es decir, económicos, puede obtenerse y hablarse de una raza pura.

Así se obtiene por ejemplo en la especie ovina, la raza Merino o Lincoln o Kara-Kul; en la bovina la raza Hereford o Shorthorn; entre los gallináceos el Orpington o Lankenfeld; en la canina el Terrier o el Schnausser, etcétera.

La eugenesia humana no ha llegado, todavía, a encontrar racionales, para el hombre, las normas que la genética ha impuesto para las otras especies animales.

Y es elemental que así sea. Toda raza animal pura implica el cultivo unilateral, el desarrollo de una cualidad a expensas de las otras. Unas veces es el rendimiento en carne, otras en lana o en grasa; en ciertos casos es la velocidad, en otros la resistencia al trabajo, lo que se busca y se obtiene con la crianza artificial de razas puras. El mismo proceso se hace extensivo a las plantas y así tenemos las diversas variedades de trigo o de maíz, por ejemplo, cada una adaptada a un uso distinto.

Pero estas cualidades que el hombre utiliza y en cierto modo crea por la fecundización de tipos apropiados, no es un proceso impuesto por la naturaleza misma del animal o la planta.

La finalidad del animal o de la planta, desde el punto de vista de la transformación universal de la materia y de la energía que le es inherente —proceso en que se resume y ex-

presa la vida—, la finalidad, repetimos, no está en servir las necesidades o intereses humanos. Consiste simplemente en vivir y en asegurar la continuidad de la vida por la reproducción.

Sólo un finalismo ingenuo a la manera del de Bernardino de Saint-Pierre, puede sostener esa especie de silogismo pueril que comienza en la hierba que crece en el prado, bajo la acción sinérgica de la lluvia y del sol, sigue por la bestia que la come y culmina en el hombre, que a su vez, utiliza como sustento la carne succulenta y la leche tibia del animal, que la providencia habría puesto, precisamente, al alcance de su mano.

Claudio Bernard —uno de los fisiologistas más eminentes, no sólo de Francia sino del mundo— que fué a la vez una mente aguda, entregada al análisis de los problemas generales del conocimiento, ha dicho con toda verdad, contra ese finalismo ingenuo, estas palabras que quiero recordar aquí: “El organismo vivo —ha dicho Claudio Bernard— está hecho para él mismo. Trabaja para él y no para otros. Nada hay en la evolución de la hierba que implique que deba ser comida por un herbívoro; nada en la ley de vegetación de la caña que anuncie que su azúcar deba endulzar el café del hombre”.

Hay que distinguir, señores, entonces, entre lo que es el proceso natural de formación y propagación de las especies, y lo que es el proceso de la selección dirigida por el hombre con fines económicos; y saber que las cualidades que nosotros estimamos en el animal o en la planta, y que nos procuran una utilidad, forman parte del patrimonio natural y espontáneo de la evolución de los seres en la naturaleza.

Es necesario tener siempre presente que ni en la vida ni en el universo, existen valores y conceptos absolutos. Todo es relativo y su relatividad está condicionada por el mecanismo con que llegamos a la formación del concepto mismo.

¿Quién puede sostener, por ejemplo, que el hermoso caballo de carrera es superior a nuestro pequeño y sufrido caballo criollo? El caballo de carrera tiene la ventaja de su velocidad, está seleccionado para correr. Pero es inferior a nuestro caballo criollo en resistencia y en capacidad para el trabajo.

Sobre el lomo de acero de nuestro caballo criollo realizaron sus jornadas épicas las masas que gestaron la nacionali-

dad; sobre el encuentro de acero de nuestro caballo criollo, la pechera arrastró, de sol a sombra, el arado que roturó las tierras vírgenes donde el trigo creció, primero como un mar de esperanza en su verdor y luego como ondulante y móvil prolongación del poniente, en el oro pálido y pródigo de la espiga.

La figura apolínea del caballo de carrera —pura sangre, como se dice con vocablo impropio— distrae el ocio de nuestros ricos en las pistas cuidadas de los hipódromos. Sobre los caminos polvorientos y en las rutas abruptas y fangosas, fué —en cambio— nuestro caballo criollo, herramienta viva e incansable en la elaboración de nuestro progreso nacional.

Vuelvo a repetir: ¿quién podría afirmar la superioridad absoluta, total, del puro sobre el mestizo o el criollo sin pedigree?

Hay que ser muy circunspectos en la valoración de los resultados de la selección y más circunspectos, todavía, en la generalización y aplicación, al hombre, de los principios de la genética animal y vegetal.

Podemos obtener razas, variedades, tipos, aplicando los principios de la genética. Estas razas, estas variedades y estos tipos, ofrecen una utilidad determinada por el desarrollo de alguna cualidad particular. Pero, como hemos hecho notar antes, toda cualidad desarrollada al máximo se hace a expensas de un desequilibrio orgánico. Y ese animal o esa planta, con esa cualidad que nosotros estimamos por su utilidad, son sólo superiores desde el restringido punto de vista en que nos colocamos para juzgarlos, pero no universalmente superiores a otro tipo sin esa cualidad, o con ella, pero menos desarrollada. No hay, pues, superioridades absolutas. Para ello sería necesario el desenvolvimiento armónico de todo el organismo. Tratándose del hombre, la eugenesia, es decir, la génesis de lo mejor, no puede aplicar el criterio selectivo de la genética animal. ¿Qué pensarían ustedes de una humanidad que se transformara en un criadero de tipos y de variedades de hombres, que se entregara, por ejemplo, a la formación de una raza de atletas, de una variedad de palancas animadas condenadas al trabajo servil o de una raza de pensadores o de artistas?

La superación humana está en el cultivo armónico de todas las cualidades inherentes a nuestra naturaleza. Y el ideal humano no está en construir un tipo con la belleza del Apolo del Belvedere o de la Venus de Milo, pero con un cerebro de gorila; no está tampoco, en aguzar la inteligencia y las facultades creadoras con desmedro del resto del organismo.

Está en hacer de cada humano un ser completo, con equilibrio de la mente y el cuerpo, con capacidad para crear y para asimilar la cultura. Y es, precisamente, este problema de la cultura, específico y propio de los hombres, lo que hace imposible asimilar el proceso de la selección y desarrollo del animal, al proceso de selección y desarrollo del hombre que vive socialmente.

No hay la menor duda de que, inicialmente, el hombre ha sufrido la acción inmediata del medio natural, como nos es dado observarla hoy, no sólo en los animales que viven en estado salvaje, sino, también, en los pueblos que han permanecido, por causas múltiples, en un grado inferior de desarrollo, pueblos primitivos por su forma de vida.

Pero de esos comienzos en que el hombre inicia su separación progresiva de la animalidad, hasta las épocas que podríamos llamar históricas, han transecurrido centenares de miles de años. Toda esa inmensidad, en el tiempo, jalona la transformación progresiva y accidentada de la especie humana.

En esta transformación multimilenaria se han operado migraciones enormes, desplazamientos de masas humanas, condicionados por múltiples cambios geológicos y climatéricos. El hombre fué —como testimonia el estudio de los fósiles humanos— adaptándose a estas modificaciones del medio que implicaron, también, modificaciones para su organismo. Estas modificaciones del organismo del hombre primitivo, han ido adquiriendo una relativa estabilidad a medida que pudo sustraerse, por su inventiva y su actividad, que le permitieron crear un ambiente propio, a medida que pudo sustraerse, decimos, al influjo directo, inmediato y muchas veces hostil del medio natural originario.

Así se fueron constituyendo en regiones diversas, núcleos étnicos con algunas características que permiten distinguirlos, diferenciarlos de otros núcleos, que contemporáneamente se

constituían y desarrollaban en otras regiones del planeta.

Y estos grupos —que resultaban ya de una fusión, de una mezcla de tipos distintos—, es lo que desde el comienzo de los estudios antropológicos y naturalistas, se han clasificado como razas humanas. Linneo, el creador de la Sistemática, de la clasificación en la historia natural, distinguía sólo cuatro razas humanas: primero, la blanca o europea; segundo, la amarilla o asiática; tercero, la piel roja o americana; y cuarto, la negra o africana —últimamente se ha añadido una quinta raza, la oceánica o parda. Cuando se toman los extremos de cada una de ellas es fácil decir a cuál pertenece el individuo considerado. Pero a medida que nos alejamos de los tipos representativos llega un momento en que es difícil clasificarle. Hay, evidentemente, diferencias raciales, diferencias de estructura y diferencias mentales. Pero diferencia no implica superioridad absoluta y global en la una e inferioridad global y absoluta en la otra.

Los chinos y los japoneses tienen cualidades superiores a las nuestras, bajo ciertos aspectos; los negros tienen cualidades superiores a las nuestras, bajo otros aspectos, y nosotros los superamos desde otros puntos de vista.

¿Qué pueblo blanco ha alcanzado esa perfección inimitable de los chinos y japoneses, en el trabajo de la porcelana y de la laca, en que hay obras maravillosas? ¿Qué pueblo blanco tiene el sentido del ritmo, la sensibilidad exquisita del negro para la melodía y el color?

Más adelante veremos cómo es de precaria y artificial toda escala de valores raciales y cuánto hay en ella de prejuicio, de apreciación interesada y de menoscabo de las cualidades y de las aptitudes de los otros grupos.

Hemos dicho antes, que los actuales grupos étnicos se han ido constituyendo progresivamente y como resultado de desplazamientos, de migraciones de núcleos humanos primitivos, desplazamientos y migraciones determinados por los grandes cambios geológicos y climatéricos, de que fué asiento el planeta hace centenares de miles de años.

En las épocas prehistóricas, por las condiciones mismas de vida y las transformaciones del medio ambiente natural, atestiguadas por la fauna y la flora fósiles, no existían pobla-



ciones fijas, estables, que pudieran compararse a las de las épocas históricas. Razas enteras han desaparecido y han sido reemplazadas por otras venidas de otras regiones. Así en Europa, la llamada raza de Cro-Magnon, que correspondió al período medio de la época cuaternaria, reemplazó al extinto grupo étnico, cuyo tipo era el llamado hombre de Neanderthal, situado cronológicamente en una época anterior. Esa raza de Cro-Magnon parece haber procedido del norte de Africa o de Asia. Morfológicamente distinta al hombre de Neanderthal, ha dejado el testimonio de sus diferencias con éste, en las formas concretas de su actividad; en los rudimentarios instrumentos de piedra, hueso y madera de los que se valía para procurarse el sustento y en los rudimentos de un arte sumamente primitivo, que han podido descubrirse sobre las paredes de las cavernas en que vivió.

En toda la región de la Europa Occidental, por ejemplo, en los comienzos del período cuaternario, se produjeron cambios atmosféricos y telúricos que dieron por resultado la formación y depósito de enormes masas de hielo. Es lo que se denomina épocas glaciales del período cuaternario. Toda esa región de Europa quedó cubierta por una capa de hielo en que toda vida era imposible. El hombre prehistórico que allí existió, tuvo que replegarse y emigrar hacia regiones más benignas: la cuenca mediterránea y sobre todo Africa. En ese desplazamiento, el encuentro y la fusión con otros grupos fué inevitable.

Y este hecho de las migraciones, de las mezclas y de las extinciones de grandes núcleos humanos en las épocas prehistóricas, han sido un fenómeno general en el planeta.

Miles de años han debido transcurrir antes de que el hombre constituyera agrupaciones estables; con un instrumental y una técnica que le permitieran cierta autonomía sobre el imperio adverso de la naturaleza.

Recién entonces los grupos tienen la posibilidad de dar—en la sucesión del tiempo— tipos más o menos semejantes, con cierta fisonomía, con cierta arquitectura morfológica, ciertos hábitos mentales y emocionales y con un lenguaje, que nos lleva a clasificarlos como pertenecientes al mismo tronco étnico.



Pero ésto ha dejado de ser una raza en el sentido antropológico y naturalista del término, para convertirse en un tipo humano, en que los productos de la cultura y de la convivencia —frutos de su específica actividad social— permiten caracterizarle como integrante de un pueblo y de una nación.

En ese tipo se han fundido caracteres y aptitudes de muy variado origen y la raza deja de ser una realidad concreta para ser la expresión de un proceso meramente intelectual.

Por eso hemos dicho, al comienzo, que la raza es un esquema, es decir, una representación de una realidad cambiante que desborda al concepto naturalista del término.

El flujo y reflujo de los elementos étnicos ha sido tal, que para encontrar un tipo racial puro habría que buscarlo en regiones remotas y al margen de la civilización.

Ustedes saben que en la Alemania actual se sigue una política racial absurda y criminal. Absurda, porque la ciencia antropológica, la biología y la paleontología, han dado ya la prueba irrefutable de la inexistencia de una raza pura. Absurda, también, porque la ciencia ha probado —desde hace más de cien años— que no hay tal raza aria y que el concepto de lo ario es un concepto lingüístico y no antropológico; es decir, que se aplica únicamente a grupos de pueblos, a conjuntos étnicos diversos que hablan la misma lengua madre y sus derivados: la lengua aria.

Absurda, también, porque la pretendida raza ario-nórdica —en la que los alemanes del Tercer Reich quieren fundar su superioridad sobre el resto de los pueblos de Europa y el mundo— era, hace poco más de mil años, un conjunto de hordas bárbaras. Sin mencionar las civilizaciones oriental y egipcia, recordemos que Grecia había florecido en las artes y las ciencias, cuando toda la región que fué el gran imperio germánico estaba en plena barbarie.

Criminal, además de absurda, porque la persecución al judío, ha desatado una ola de brutalidad, en que los instintos más primarios del ser todo lo arrollan y han acabado por sumergir al hombre en una atmósfera de violencia, de delación y de exaltación de las más bajas cualidades humanas.

Y doblemente criminal, porque la persecución al judío es el mito de que se valen los conductores para galvanizar a

su propio pueblo, y darle una falsa noción de las causas de la crisis profunda y de la miseria que agobia al Tercer Reich.

En medio de ese desconcierto —en una especie de neurósis colectiva— se ha ido fraguando la doctrina de la pureza de la sangre alemana y el mito de que el pueblo alemán es una raza y no un conjunto étnico, en que los más variados elementos antropológicos se han fundido.

La ciencia oficial del Tercer Reich ha hecho prodigios de falsificación histórica para urdir, apresuradamente, una doctrina que justificara la brutalidad de la vida social en que le toca actuar. Y proclama, por boca de algunos de sus profesores, la existencia de grupos étnicos inferiores, condenados a la servidumbre y sólo capaces de crear una civilización precaria, y de grupos étnicos superiores, destinados a crear una gran civilización perdurable y a usufructuarla.

Cuando los racistas hablan de grupos étnicos y de razas superiores e inferiores, no se refieren a grupos y a razas primitivas que viven, aún, en un estado cercano al salvajismo o en plena barbarie.

No se refieren, por ejemplo, ni a los Dokos de ciertas regiones casi inexploradas de Abisinia, que ignoran el fuego, viven en una forma primitiva, sin habitación, acoplándose al azar, comiendo raíces o ratones o serpientes; ni a los indígenas de Nueva Caledonia, caníbales que entierran a sus ancianos todavía vivos.

Los racistas, cuando hablan de razas superiores y de razas inferiores, se refieren a grupos étnicos y a razas que han construido una civilización, con todo lo que la civilización comporta como actividad inteligente.

Y así es como un antropólogo o un etnólogo racista sostendrá, por ejemplo, la superioridad de la mal llamada raza aria, sobre el resto de las otras razas humanas.

No puede negarse que los chinos han tenido una civilización que ha precedido en milenios a la civilización europea.

El racista sostendrá, sin embargo, que esa civilización china es un producto inferior, como corresponde a la inferioridad antropológica o racial del hombre chino.

No puede negarse que las poblaciones pre-colombianas de ciertas regiones de América (aztecas, incas, etcétera), han tenido una civilización.

El racista sostendrá que esa civilización es un estado inferior y primario.

Aunque todo ello se preste a discusión —porque es elemental que no se puede juzgar el valor de una civilización pasada a la luz de lo que nosotros somos capaces de hacer actualmente, sino de lo que hubiéramos sido capaces de hacer con los mismos elementos técnicos que poseían aquellos hombres, en aquel momento y en aquel ambiente natural e histórico en que les tocaba vivir—, aunque sea discutible, decimos, considerar como inferiores aquellas civilizaciones extinguidas, lo que nos interesa hacer resaltar, en esta exposición, es que los antropólogos racistas, cuando han querido afirmar la superioridad de un grupo sobre otro, no han comparado el salvaje de Nueva Caledonia con el habitante de una región de Europa, por ejemplo, sino que han comparado grupos étnicos dentro de la misma Europa.

Y así tenemos que, dentro de lo que se acostumbra a considerar como el foco actual de la civilización, unos grupos étnicos serían superiores y otros inferiores.

Los nórdicos, por ejemplo, y particularmente para los alemanes los teutones y para los ingleses los sajones, constituirían el elemento representativo de la raza superior, frente a los grupos del resto de Europa, en que habría una gran preponderancia de sangre eslava, semítica, mediterránea o aún melánica.

El mito de la raza y del grupo superior, ha tomado diversos aspectos. Cada uno reclama para sí el privilegio de la superioridad. Y ese privilegio se funda en la pureza de la raza, considerada como una entidad que conserva sus caracteres a través de innumerables generaciones y que permiten diferenciarla y distinguirla de otras razas consideradas como inferiores.

Habría superioridad de estructura, por una parte, y superioridad mental, espiritual, por otra.

La superioridad estructural está comprendida en la arquitectura armoniosa y bella del tipo: alta estatura, cráneo doli-

cocéfalo, es decir, alargado; desarrollo muscular proporcional al esqueleto; piel blanca; cabellos blondos; ojos claros o azules.

Esta figura apolínea, es el tipo ideal del nórdico —que el racismo del Tercer Reich ha puesto de nuevo de moda— después de la exaltación que Gobineau hiciera del mismo, en su obra sobre la desigualdad de las razas.

A este arquetipo físico corresponderían cualidades espirituales sobresalientes: alta inteligencia, espíritu de invención, amor por la verdad y un recto y hondo sentido de la justicia.

Nada hay más arbitrario y hasta más pueril, que esta caracterización física e intelectual de la raza nórdica.

Los estudios antropológicos serios y objetivos han probado la inexistencia de una raza nórdica pura. Tampoco existe una raza mediterránea, dinárica, semítica, eslava o mongólica, al estado de pureza.

Los caracteres físicos y las cualidades intelectuales, a pesar de las diferencias que indudablemente existen, tienen similitud entre las distintas agrupaciones étnicas; varían únicamente en su distribución.

Sólo tomando grupos en muy diverso estadio, por ejemplo, un salvaje de Australia y un hombre contemporáneo de un país civilizado cualesquiera, se podrían establecer diferencias radicales y profundas.

Pero cuando se toma un hombre medio del Norte, del Sur, del Este o del Oeste de Europa, por ejemplo, nos encontramos que el hombre del Norte de Europa puede ser bajo y moreno y el del Sur alto y blondo; que el del Este puede ser dolicocefalo y braquicefalo el del Oeste, y que sus cualidades intelectuales, no difieren tanto por razones de estructura, es decir, de raza, cuanto por razones de ubicación social, de posibilidad de cultivo desde la niñez; y que sus impulsos fundamentales tienen semejanzas, que no permiten afirmar que las pasiones sean totalmente ajenas al medio histórico-social en que el individuo crece y subordinadas a la sola estructura antropológica del sujeto.

Más todavía; hay una serie de investigaciones muy minuciosas que prueban que cuantos más caracteres físicos se com-

prendan en la determinación de un tipo racial, tanto más raro resulta encontrarlo en la realidad.

Ripley sostiene que las poblaciones de Europa, por ejemplo, están tan mezcladas, que cualquier combinación de sólo dos caracteres, el color de los ojos y el de los cabellos, excluiría el 75 % de los habitantes de cualquier región tomada al azar. Si a esos dos caracteres se suma un tercero, la forma cefálica, entonces habría sólo una muy pequeña fracción de población, de una región cualesquiera de Europa, que pudiera responder a ese tipo.

Si se añade un cuarto carácter, la estatura y un quinto, el índice nasal, entonces la proporción de tipos puros es casi infinitesimal.

¿Cómo puede hablarse —frente a estos hechos irrefutables— de una raza pura en lo que al hombre concierne?

Uno de los caracteres físicos sobre el que más se ha insistido para afirmar la superioridad de una raza o de un grupo étnico sobre otro, es su dolicocefalia, es decir, la cabeza alargada; sobre todo si el sujeto es a la vez blondo. Este carácter de la dolicocefalia se opondría al de la braquicefalia, o cabeza redonda propio, sostienen los racistas de los tipos inferiores.

Vacher de Lapouge, en Francia, Ammon, en Alemania, entre otros, sostienen que en las poblaciones europeas —de Occidente, sobre todo—, la dolicocefalia corresponde a individuos que ocupan una elevada posición social, predominando en los habitantes de las ciudades, por oposición a los de la campaña, que serían más bien braquicéfalos.

Esa ubicación social predominante del dolicocefalo sería el resultado de su mayor inteligencia y atestiguaría una verdadera selección.

En términos generales un índice cefálico de setenta y cinco corresponde a la dolicocefalia y un índice cefálico de ochenta en adelante a la braquicefalia.

Cuando se han dejado de considerar únicamente las poblaciones europeas, en que esa pretendida ley de Ammon sufre numerosísimas excepciones, y se han podido estudiar otros pueblos: africanos, australianos, asiáticos, americanos, etcétera, se ha llegado a esta conclusión desconcertante: hay individuos de razas consideradas inferiores, que viven en un estado



salvaje o primitivo o rudimentario, que presentan, sin embargo, una dolicocefalia, igual o mayor que la de los sujetos de pueblos altamente civilizados.

Veamos algunos ejemplos demostrativos: los pigmeos del Congo tienen un índice cefálico que oscila entre setenta y cuatro y setenta y nueve; los Boschimanos, un índice que va de setenta y cinco a setenta y seis; los pigmeos de la Melanesia, un índice de setenta y uno a setenta y dos; los cafres un índice de setenta y dos; etcétera.

Estos cuatro grupos étnicos que llevan una vida primitiva, poseén, sin embargo, un carácter antropológico —la dolicocefalia manifiesta— que según los racistas en una de las características de las razas superiores.

Algunas tribus mejicanas tienen índices cefálicos que oscilan entre setenta y seis y ochenta y cinco; es decir, las hay dolico y braquicéfalas. En Estados Unidos de Norteamérica, los índices craneanos antiguos presentan idéntica variación.

En nuestra América, los cráneos descubiertos por Ameghino, son generalmente dolicocefalos. En Brasil, Paraguay y otras regiones hay índices de dolicocefalia acentuada que van de sesenta y siete a setenta y dos.

¿Quién osaría afirmar entonces, por el solo índice cefálico, por el hecho de una dolicocefalia manifiesta, que un hombre o un grupo es más civilizado y más capaz y por ende de una raza superior, que otro hombre u otro grupo cuyo cráneo es redondo? Si así fuera, el pigmeo dolicocefalo del Africa central, que lleva una vida semi-salvaje, sería racialmente superior a un alemán contemporáneo que tuviera la cabeza redonda. Ese alemán contemporáneo es, no obstante, el depositario y el creador de una cultura. Y a pesar de su cabeza redonda, ha penetrado en el pensamiento abstracto de Kant y conoce al dedillo la filosofía de Hegel; sabe construir un aparato de rayos X, con el cual ve como late el corazón de un hombre o como el estómago se contrae y evacua su contenido; sabe construir un avión capaz de unir en un solo vuelo gigantesco los dos continentes, y prepara un suero que cura la difteria y el tétano.



Ustedes ven como es de pueril, de inconsistente, la pretensión de establecer un carácter antropológico distintivo y a la vez categórico de la superioridad de un grupo étnico.

No es posible, sin caer en una evidente exageración que desprestigia a la misma antropología, afirmar, como lo hacen los racistas, la superioridad de un grupo sobre otro, por un carácter físico más o menos saliente o más o menos generalizado.

¿Frente a estas comprobaciones irrefutables, cómo es posible sostener la existencia de un tipo nórdico puro, racialmente superior al resto de los otros grupos étnicos?

Es que el tipo nórdico ha dejado de ser, hace tiempo, una concepción científica con fundamentos antropológicos reales.

Es una creación arbitraria con fines políticos de dominación pan-germanista. Es un mito destinado a excitar el instinto de agresión de un pueblo, dominado por una banda de aventureros al servicio del gran capital imperialista germánico.

La superioridad de un grupo étnico debe juzgarse por el resultado de su actividad; es decir, por la civilización que es capaz de crear.

¿Quién puede afirmar que la civilización estrictamente alemana, es superior a la inglesa, a la francesa, a la belga o a la de Estados Unidos de Norteamérica?

Debemos hacer notar que desde hace muchos años, el intercambio en la vida de los pueblos es tal, que nadie puede jactarse de haber creado una civilización puramente nacional, sin el concurso de elementos extraños.

Y el intercambio es no sólo de hombres, y de elementos materiales; lo es, también, de ciencia pura, y de ciencia aplicada; de técnica y de métodos.

Los pueblos viven y progresan por la recíproca asistencia y no por el aislamiento.

La autarquía es una invención de los regímenes totalitarios, que la utilizan como al mito de la raza pura, para galvanizar a los pueblos esclavizados y como preparación para la guerra. La autarquía finaliza en el trueque, en el dumping y en el hambre crónica para el pueblo que la sufre.

Hemos dicho que el grupo étnico se juzga por lo que es capaz de crear. No debe olvidarse que el grupo étnico, aun

teniendo ciertas apariencias de homogeneidad como pueblo, es siempre racialmente una mezcla. Pero aun suponiéndolo mucho más puro de lo que es, desde el punto de vista antropológico, debemos preguntarnos si existe o ha existido un grupo que todo lo ha creado y si existen otros grupos que sólo han aprovechado de esa creación. Es decir, si hay grupos productores y grupos parásitos en la elaboración de la civilización.

No hay más que repasar la historia de todos los descubrimientos en todas las ramas del saber y de la actividad humana, para tener la evidencia de que en todo grupo étnico, en los pueblos que llamamos civilizados, ha habido una contribución al progreso de la técnica y de los conocimientos.

Ni los nórdicos tienen el privilegio de haber descubierto todo, ni han sido, tampoco, los primeros en iniciar el largo y difícil camino de la elaboración de una ciencia que va poniéndonos, cada vez más, en posesión de las leyes generales de la naturaleza. El pueblo alemán ha tenido y tiene cerebros de privilegio, muchos de los cuales están hoy fuera del Tercer Reich perseguidos por la furia racista, como comienzan, también, a estarlo fuera de Italia, grandes sabios e investigadores italianos, después que el señor Mussolini se ha dispuesto a imitar la política racista del nazismo.

Pero todos los pueblos han tenido y tienen en igual medida investigadores y pensadores. Y cuando se estudian las características antropológicas de esos genios alemanes, se ve que tienen muy poco de los caracteres puramente nórdicos y mucho de mezcla racial.

Es que lo que se tiene por característico en las llamadas unidades nacionales, no es precisamente lo antropológico en el sentido de la pureza racial, sino lo cultural, que se expresa en el lenguaje, en las costumbres, en la similitud de las formas corrientes del vivir y en las instituciones.

No hay una raza alemana, como no hay una raza francesa, italiana, inglesa o argentina. Hay un pueblo alemán, francés, inglés o argentino. En estos pueblos, con una lengua, que no ha surgido de la noche a la mañana, que es obra de centurias y de milenios, razas distintas se entremezclan y se funden.

La situación geográfica, la tradición, el medio ambiente natural y social, crean en estos pueblos características propias. Pero las tienen y forman por ello un grupo étnico, no en cuanto integrados por sujetos con cabeza alargada o con cabeza redonda, sino en cuanto hombres sometidos a estímulos, ambientes, necesidades, intereses y objetivos comunes.

Para que un grupo étnico adquiera esa fisonomía que le caracteriza y distingue, frente a otro grupo que vive en un ambiente distinto, toda una serie de procesos antagónicos y paralelos o sucesivos deben operarse en su seno.

Así va sedimentándose eso que llamamos tradición cultural, en que se expresa a la vez la acción recíproca del medio ambiente y del hombre; y así van estructurándose las instituciones en que el hombre cristaliza las normas de la convivencia, que son, a la vez, la expresión de sus intereses y de sus motivos de acción.

El racismo, carente de todo contenido científico, debe refugiarse en el mito para disimular su sentido político reaccionario y antihistórico. Al afirmar la inmutabilidad de la raza, afirma la inmutabilidad de la vida.

Es la filosofía o la concepción que corresponde al hombre-piedra.

La vida está toda en la tentativa de superarse, y superarse es afirmar que se cambia. La raza hierática, inmóvil, de la concepción racista, es la negación de la vida.

Nuestro pueblo, en el que todos los grupos étnicos tienen su expresión, repudia esta tentativa de jerarquizar a los hombres y a los pueblos, y proclama la igualdad de las mal llamadas razas ante la vida libre y digna.

Pero no basta proclamar esa igualdad racial. Hay que hacerla efectiva. Y para hacerla efectiva es necesario que el pueblo argentino defienda los principios elementales de la convivencia humana, amenazados por la barbarie nazi-fascista en los países totalitarios y por la complicidad de la reacción dentro de nuestras fronteras.

Nuestro país vive la angustia y la tragedia del mundo. Esa tragedia y esa angustia se resuelven en la crisis de la democracia, porque la democracia ha dejado de ser un instru-

mento válido en manos de las castas y de los oligarcas de las finanzas, para conservar sus privilegios.

El pueblo comienza recién a penetrarse del sentido de la democracia como instrumento de superación. Y los oligarcas que hasta ayer la usufructuaron, la declaran caduca y nociva, porque el uso de la democracia por el pueblo consciente, significa el fin de sus privilegios y el comienzo de una nueva era de solidaridad y de libertad efectivas.

Y entonces aparece la gran confabulación internacional de la reacción: el nazi-fascismo, uno de cuyos aspectos más repugnantes es el racismo y específicamente la persecución del judío.

Si el pueblo argentino va dejándose arrebatado, como hasta ahora, uno a uno, los derechos elementales de toda comunidad civilizada, viviremos el mismo espectáculo degradante y siniestro, que viven la Alemania nazi, la Italia fascista y la España negra de Franco.

Pero si los hombres libres de nuestro país, que quieren seguir siéndolo, se disponen a jugar su destino y su vida por la causa de la libertad humana, de la solidaridad humana, de la dignificación de la vida, inseparable de una amplia justicia social, entonces ahorraremos a nuestro país la vergüenza del fascismo, que es una dictadura terrorista al servicio de las fuerzas más regresivas de la historia. La lucha contra el racismo es inseparable de la lucha contra el fascismo y por una democracia integral.

## PALABRAS DE APERTURA DEL SEGUNDO CONGRESO INTERNO DEL COMITE CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

*Setiembre de 1939*

Señores delegados:

Me complace en saludarlos en nombre de nuestra entidad y en el mío propio.

Es casi innecesario que se aduzcan los motivos que justifican esta reunión.

Basta contemplar el panorama del mundo para encontrarlos.

Nuestro Comité —que desde su iniciación ha tratado de crear una conciencia antirracista en el pueblo argentino— cree que ha llegado el momento de aunar voluntades y coordinar la actividad de todas las instituciones que, bajo uno u otro aspecto, se interesan por la suerte de los perseguidos.

Con la guerra se ha hecho más terrible la situación de cientos de miles —más exacto sería decir millones— de hombres, mujeres y niños arrojados fuera de sus hogares y de sus países por la invasión nazi-fascista.

Ya no son sólo los judíos alemanes, polacos, checos, austríacos y rumanos; ya no son sólo los heroicos españoles, que prefirieron el exilio y el campo de concentración a la ignominia de la dictadura franquista. Ahora hay, también, franceses, belgas, holandeses, dinamarqueses, noruegos, yugoeslavos y griegos, que buscan con angustia una salida a su situación infernal.

Frente a esta realidad tremenda, al sacrificio estéril de vidas humanas, huelga todo comentario.

Por muchas razones, los países de América latina deben encontrar la manera de que se incorporen a su población todos estos elementos, cuya más alta credencial, fuera de sus aptitudes técnicas e intelectuales, fuera de su capacidad de trabajo, es su dignidad de perseguidos por su adhesión real a la democracia. Y de perseguidos por la avalancha más oscura, sangrienta y denigrante de la historia: el nazi-fascismo.

En ustedes está la posibilidad de estructurar un movimiento nacional y vincularlo al esfuerzo que se realiza en otros países de América en pro de los refugiados y perseguidos. Rindo en este momento homenaje a México y a Chile, por su obra de acogimiento de refugiados y perseguidos y me duele no poder hacerlo de otros países americanos y particularmente del nuestro.

Nuestra democracia está en mora con esos hombres que se jugaron la vida y el porvenir por ella. Espero que podamos, en plazo breve, saldar esa deuda.

Dejo inaugurado este acto y confío en la inteligencia y la buena voluntad de todos para dar cima a los propósitos que nos reúnen en este momento.



## SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL COMITE CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

*Respuesta al discurso del doctor Leónidas Anastasi, setiembre 8 de 1939*

Siento —antes que nada— como una imperiosa necesidad de hacer una especie de examen de conciencia en alta voz.

Examen que ha de referirse, necesariamente, a mí mismo —ya que ustedes han querido, esta noche, testimoniar su adhesión afectuosa a una acción de carácter público en la que he intervenido— y examen que debe, también, referirse al panorama del mundo.

Indudablemente suele haber un desencuentro y una divergencia entre el hombre y su destino.

Y conste que el destino no es, para mí, una suerte de trayectoria preestablecida a la cual nadie escapa. El destino es simplemente la convergencia sobre el hombre, de los acontecimientos en medio de los cuales el hombre vive, acontecimientos que él crea con su acción, pero cuya influencia sufre en una medida no previsible.

En mí se ha operado ese desencuentro y esa divergencia.

Hombre que ha preferido, desde niño, la lectura y la meditación; que ha tenido una profunda repugnancia por la acción, aun sabiendo que para conocer, para captar la realidad, hay que sumergirse en ella y vivirla y respirarla; aun sabiendo que el mundo se transforma sólo por la acción inteligente y que toda meditación es estéril cuando no desemboca en una corriente emocional y en una actividad práctica, siempre

me mantuve al margen de todo lo que pudiera obligarme a aparecer en primer plano.

Siento una especie de pudor y de escrúpulo que ha frenado e inhibido mi actividad. Es un complejo de timidez que no he podido vencer nunca y que ha hecho que viva en lucha permanente conmigo mismo.

Lo que he padecido y padezco, todavía, desde que los acontecimientos me llevaron adonde no hubiera querido ir, sólo yo lo aqulato y conmigo unos muy pocos camaradas que conviven mis ideas desde hace más de treinta años.

Me encuentro a mí mismo en la soledad o en el anonimato, confundido con la masa que fragua el porvenir del mundo con su propio dolor. Y cuando algo me obliga a abandonar esa actitud, entro en conflicto con mi propia estructura y sólo una reflexión continuada hace que —aún torturándome— aparezca en el tinglado, que no es, por cierto, como en la comedia de Benavente, el de la antigua farsa.

Mis compañeros del Consejo Directivo cuyo valor y cuya devoción a la obra en que estamos empeñados, he aprendido a estimar en estos dos años de labor no siempre fácil, han querido honrarme con esta demostración. Pese a mi negativa la han realizado. No podía aceptarla, sin hacer ante ustedes estas reflexiones, porque he considerado, siempre, que el hombre debe ser leal a sí mismo para poder serlo con los otros. Y no lo habría sido conmigo mismo, si en este momento callara lo que no puedo callar, es decir, que no tengo ninguna inclinación a la acción pública, pero que las condiciones actuales del mundo me obligan, para defender mi propio pensamiento crítico y libre, que no puede serlo sino en la medida en que lo es, también, el de los otros, me obligan, repito, a sumarme a los que luchan por contener la reacción y afirmar la hegemonía de la libertad y la justicia, en su sentido social y humano.

¿Por qué subordino la libertad de mi pensamiento, a la libertad del pensamiento de los otros?

Porque la libertad de pensamiento no es una cuestión abstracta ni meramente subjetiva, como creen los filósofos profesionales.

La libertad de pensamiento es una cuestión concreta, práctica y objetiva.

En la medida en que el hombre obra con libertad; en la medida en que puede traducir en acto sus conceptos, que son un producto de la captación activa de la realidad que circunda al hombre, sólo en esos límites el sujeto es libre.

Lo demás es sólo la ilusión de la libertad.

La libertad está subordinada a las normas en que la convivencia social ha ido estructurándose en el tiempo.

Mientras el hombre se conforme con el dominio imaginativo del mundo, seguirá siendo esclavo. El hombre se libera, se emancipa, en la medida en que domina prácticamente el mundo que él construye.

Nos separamos así de la concepción de Pascal, para quien pensar el mundo era contenerlo en el pensamiento, dominarlo, abandonar la infinita pequeñez que es el hombre, frente a la infinita extensión que es el Universo. De toda esta fantasía está hecha la real esclavitud del hombre social.

El hombre vive en una atmósfera de conceptos, de prejuicios, de sistemas de ideas, que expresan situaciones reales, actuales unas, superadas otras. A ellos está subordinado.

Y cuando hablamos de la servidumbre de los hombres, no nos referimos a una servidumbre simbólica, sino a una condición concreta.

Los intereses que el hombre crea, acaban, por el juego dialéctico de la vida social, por convertirlo en siervo. Y cuando él cree evadirse, imaginativamente, de la realidad que le oprime, le coarta y le limita, hace lo del alucinado que se mueve en un mundo fantasmagórico con la absoluta convicción de que convive con seres de carne y hueso.

Los filósofos que piensan al hombre abstractamente —que se manejan con categorías absolutas que van desplazándose en el tiempo, o con un espíritu absoluto a la manera de Hegel, que al degradarse se nos aparece como naturaleza y como historia— conspiran contra la emancipación real del hombre.

Si al hombre le basta para ser libre, la convicción subjetiva de la libertad; si su pensamiento —que es conciencia de sí mismo y a la vez conciencia del mundo—, es libre por el solo hecho de sentirse libre, ¿a qué preocuparse por la trama compleja e inextricable de la vida social?

Esta filosofía es una metafísica de la servidumbre.

El filósofo que ha analizado todos los problemas del hombre en sí y en relación al Universo; que cree tener el sentido de la totalidad y que mira desde lo alto, unas veces con desprecio y otras con piedad, el ajetreo sudoroso y maloliente de la muchedumbre que, según él, se ignora a sí misma porque ignora su sistema, ese filósofo es el sostén más firme de la estructura social que aniquila al hombre e inferioriza la vida.

Platón reservaba la dirección de su República ideal a los señores; Aristóteles defendió la esclavitud y sostuvo que se era esclavo por naturaleza; Santo Tomás de Aquino justificaba la esclavitud y la servidumbre en su "Summa Teológica"; Descartes confesaba, al escribir su "Discurso del Método", que no intentaba llevar el libre examen más allá de lo puramente especulativo y consideraba insensata toda reforma de la estructura política y social de su tiempo, afirmando que era preferible soportar la imperfección social y política presente a tentar un cambio de la misma<sup>(1)</sup>.

¿Quién osaría afirmar que Platón, Aristóteles, Santo Tomás y Descartes, carecían de genio?

Eran genios, pero el genio, como la inteligencia —lo he sostenido en mi libro "Materialismo Dialéctico"—, están hechos con la sustancia de su tiempo.

Sirven, por ello mismo, tendencias, intereses, situaciones concretas, aunque sostengan lo contrario y se expresen en lenguaje metafísico.

El señor Gentile, por ejemplo, el filósofo del llamado idealismo absoluto actual, es un metafísico, que exalta, no obstante, la dictadura del señor Mussolini, que ha sumido al gran pueblo de Italia en la indignidad y la miseria; y el señor Spengler —que se proclamaba a sí mismo discípulo de Goethe— exaltó, en "Años de Decisión", su último libro, la barbarie nazista.

(1) Tal vez no fuera éste el íntimo pensamiento de Descartes. La condena de Galileo, a la cual veladamente alude en el "Discurso del Método", parece haberle inducido a hacer manifestación de público acatamiento al orden constituido.

Los filósofos hablan, sin embargo, con toda desenvoltura, de los valores eternos del espíritu que ellos preservan de la decadencia, y sostienen que la única actividad desinteresada es la que ellos realizan.

Vulgares sirvientes del privilegio, han puesto su inteligencia o su genio, al servicio de la servidumbre de los hombres. En la crisis tremenda que aflige al mundo, la inteligencia tiene su parte y su responsabilidad. Y cuando ella renuncia a su función esencial que no es sólo comprender sino dignificar la vida, se convierte en un instrumento formidable de opresión.

Llegamos así al final de lo que he llamado examen de conciencia en alta voz.

El mundo ofrece a la contemplación del que lo observa, un espectáculo trágico, que es, para muchos, el signo de la irremediable decadencia de nuestra civilización.

Se habla de la quiebra de los principios en que dicha civilización se fundamenta, como si los principios fueran una especie de entequeia animadora del mundo, que nos llegara desde alguna región cósmica lejana para iluminar y fecundar la sombría y estéril oquedad de las almas humanas.

La tragedia del mundo no es otra cosa que la tragedia de los hombres. Y la quiebra de los principios no es otra cosa que la quiebra de las concepciones y de las normas que los mismos hombres elaboran en su convivencia social.

Los principios expresan situaciones históricas, intereses de clases y de grupos. Si los principios fallan es porque la estructura social que los genera, ha fallado primero, se ha vuelto inadecuada para dar satisfacción al desarrollo y a la superación progresiva de la vida.

Nuestro mundo, con una técnica prodigiosa, con recursos naturales prácticamente inagotables, con posibilidades infinitas de desarrollo por la inventiva humana, oscila, sin embargo, entre dos polos: la desocupación periódica, la miseria permanente de millones de hombres, y la dictadura de una plutocracia imperialista, aun bajo las apariencias de una democracia política como en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo; entre la destrucción esporádica de la riqueza y de la vida por la guerra, y la des-

trucción lenta, continuada, fatal, de la vida de millones de seres, agobiados por las condiciones de trabajo, la mala alimentación, la vivienda insalubre.

La crisis espiritual de nuestro tiempo, radica en esta incertidumbre real de la vida individual y social, y no en una pretendida falacia de la razón pura.

Para mantener la situación interna, para conservar el equilibrio, en un mundo convulsionado por las contradicciones immanentes a su propio desarrollo, los estados se lanzan a una desenfrenada carrera armamentista.

Cuando Guillermo Ferrero escribió, hace muchos años, su libro sobre el militarismo, estaba lejos de imaginarse lo que sería el armamentismo para la economía y la moral de este mundo en crisis.

Vivimos en medio de una danza fantástica de millones, destinados a la construcción de buques de guerra, aeroplanos de bombardeo, cañones, bombas para gases asfixiantes. Y este mundo, en el que todo vestigio de solidaridad y de cooperación se ha extinguido, hace su última tentativa de perdurar por la violencia.

Y la violencia no es sólo la guerra, la destrucción, y el sojuzgamiento de los pueblos débiles. Violencia es, también, la persecución al hombre en sus ideas, el odio a la cultura libre, el exterminio y la aniquilación física, en nombre de una pretendida pureza racial, que encubre sólo móviles de dominación social y política.

La tragedia del judío perseguido, asesinado y despojado, es la tragedia de todos los hombres libres. Y un mundo que hace de la violencia y de la agresión su norma y su ley, es un mundo condenado por su propia iniquidad.

En la mente de los hombres que saben que la vida humana, creadora de riqueza y de cultura, no puede subordinarse a las cosas materiales que ella misma crea, ha comenzado a nacer una nueva conciencia augural.

El trabajo y la inteligencia, la cooperación solidaria de los hombres, nos darán lo que no hemos tenido todavía: la verdadera democracia integral.



El hombre cesará de ser un instrumento al servicio de otros hombres, para ser el creador activo y conciente de una vida libre.

Tengo la esperanza de que con los últimos estampidos de esta guerra que se inicia, termine la agonía del mundo contemporáneo.

Los hombres habrán amasado en el sufrimiento, en el dolor y en la angustia, un orden nuevo. Y en ese orden —que no se fundará en la coacción— la persona humana alcanzará toda su plenitud.

Con él termina la prehistoria del mundo.

Y con él termina, también, esta monstruosidad que es la persecución racial. El judío y el cristiano, el amarillo y el negro, el blanco y el mulato serán lo que son y lo que fueron siempre: hombres que aman, que trabajan, que sufren y que esperan.

## PANORAMA HISTORICO SUCINTO DEL ANTISEMITISMO

*(Con la democracia social, el racismo y el antisemitismo dejan  
de ser un problema)*

*Mayo de 1940*

El problema racial no se circunscribe al problema judío. Existe el problema del negro y el problema del autóctono americano: el indio. Existe, también, el de los amarillos, que desde que los japoneses han comenzado a utilizar la técnica de los occidentales, se han convertido de pueblo pretendidamente inferior, en un pueblo agresivo y peligroso, no sólo para los blancos, sino hasta para los que antropológicamente tienen con ellos vinculación más estrecha: los chinos. Haremos notar, sin embargo, que esta peligrosidad japonesa no deriva de su color ni de su estructura antropológica.

Está vinculada al desarrollo de su clase imperialista, que necesita crear las bases de su imperialismo con las materias primas de los pueblos vecinos y en primer lugar con las del sacrificado pueblo chino. Sin embargo sólo la persecución al judío, en todas sus formas, ha adquirido caracteres de verdadera monstruosidad en plena civilización. Habría que remontarse muy atrás, en la historia del mundo, para tener espectáculos semejantes.

Las formas de la persecución son múltiples. Van desde la violencia física hasta la coacción moral. Desde el despojo del bien poseído por el judío, hasta el bloqueo de toda actividad material o intelectual. Hay la forma abierta y la forma disimulada de la persecución. Para los judíos no es una nove-

dad que los persigan. Están hechos a ella y hasta les habrá parecido extraño que durante algunos decenios les dejaran tranquilos.

Pero no es de las formas de la persecución ni de la psicología del judío perseguido que debemos ocuparnos.

Queremos probar, brevemente, que toda la sonada legislación racista antijudía que el Tercer Reich primero, la Italia fascista después, han puesto en práctica, es una reedición servil de todas las disposiciones anti-judías que antes habían sido esgrimidas para perseguir a los israelitas.

Las disposiciones prohibitivas del Tercer Reich —y nos referimos solamente al Reich porque representa el tipo del estado totalitario que quiere fundarse en la pureza de la raza—, las disposiciones prohibitivas con respecto al judío sin múltiples.

Van desde la prohibición del acoplamiento para evitar la contaminación de la sangre aria, hasta la imposibilidad del ejercicio de una profesión liberal en ambientes que no fueran exclusivamente judíos; desde el impedimento para tener un empleado ario, hasta la interdicción de toda participación en la vida política de la nación.

Se les niega el acceso a la escuela común y se les cierra la puerta de la universidad. Los judíos quedan segregados de la comunidad del pueblo alemán, locución que gustan emplear con frecuencia los nazis.

Se restablece el ghetto. Y si quedan algunos judíos vivos en Alemania, pronto ostentarán el distintivo que los señale como no integrantes de la comunidad nórdica alemana.

Tal vez lo único original consista en las medidas propuestas para preservar la raza, impidiendo la procreación de los que estén afectados de alguna enfermedad hereditaria. Para ello los nazis han establecido la esterilización femenina y masculina. Cuando los nazis lo estimen conveniente declararán que los judíos no deben reproducirse y comenzarán a esterilizarlos, o bien pueden proponerlo como medio preventivo, para que los judíos no caigan en la tentación de tener relaciones sexuales con una aria complaciente, y engendren así un hijo que sería un baldón para la pureza de la raza.

Hemos dicho que en todo el plan racista del Tercer Reich nada hay que no hubiera sido ya puesto en práctica con los judíos en épocas pasadas.

Está bien probado que desde el siglo IV, época en que el cristianismo se había ya generalizado en Roma, creció la animadversión contra los judíos. Juntos con los paganos fueron puestos fuera de la ley común.

Se confiscaban los bienes del que se convirtiera del cristianismo al judaísmo. El matrimonio entre un hebreo y una cristiana o viceversa fué considerado adúltero. En el matrimonio entre hebreos se suprimían los ritos y prácticas israelitas.

Un siglo más tarde se impedía a los hebreos tener siervos o esclavas cristianos; se les excluyó de toda función administrativa aunque fuera municipal; se interdió la edificación de nuevas sinagogas; se impuso a los abogados el juramento de fe católica. Después, bajo Justino y Justiniano, los hebreos no podían ser ni militares ni profesores; se les declaró incapaces de testimoniar contra un ortodoxo y si eran de la secta samaritana, inhábiles para cualquier testimonio; se dispuso la demolición de las sinagogas de los samaritanos y, por último, todo no bautizado sufría la confiscación de todo bien mueble o inmueble, sufriendo, además, penas de prisión o de exilio.

En el Medioevo todas estas medidas se agravaron: el libre ejercicio de la medicina les estaba vedado y se exponían a severas penas si asistían enfermos cristianos y aun la asistencia de un hebreo se declaraba un medio ilícito de curación.

Por esta breve enumeración, podemos ver que todo el plan de legislación antisemita del Tercer Reich está calcado de las muy antiguas proscripciones que pesaron sobre el pueblo hebreo en las épocas más sombrías de la historia del mundo. Todavía una última comprobación. Después del reciente estallido de violencia antisemita en el Tercer Reich —a raíz de la muerte del agregado a la embajada alemana en París—, estallido cuya brutalidad inenarrable supera a cuanto fuera posible imaginar, los judíos que tenían algo, fueron obligados a vender sus bienes a los arios puros y a reparar de su peculio los destrozos que los mismos nazis habían hecho en sus casas y en sus comercios.

Vendieron por lo que les daban, pero no podían sacar el dinero del Tercer Reich. Es decir, fueron lisa y llanamente robados después de haber sido apaleados.

Es la reproducción, aumentada, de lo que ocurrió, por ejemplo, en España a fines del siglo XIV, bajo el terror de la Inquisición: en un plazo perentorio miles de familias judías tuvieron que deshacerse de sus bienes, pero se les impidió exportar el oro resultado de sus ventas.

A distancia de siglos, dos pueblos, el español y el alemán, racial y culturamente distintos, fanatizados por una ideología absurda, surgida en medio de desastrosa situación económica y social, reproducen el mismo hecho: violencia física y moral, despojo y asesinato del judío.

Es en los momentos de graves crisis histórica y social, que el mundo presencia y repite el espectáculo de estas persecuciones y asesinatos en masa. Todas las formas más elementales de la convivencia y del respeto a la persona humana, a la dignidad del hombre, sucumben ante el estallido y el desborde de la brutalidad.

¿Quién habla de la usura y de la banca judía con desprecio? El usurero y el banquero no judío. ¿Quién habla del bajo salario, de las condiciones de trabajo insalubre, de la técnica imperfecta y de la mala materia prima con que se elabora una mercancía destinada a una competencia ruinosa en el mercado, elementos con que el industrial judío ensayaría la conquista de los consumidores incautos? El industrial no judío. ¿A quién se imputa la situación desastrosa de las clases medias, de los profesionales liberales, del pequeño comercio? A los judíos. ¿Quién habla de que el judío es inepto para labrar la tierra —un pueblo que fué precisamente, pastor y agricultor desde sus orígenes— y sí sólo capaz de atesorar, en el sentido de guardar metálico, para con él exprimir al necesitado de dinero, cobrando intereses usurarios? Los agricultores no judíos —los bolicheros no judíos— que extorsionan al colono y lo roban en el peso, la medida y el precio.

No hay antisemitismo, vuelvo a repetir, sin antagonismo de intereses.

Pero hay que disfrazar este interés, hay que disimular los motivos reales bajo una apariencia racial, sentimental, reli-



giosa. En una palabra, hay que crear el mito del judío perverso, explotador, confabulado para dominar y someter el mundo con su oro.

Y la gran masa que no analiza —que no escudriña y busca la causa de los fenómenos que le afectan, que no penetra en los motivos de su propia angustia económica y moral—, se deja seducir e impulsar en esta guerra al judío, a quien se imputa su miseria y su desazón.

Es en los momentos de grave crisis de los sistemas sociales, cuando aparecen y florecen todas estas ideologías, que encubren motivos puramente materiales.

Si el mundo no reconstruye sus fundamentos, si no elimina las causas de las crisis, que nos llevan a la guerra y, también, al fascismo y al antisemitismo, no habrá ni verdadera paz social, ni verdadero progreso social.

Los judíos deben incorporarse a esta lucha por el bien, que es inseparable de la libertad, de la justicia social y del más alto respeto por el hombre.

Tenemos en nuestro país una gran tarea por delante. La infiltración nazi —inseparable del antisemitismo— es un hecho y de proyecciones muchas veces más vastas y más graves de los que pudiera suponerse.

El Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, que me honro en presidir, lo ha denunciado repetidas veces, sin que las autoridades hayan tomado medida alguna.

Recién hace pocos días que el Presidente de la República ha intervenido a raíz de denuncias enviadas a su propia casa. Hay que disponerse a luchar por la independencia de la nación y de los hombres que la componen.

En esa lucha, el boycott contra los productos totalitarios juega el papel esencial. Incito a todos los que han tenido la paciencia de escuchar esta modesta exposición, a incorporarse a la obra que realiza ya con eficacia la Comisión de Boycott.

Será la forma práctica de hacer antirracismo y de contribuir no sólo a salvaguardar nuestra estructura democrática, hoy tan vacilante, sino también a abatir el monstruo fascista y totalitario.



Si todas las fuerzas libres del mundo —y en particular las masas trabajadoras— hubieran organizado un inteligente boycott a los productos totalitarios, hace ya tiempo que Alemania e Italia habrían entrado en crisis.

Ambos países viven una situación insostenible, la quiebra de la economía totalitaria es la bancarrota del sistema, y el poderoso aparato de agresión y de muerte creado a expensas del hambre, del dolor y de la esclavitud de su pueblo se volverá contra ellos, cuando el pueblo alemán e italiano sean llamados a lanzarse a la guerra contra los pueblos vecinos.

Una inteligente política de las naciones democráticas, habría, tal vez, evitado la tragedia de la guerra.

Pero el egoísmo de las clases ultra-conservadoras ha preferido la ilusión del apaciguamiento, con tal de mantener sus privilegios, a la verdadera paz, que es hoy, más que nunca, inseparable de la democracia social, única garantía de la libertad para el hombre y la futura humanidad.

Con la democracia social el antisemitismo y el racismo dejan de ser un problema, porque encuentran su total solución en el libre desarrollo de la personalidad humana y en la supresión del antagonismo que los genera en esta sociedad de clases.

## LA GUERRA

*(Los problemas que plantea al hombre y a la convivencia)*

*Discurso en la filial de Santa Fe, marzo de 1941*

Los problemas del hombre y los problemas del mundo se han vuelto más agudos con la guerra.

No vamos a hacer, en este momento, el enfoque del problema individual.

Aun los que crean que su paso por el mundo —instante fugaz frente a la eternidad que esperan— será tanto más digno de la redención cuanto mayor haya sido el precio que pagaron por ella en sufrimientos, aun esos, sentirán en lo más hondo de sus vidas la angustia que provoca esta horrorosa tragedia del mundo.

Y la sentirán, porque el hombre no puede aislarse del mundo; no puede dejar de percibir la vibración y el dolor de los otros hombres, como no puede dejar de percibir la alegría y la esperanza de los otros hombres.

Y de esa alegría y de esa esperanza, de esa angustia íntima y profunda, que cada uno cree única, es que está hecho este desasosiego interior, esta perturbación espiritual que caracteriza a los hombres de nuestro tiempo.

Pero las raíces de esa turbación interior se nutren en el suelo convulsionado y áspero del mundo. Por eso es difícil y es, en cierto modo, artificial y arbitrario, contemplar separadamente el problema del hombre y el problema del mundo.

Ambos tendrán su solución simultánea porque ambos son solidarios en su génesis y en su desarrollo y se influyen recíprocamente.

En un mundo que sangra, que destruye la vida de los hombres y la riqueza que los hombres crean con su esfuerzo inteligente, que oprime al débil y al inerte, que hace distingos entre razas superiores e inferiores para brutalizar, perseguir y explotar a las últimas en beneficio de las primeras; en un mundo así, toda conciencia honesta y limpia se siente torturada e infeliz aunque tenga a su alcance todos los bienes materiales imaginables y apetecibles.

En un mundo entregado al trabajo creador, a la investigación científica en todos los campos, a la elaboración de una cultura humana y libre, aun la conciencia más torturada encontrará un lenitivo a su tortura en el límpido vigor de la vida colectiva que le rodea y de la cual se sentirá íntimamente solidario.

El hombre es tanto más hombre cuanto menos se encierra en sí mismo; cuanto más se confunde con su ambiente social y cuanto más se identifica en la vida múltiple del mundo.

Precisamente lo opuesto de lo que sostienen las filosofías existencialistas e idealistas, para quienes la plenitud sólo se logra por la introversión del ser.

Sólo en la permanente interacción humana cobra sentido el viejo aforismo de Protágoras, el filósofo griego: "El hombre es la medida de todas las cosas". Ese hombre es el que plasma con su tensa y constante actividad la vida de su pueblo y de su nación.

El hombre que quiere sustraerse por comodidad, por incompreensión o por temor, a la acción imperativa a que obliga el instante trágico y decisivo que vive el mundo, conspira contra sí mismo y labra su infortunio. Ninguna vida puede aspirar a la plenitud en un mundo de esclavos y de explotadores.

Debe incorporarse a la brega con los otros hombres para afianzar la justicia en el mundo, el respeto de la persona humana en toda su integridad física y moral.

El hombre no puede resolver su problema interior si no contribuye con su acción a resolver primero los grandes problemas sociales y políticos que han traído esta guerra como antes trajeran, a su vez, la guerra de 1914.

No hay que cerrar los ojos a la realidad y a la evidencia históricas.

El peor servicio que se le puede hacer al hombre y al mundo de los hombres, es empañar su visión de los acontecimientos con la niebla del prejuicio y con la pirotecnia de las grandes frases vacías de contenido y de sentido.

Las causas de esta guerra están en la estructura misma del mundo social, como en ella estaban las causas de la guerra del catorce.

Y hasta puede sostenerse que esta guerra no es sino la continuación de aquella, a través de veinticinco años de sufrimientos para el pueblo que ha de hacer la guerra y pagarla con su vida y su miseria.

El nazi-fascismo ha desembocado en esta guerra por que no tiene otra salida que la agresión. Con ella quiere dar a sus propios pueblos envilecidos y hambrientos, la esperanza de conseguir un alivio a su miseria y para ello ha creado la teoría peregrina, sino fuera trágicamente cínica, del espacio vital.

Pero las democracias de la Europa occidental, la Inglaterra y la Francia de Munich, habían mirado con secreta simpatía el crecimiento de esa fuerza que pensaron utilizar y canalizar contra la Rusia Soviética.

Por eso hicieron Munich y entregaron Checoslovaquia. Por eso dejaron ahogar en sangre al heroico pueblo de España republicana, que al librar su batalla por la libertad no sólo luchaba por la democracia española, sino por la del mundo, amenazada por la ineptitud de sus falsos sostenedores.

El terror a Rusia impulsó a los falsos demócratas a auspiciar el crecimiento del nazi-fascismo y hasta a armarlo, como está probado que lo hizo Inglaterra con Hitler y a sostener el régimen tambaleante de Mussolini durante la campaña de Abisinia, como lo hicieron Inglaterra y Francia a pesar de la farsa de las sanciones.

El nazi-fascismo es abominable y criminal, es la forma más infamante de opresión y escarnio del hombre, por una oligarquía financiera dueña de la nación.

Pero no es menos abominable este falso democratismo de las oligarquías plutocráticas de occidente, para quienes

ha pesado más, en su conducta, la conservación de su privilegio que la suerte y la vida de los pueblos.

Hay que llamar a las cosas por su nombre. Inglaterra ha tenido que hacerle frente al nazi-fascismo, no porque estuvieran en peligro la civilización, el derecho y la justicia, sino por que estaba en peligro su propia existencia como imperio.

¿Acaso el señor Churchill, cabeza visible de esa resistencia, no había manifestado públicamente, hace algunos años, sus simpatías hacia el régimen fascista mussoliniano y lady Astor la suya hacia el hitlerismo?

¿Acaso el señor Roosevelt no mantuvo el embargo de armas contra España republicana y contra China, a pesar del clamor de los demócratas del mundo?

¿No estaban, acaso, entonces ya en peligro la democracia y la civilización, el derecho y la justicia?

¿No habían sido agredidos dos pueblos heroicos y magníficos por la violencia nazi-fascista?

¿No se habían, acaso, conculcado y beñado las normas más elementales del derecho internacional y del derecho que tienen los pueblos a su autodeterminación?

Es que se pensaba, todavía, en la posibilidad de llegar a un entendimiento con el nazi-fascismo agresor, para una nueva repartija del mundo, a expensas de los pueblos coloniales y de las naciones más débiles.

Pero los acontecimientos históricos tienen su lógica y su ley. A las fuerzas de destrucción que la complicidad de los tartufos de la democracia había contribuido a poner en marcha, ya no fué posible detenerlas.

Y la guerra sobrevino y con ella el sacrificio de los pueblos. Había que oscurecer la conciencia de esos pueblos sobre las causas verdaderas y profundas de la masacre. Comienza entonces la tupida maraña de embustes y sofismas recíprocos, difundidos por las agencias noticiosas trustificadas al servicio de uno y otro bando.

Así se hace la guerra moderna: con las armas y con la prensa venal y subordinada a los intereses en lucha.

Frente a esta realidad tremenda y dolorosa que los pueblos viven, los hombres honestos y libres no pueden permanecer ni en el silencio ni en la inacción.



La tragedia de Europa y de Asia es aleccionadora para nosotros.

Cuando el pueblo deja de tener ingerencia en su propio gobierno, se han dado las premisas para que ese mismo pueblo sea esclavizado por una minoría pretendidamente selecta y superior.

El ejemplo de Francia es de una fuerza de convicción incontrastable. Después de Munich, Francia entró prácticamente en un fascismo mal disimulado. El movimiento más democrático y más genuinamente popular fué perseguido y destruido. El pueblo francés tuvo la sensación de que en su destino histórico se abría un paréntesis sombrío.

Por eso fué a la guerra sin entusiasmo y sin ese estado de ánimo necesario a todas las grandes empresas colectivas.

Sabía, de antemano, que sería entregado por una oligarquía que prefería salvar sus privilegios a costa de la vida y la libertad de su propio pueblo.

Francia estaba ya vencida por la vileza de su clase dirigente, antes de que la ofensiva nazi se desatara sobre la tierra de la gran Revolución y de la Comuna.

Y así ha surgido el gobierno de Vichy, de esa entrega. Y así ha surgido el grupo de París con Laval y Deat a la cabeza, más descaradamente traidores a sus pueblos que el viejoriscal Petain, pero igualmente reaccionarios y antisemitas.

El nuevo orden de Francia es copia y adaptación del régimen bestial que el nazismo impuso a la Alemania vacilante de Weimar.

Ha reeditado todas sus normas y medidas económicas y políticas, y ha establecido la misma legislación racial antisemita.

Pronto llegará lo inevitable: el despojo brutal, el asesinato y el campo de concentración para el judío, como ya ha llegado para los verdaderos demócratas franceses, que pagan con la cárcel su fidelidad a las concepciones básicas de la Francia de la Revolución y que pagan con la vida su repudio al invasor.

Y lo que ha ocurrido en Francia, ha pasado, también, en Rumania. Entregada al nazismo por su oligarquía feudal y militar, una de las primeras manifestaciones del nuevo orden fué la matanza de judíos en Bucarest.



Desde que el nazismo sojuzgó a Rumania, con la complicidad de sus castas reaccionarias, más de noventa mil judíos y rumanos libres han sido asesinados.

Y lo que ha ocurrido en Polonia es inenarrable.

El sufrimiento físico y la vejación moral de todos los pueblos ocupados por el nazi-fascismo, está más allá de toda descripción y de toda calificación.

Esto debe abrir los ojos a los demás pueblos.

Cuando en una democracia se comienza por imponer al pueblo restricciones a los derechos elementales, se entra ya en el camino del nazi-fascismo.

Con el pretexto de combatirlo se le abren de par en par las puertas, porque es necesario no olvidar que en cada país hay un nazi-fascismo autóctono, representado por las clases reaccionarias que hacen de aquél un bien privado y propio cuyo usufructo les corresponde.

Aquí lo tenemos. Contra él es necesario luchar porque él será el entregador del país a la voracidad de los imperialismos agresores.

La mejor manera de defender la democracia es hacerla más real y efectiva; es decir, dar al pueblo una participación cada vez mayor en la elaboración de su destino histórico.

Es con el ejercicio de la libertad que la libertad se afianza y se perfecciona y los hombres hacen de su convivencia una noble empresa de superación colectiva, inspirada en la solidaridad y la justicia.

En un ambiente así no pueden prosperar el nazi-fascismo ni el odio de razas.

Es por ello que debe afirmarse que la lucha contra la persecución racial es inseparable de la lucha contra el nazi-fascismo y por una democracia integral.

El peligro de la infiltración nazi-fascista aumenta en la misma medida en que la reacción oligárquica argentina va liquidando las libertades elementales de nuestra convivencia civil y política.

Desde que fundamos el Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo en 1937, denunciábamos sistemática y públicamente la existencia de una vasta infiltración nazi-fascista.

Lo denunciarnos al gobierno y lo denunciarnos al pueblo. Denunciarnos y dimos las pruebas de que esa infiltración contaba con el apoyo de personas colocadas en altos puestos de la administración pública, ministerios y policía.

Denunciarnos que el dinero que el pueblo paga con el impuesto, servía para financiar órganos anti-democráticos que conspiraban contra la estabilidad institucional y auspiciaban el odio racial y la persecución al judío.

Han transcurrido más de tres años y esos periódicos siguen recibiendo la misma subvención, bajo la forma de avisos bien pagados, como acaba de probarse en la interpelación al Ministro del Interior, por el Dr. Julio V. González, diputado socialista y el Dr. Manubens Calvet, diputado radical.

Denunciarnos hace más de dos años en "Contra", órgano del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo, la infiltración en Misiones y elevamos una nota al Ministro del Interior.

Ni el gobierno ni la prensa se hicieron eco de nuestra denuncia. Sólo más de un año después de estallada la guerra, y bajo la presión de la embajada inglesa, el gobierno inicia una investigación que comprueba nuestras afirmaciones sobre la gravedad y la magnitud de la infiltración nazi que contaba con el apoyo de funcionarios de diversas categorías.

Hace muy poco, en el mes de enero o febrero, el diario "La Prensa" envió un corresponsal a Misiones y publicó una serie de artículos confirmando lo que nuestro Comité había sido el primero en denunciar, es claro que sin recordar nuestra denuncia.

Ninguna medida eficaz se ha tomado para contrarrestar esta acción anti-argentina; como ninguna medida se tomó contra las escuelas de La Pampa.

En cambio se toman medidas contra instituciones y organismos que defienden celosamente la autonomía de la República, pero que sostienen a la vez una tenaz campaña por la elevación moral, material y cultural del pueblo argentino.

Se reproduce, pues, en nuestro país lo que ha ocurrido en otros y cuya consecuencia fatal es la entrega del poder al nazi-fascismo.

Y ustedes saben lo que significa el nazi-fascismo en el poder: miseria, opresión, indignidad moral, agresión, odio de razas, esclavitud y servidumbre del pueblo.

Pero —vuelvo a insistir— no nos dejemos engañar creyendo que el peligro nos viene sólo de fuera.

Hay un nazi-fascismo autóctono, criollo, que reivindica la figura opaca y siniestra de Rosas y que bajo la máscara de un exaltado nacionalismo, oprimirá y explotará al pueblo argentino, perseguirá a los judíos, levantará hogueras en la plaza pública para quemar las obras de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, de José Ingenieros y Juan B. Justo, de Lisandro de la Torre, Agustín Alvarez y Aníbal Ponce —como ya lo hicieron en la Alemania nazi y en la España franquista, con las obras de los genios que alumbraron con su luz el camino sombrío y doloroso que jalona la lucha por la libertad y la solidaridad de los hombres.

¿Frente a esta realidad inquietante que el país nos ofrece, cuál es nuestra tarea inmediata y primordial? Luchar contra las corrientes y tendencias totalitarias y autóctonas; defender obstinadamente la estructura institucional de la República, para mejorarla y para hacer una realidad las palabras del prólogo de nuestra carta fundamental.

Esta lucha lleva implícita la lucha contra el odio de razas.

En esta lucha nadie puede estar ausente. En ella se juega el destino histórico del país y la posibilidad de una convivencia armónica en el suelo argentino, liberado de la oligarquía que lo envilece y liberado de los imperialismos voraces que frenan nuestro desarrollo económico y social.

Y digo que nadie debe estar ausente en esta lucha por la efectiva democratización de nuestra vida social y política, pensando en primer lugar en los judíos. Sé muy bien que hay una vasta corriente judía que responde al sionismo.

No voy a analizar en este momento, si ella puede o no traer la liberación del judío y dar fin al odio de razas.

Lo que planteo a los judíos sionistas no es que dejen de serlo, sino que viviendo en nuestro país y aun siendo sionistas, tienen la obligación imperiosa de participar en nuestra vida política en defensa de una verdadera democracia, que será, entre nosotros, el mejor antídoto contra el veneno racista.

En esta tarea de esclarecer la conciencia del pueblo argentino sobre el problema racial, necesitamos la cooperación de todos los hombres de buena voluntad, judíos y no judíos.

Seguramente hay aquí más de un judío viejo que me escucha. Ellos deben dar el ejemplo a los jóvenes en esta lucha por la dignidad humana, frente a la monstruosidad criminal del racismo.

Hace poco asistí en Montevideo a una exhibición de "El Gran Dictador", la magnífica película de ese genio del cine que es Carlitos.

Lo que más me conmovió, fuera de la patética invocación final contra la guerra, fué la escena tremenda, macabra, infernal del pogrom de Berlín.

Pero fué, a la vez, lo que más alentó mi esperanza en esta lucha contra la bestia parda.

En el viejo patio estaban reunidos los judíos: niños, mujeres, hombres, a la espera del asalto vandálico.

Un viejo, el más viejo de todos, se levanta, cuando oye el rumor lejano de la horda nazi que avanza y, ante el terror de todos, les dice estas palabras que fueron para mí como un augurio: ¡es necesario defendernos, de todos modos tenemos que morir!

¡Sí señores, es necesario defendernos y al defendernos salvaremos la dignidad del hombre y el destino del mundo!

## LA OBRA DEL COMITE CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO Y SUS CRITICOS

*Junio de 1941*

Podemos en este 19 de julio —jornada de la fraternidad de las razas y de la solidaridad de los pueblos— hacer un examen crítico de nuestra obra y de nuestra posición.

Ello es tanto más necesario, cuanto la guerra ha creado un desconcierto, en mucha gente honesta, en materia de problema racial.

Ese desconcierto está siendo aprovechado por ciertos sectores para llevar una ofensiva contra nuestro Comité, a la que se suma —y seguramente que con el beneplácito de aquellos— una recia ofensiva policial que tiende a paralizar nuestra actividad.

Estamos dispuestos a persistir en nuestra tarea con el mismo entusiasmo de la primera hora y con las mismas directivas que entonces nos trazamos. Nuestra declaración inicial es bien clara.

Ha sido ratificada y ampliada en los debates del primer Congreso Antirracista celebrado en agosto del 38.

Ratificada, porque todo el temario del Congreso en ella se inspira. Ampliada, porque del Congreso salieron normas de acción colectiva en la lucha contra el racismo, que no habían sido, todavía, contempladas en nuestra declaración inicial.

Toda nuestra acción se concreta en dos cuestiones fundamentales: crear una conciencia antirracista en el pueblo argentino y luchar contra la infiltración nazi-fascista en el país.



Al desarrollar su ponencia en el Congreso sobre el tema: "Organización de la lucha contra el racismo y el antisemitismo y la defensa de la cultura y de la democracia", el doctor Gómez Masía dijo: "Antirracismo es antifascismo, en los actuales momentos históricos".

Después de la guerra, después de la entrega de Francia, eso es más cierto todavía.

Y el Congreso, al votar las resoluciones de la sexta comisión, declaró, entre otras cosas:

1º Que la prédica racista encubre propósitos de expansión imperialista que comprometen la independencia política y económica de los países latino-americanos; que es aliada inseparable de las ideas opresivas y anti-democráticas sustentadas por los países totalitarios; que representa un peligro para la paz internacional y para el orden nacional interno;

2º Que los gobiernos de los países democráticos, en defensa de los intereses vitales de la nacionalidad, están en el deber de poner coto a la infiltración racista;

3º Que el racismo y el antisemitismo son armas de la reacción para destruir las normas jurídicas de las democracias y distraer al pueblo oprimido y exaccionado sobre las verdaderas causas de su situación.

Es sobre estas resoluciones y las otras que integran la labor del Congreso, en los diversos aspectos del problema racial, que hemos trabajado y seguiremos trabajando desde nuestro Comité.

Reseñar lo que hemos hecho ocuparía mucho espacio. Quien quiera enterarse puede revisar la colección de "Contra" y de "El Corresponsal Argentino" así como las circulares internas que dan cuenta de la actividad del Comité.

No queda casi un rincón del país adonde la voz de nuestro Comité no haya llegado.

Sin jactancia podemos afirmar que nadie ha abordado el problema racial con más hondura y con más amplitud.

Y, extraña paradoja, los que nada hicieron, los que regatearon su esfuerzo a esta obra nuestra, los que afirmaron que no había tal problema racial entre nosotros, se erigen, ahora, en censores airados de nuestra acción y lanzan a todos los vientos la especie calumniosa de que hemos abandonado nues-



tro anti-nazismo, porque no hemos hecho causa común con su anglofilia, en la guerra que ensangrienta y envilece al mundo.

En esto radica la razón de la ofensiva de los anti-fascistas de última hora contra nuestro Comité.

Es a partir de Munich que las cosas se hicieron claras, para quien no estuviere cegado por el interés, el odio de clase o la estupidez.

Munich fué la gran misa de réquiem de las democracias del occidente europeo; mejor, fué la culminación de un largo y meditado proceso de traición y de entrega: China, Etiopía, España, Austria y por fin Checoslovaquia.

El problema racial no desaparece con la guerra. Por el contrario cobra una magnitud y un sentido insospechados.

Contra lo que se ha propagado, interesada y falsamente, el antisemitismo y el racismo no son ni una creación ni un patrimonio nazi.

El racismo y el antisemitismo son consustanciales a toda ideología reaccionaria, claro está que con una raigambre de intereses.

La Francia de los Petain, Darlan, Weygand y Laval, es tan antisemita como el Tercer Reich. No tardará, si las circunstancias le son propicias, en caer en la misma brutal y criminal agresión que el nazismo.

En Inglaterra como en Norteamérica hay fuertes corrientes racistas y antisemitas que han influído en la política de ambos países.

¡Que lo digan los pueblos coloniales y los negros!

Nadie ignora —aunque muchos finjan ignorarlo— que Inglaterra ha exaltado el antisemitismo de los árabes.

Nadie ignora que recientemente, miles de judíos, que intentaron refugiarse en Palestina, hallaron la muerte ahogados, por no haber permitido las autoridades inglesas su desembarco.

Tres vapores: el "Salvator", el "Patria" y el "Pentcho", se hundieron pereciendo 2.500 judíos.

Otros dos vapores: el "Pacific" y el "Miles", con 1.772 judíos, fueron obligados por las autoridades inglesas a abandonar Palestina.

A pesar de todo, hasta ahora, nadie ha igualado sin embargo, la brutalidad, el sadismo, la crueldad y la furia nazi en su persecución racial.

Sería inexacto afirmar que todos los judíos ricos son anti-nazis porque el nazismo los ha despojado.

Pero es verdad que con el apoyo de algunos plutócratas judíos tuvo auge e impulso el movimiento nazi, como tuvo el señor Hitler, una vez en el poder, el apoyo de la plutocracia inglesa.

Únicamente las masas populares son anti-nazis consecuentes y no es de esas masas populares de donde saldrán gérmenes de antisemitismo y de racismo.

Es en las capas reaccionarias, mal llamadas nacionalistas, donde se incubaba el sentimiento antisemita y racista.

Es éste el antisemitismo autóctono, que compartieron tanto los nazis criollos de "Afirmación Argentina", como muchos anglófilos criollos de "Acción Argentina".

En nuestra declaración sobre la guerra hemos afirmado que la manera de impedir el surgimiento de todo movimiento racista y anti-judío, es asegurar la mayor libertad interior y el pleno ejercicio de la soberanía popular.

Es, también, la única manera de impedir la infiltración nazi-fascista.

El panorama político de nuestro país es una prueba de tal aserto.

Con un gobierno oligárquico que menosprecia en absoluto la soberanía popular; que ha suprimido, prácticamente, los derechos elementales de reunión y de propaganda a los sectores más consecuentemente democráticos; que deja cometer, a una policía desorbitada, toda clase de arbitrariedades contra los hombres más progresistas y más celosos de la independencia del país, no hay ninguna garantía de que el nazi-fascismo importado pueda ser combatido.

Vivimos en realidad en una atmósfera de nazi-fascismo criollo, que se parece al otro como una gota de agua a otra gota de agua.

Nuestro Comité se ve impedido de realizar cualquier acto público, y hasta permisos para reuniones de carácter interno han sido denegados.

Los nazi-criollos, realizan, en cambio, toda suerte de manifestaciones en que denigran las instituciones del país y propagan su ideología racista, con beneplácito policial y del Ministro del Interior.

¡Y eso que el Ministro del Interior, según es público y notorio, es amigo de algunos judíos calificados!

Estos hechos deben hacer reflexionar a los judíos. En este ambiente el racismo y el antisemitismo cobrarán pronto una magnitud alarmante.

De nada vale denunciar la infiltración nazi, señalar la complicidad de entidades oficiales con esa tendencia

Es necesario librar la gran batalla por afianzar un clima de libertad y de respeto a la persona humana dentro de nuestras fronteras.

Ello será el mejor antídoto contra toda infiltración y contra toda complicidad con la barbarie nazi, de parte de los elementos reaccionarios del país.

Los judíos que creen que el triunfo de Inglaterra —que no será en manera alguna el triunfo del pueblo inglés mientras la guerra no cambie de contenido— solucionará el problema racial, aun dentro de nuestras fronteras, padecen una grave ilusión.

Debemos afirmar categóricamente nuestra posición: sólo una verdadera y efectiva democracia argentina puede evitar el espectáculo denigrante y criminal de la persecución racial.

Que cada pueblo de América y del mundo haga suyo este postulado y los judíos dejarán de necesitar la protección del gobierno de Su Majestad Británica.

Nuestro antirracismo es inseparable de una lucha franca contra la reacción, porque en toda reacción se incuba la persecución racial, el odio al judío y el menosprecio al pueblo que trabaja.

Es en estas normas de acción, en el sentido de una amplia y progresiva libertad económica y política, que se inspira la obra de nuestro Comité.

Sólo la pequeñez de cierta gente, pequeñez moral, mediocridad intelectual, servilismo a los intereses creados que ensangrientan al mundo, puede afirmar que nuestro Comité dejó de ser lo que fuera en un comienzo.

Es hoy —precisamente en los momentos más tremendos— tan anti-nazi, como ayer. Y porque lo es se ve coartado en su acción por un gobierno oligárquico, que, en cambio, deja hacer a los nazis extranjeros y criollos todo lo que se les ocurre.

Esos son los hechos. Esa es la realidad que vive el país y en medio de la cual nos toca actuar.

Nuestro Comité ha obrado, desde el comienzo hasta hoy, con absoluta coherencia de propósitos y con absoluta solvencia moral.

En sus casi cuatro años de vida, en medio de una estrechez económica permanente, el Comité ha hecho algo por esclarecer la conciencia del pueblo argentino en el problema racial.

No todos pueden decir lo mismo, aun aquellos que tienen la obligación imperiosa de hacerlo.

## PALABRAS INAUGURALES DEL TERCER CONGRESO CONTRA EL RACISMO Y EL ANTISEMITISMO

*Rosario, octubre de 1941*

Por tercera vez en sus cuatro años de existencia, nuestra entidad reúne en Congreso a sus filiales, para discutir temas de importancia fundamental.

Nos será preciosa la contribución de todos los que desde el año 37 forman la avanzada de este movimiento de genuina raigambre popular y humana.

Nos será preciosa, también, la contribución de las muchas instituciones aquí representadas o adheridas, que sin integrar nuestra entidad, apoyan nuestra obra y perciben, claramente, que la solidaridad de los elementos democráticos del país es condición indispensable para el ejercicio de la más amplia libertad y para destruir en germen todo intento de racismo, expresión, a su vez, de la más ignominiosa y monstruosa agresión a la persona humana.

Nos reunimos en un momento cuya gravedad para el destino del mundo es evidente.

La sociedad atraviesa la crisis más profunda desde que existe.

Las normas más elementales del respeto al valor humano, a la vida humana, han sido declaradas caducas.

Un sentimiento brutal de agresión y de menoscipio constituye el centro de toda la actividad nazi-fascista.

Agresión y menoscipio del hombre, agresión y menoscipio de los pueblos.



El nazi-fascismo, saturado de impulso bestial y cavernario, es la forma colectiva de la delincuencia hecha sistema y norma de vida.

Allí donde el nazi-fascismo logra hacer pie y dominar en la vida social, allí aparecen las formas más brutales, odiosas, denigrantes y a la vez cobardes de envilecer al hombre y afeard la vida.

La lucha contra el nazi-fascismo es el primer deber de todo antirracista. Porque el racismo —fuera de otras monstruosidades flagrantes— es el primer postulado del nazi-fascismo.

Ahí está, para probarlo, el ejemplo reciente de Francia. Entregada y vendida por sus clases privilegiadas, incorpora como fundamento del nuevo orden la persecución racial con la misma saña que el Tercer Reich.

Debemos defender con toda energía nuestro patrimonio liberal y democrático contra el nazi-fascismo asesino y brutal. Y debemos defenderlo contra el nazi-fascismo importado y el autóctono, si no queremos padecer en carne propia el horror de la dominación nazi-fascista que nos convertiría en ex-hombres.

El temario de nuestro Congreso, comprende los puntos esenciales que tienen relación con nuestra actividad específica de organismo que lucha por la igualdad de los grupos étnicos en la vida civil argentina. La sana doctrina liberal, democrática, progresista, que nuestra carta fundamental establece, desconocida hoy por el propio Poder Ejecutivo, so pretexto de defender al país, es nuestro mejor apoyo.

No se trata de un Congreso más, especie de torneo académico intrascendente, porque no nos reunimos para especular abstractamente sobre el racismo y sus derivaciones. Nos reunimos para reflexionar sobre graves problemas, con el propósito de darnos normas de acción para solucionarlos.

En nombre del consejo directivo y de la junta ejecutiva del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, declaro inaugurado el Tercer Congreso y me complace en saludar a los señores delegados y entidades adheridas, formulando los mejores augurios por la serenidad y la fecundidad de las deliberaciones del Congreso.



## PANORAMA POLITICO DEL PAIS. — POBLACION E INMIGRACION

*Ponencia al tercer Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo, octubre de 1941*

No es al azar que la junta ejecutiva del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, ha elegido a la ciudad de Rosario para realizar el acto de esta noche.

Aquí ha surgido, hace poco, por iniciativa de hombres dignísimos, un movimiento que ha de tener honda repercusión en la vida política e institucional de la República.

Me refiero al Frente de la libertad y la democracia saludado con júbilo por los demócratas de verdad de todo el país.

Aquí nació y vivió y dió impulso a un gran movimiento político progresista aquel grande hombre que fué don Lisandro de la Torre.

Y aun cuando en el Frente de la libertad y la democracia hay hombres de diversa ideología política, unidos por un común sentimiento anti-nazi-fascista, puedo afirmar, sin desmedro para los grandes ciudadanos que bregaron por una democracia progresiva en nuestro país, que ninguno como don Lisandro de la Torre puede auspiciar, por imperio de su obra, la cruzada que ese movimiento inicia, en esta hora incierta y turbia para el destino y la vida de nuestro país y del mundo.

Con este acto, nuestra entidad que lleva ya cuatro años cumplidos de acción, por esclarecer la conciencia del pueblo argentino en el problema racial, problema utilizado por la reacción mundial nazi-fascista como arma para embrutecer a los pueblos, con este acto, repito, nuestra entidad quiere testimoniar públicamente su adhesión al gran movimiento de li-

beración nacional iniciado aquí, y a la vez rendir tributo a la memoria de de la Torre, el primer firmante de nuestra declaración inaugural y cuya figura se agiganta en medio al desconcierto, a la mediocridad, a la chatura de nuestros hombres de gobierno.

Teníamos, pues, motivo sobrado para realizar la convención nacional de nuestra entidad en esta ciudad de Rosario.

Y este acto forma parte de esa convención.

Es así como la síntesis de lo que serán nuestras deliberaciones sobre algunos de los graves problemas que necesita resolver el país.

Y que necesita resolver con un sentido a la vez nacional y humano, es decir, progresivo, amplio, de superación y no de estancamiento o retroceso; que contemple la perspectiva histórica que es de dignificación y de liberación de la vida del hombre y no con el criterio cavernario, retrógrado, bárbaro, con que nuestro gobierno oligárquico y huérfano de calor popular se empeña en resolver.

Un gobierno se divorcia de su pueblo cuando deja de buscar en las necesidades de ese mismo pueblo, los motivos de su conducta.

Y ese divorcio se agrava, además, cuando ese mismo gobierno utiliza como instrumento normal de su gestión diaria, el decreto apresuradamente urdido para dar apariencia legal al discrecionalismo y a la arbitrariedad permanente que comporta su menosprecio por la voluntad, los sentimientos y las aspiraciones populares.

Prácticamente el gobierno está fuera de la Constitución.

Vivimos en un estado policial. Y sólo por fórmula podemos decir que integramos un país regido por un sistema republicano, representativo y federal.

Tenemos que manejarnos con esta dolorosa y deprimente realidad política y arbitrar los medios de modificarla para volver a las normas que la Constitución establece.

Es esta una cuestión previa de cuya solución depende, a su vez, la solución de los grandes problemas que agobian la vida del pueblo argentino y retrasan el desarrollo histórico de la Nación.

La oligarquía latifundista que des gobierna al país ha cometido dos crímenes de lesa patria. El primero fué la entrega del país a la rapacidad del imperialismo extranjero. El segundo desaprovechar la coyuntura histórica que significa la actual guerra, para iniciar el movimiento de liberación económica y de rescate de las riquezas del suelo y subsuelo argentino, sin el cual toda nuestra mentada autonomía política es pura ilusión.

Ha hecho, todavía, algo más nefasto.

Ha seguido en materia de política internacional una franca línea nazi-fascista; ha tolerado la infiltración nazi en nuestro país en forma realmente inaudita, como acaba de probarlo la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados de la Nación, y como nuestro Comité lo había reiteradamente denunciado desde hace más de tres años.

Frente a esta realidad política huelgan las disputas de partidos y de sectas. Se impone un entendimiento de todas las fuerzas sanamente democráticas de la Nación.

Sólo así podrá evitarse que un gobierno inepto nos haga engrosar el frente de los esclavos nazi-fascistas, en vez de sumarnos, activamente, al frente mundial de la libertad y de la dignidad.

Ningún antídoto mejor contra el nazi-fascismo que una amplia democratización de nuestra vida política.

Por ese camino comenzaremos recién a dar solución, como dijimos ya, a los angustiosos problemas que de no ser resueltos mantienen al país al nivel de una semi-colonia.

La política reaccionaria del gobierno argentino acaba de recibir una nueva confirmación agravatoria con la creación de la junta de inmigración.

El gobierno sigue una política abiertamente racista y concretamente antisemita.

Y ya saben ustedes que el racismo y el antisemitismo son el arma predilecta de los gobiernos nazi-fascistas.

Somós un inmenso país despoblado.

Todavía hoy es una norma sabia y primordial de buen gobierno el aforismo de Alberdi: gobernar es poblar.

Sobre 2.813.627 kilómetros cuadrados de extensión territorial, vive, o vegeta en ciertas zonas, una población que no supera los catorce millones de habitantes.

Tenemos una densidad de población inferior a cinco habitantes por kilómetro cuadrado, mientras Bélgica tiene doscientos setenta y ocho y aquí, muy cerca nuestro, el Uruguay, pasa ya de los once habitantes por kilómetro cuadrado.

Nuestro crecimiento vegetativo es muy lento. Desde 1923 el índice de los nacimientos ha descendido en forma continua y acentuada.

En 1924 el aumento vegetativo era 18,12 %; en 1934 había disminuído a 13,78 % y en 1938 era sólo de 12,08 %.

¿Frente a esta despoblación progresiva cuál ha sido la política del gobierno?

Agravarla con medidas restrictivas a la inmigración.

Gran parte del crecimiento de nuestro país se debió al aflujo inmigratorio.

Millones de hombres trajeron al suelo argentino, entre los últimos treinta años del siglo pasado y los primeros catorce de este siglo, su esfuerzo inteligente.

Han contribuído a crear nuestra grandeza. En su inmensa mayoría se han identificado con la tierra que les dió acogida, les permitió formar un hogar, tener hijos argentinos, que aman su país y lo quieren libre y próspero.

La ley de inmigración de 1875; la posibilidad de obtener la ciudadanía argentina por la sola residencia continuada de dos años en el territorio de la Nación, según establece el artículo 20 de la Constitución, y la ley Sáenz Peña, que permite el acceso a las urnas a las grandes masas argentinas nativas o naturalizadas, constituyen jalones esenciales en la estructuración de nuestra grandeza y en la creación de una democracia perfectible.

Por eso es que la reacción oligárquica se empeña en destruir esas tres grandes conquistas.

Las tres están prácticamente suprimidas. Ni libertad de inmigración, ni posibilidad de adquirir carta de ciudadanía, ni posibilidad de votar libremente, salvo rarísimas excepciones: he ahí la realidad tremenda que vivimos los hombres de este país.

La cuestión inmigratoria es primordial para el desarrollo de la Nación.

Y lo que nosotros exigimos es que ella sea resuelta de acuerdo a los intereses de la Nación y de su ulterior desenvolvimiento, y no de acuerdo a los prejuicios y tendencias ideológicas o raciales de los hombres de gobierno.

El gobierno sigue al respecto una política racista y concretamente antisemita, hemos afirmado.

Lo que acaba de ocurrir, recientemente, con los pasajeros israelitas de dos barcos españoles: el "Cabo de Buena Esperanza" y el "Cabo de Hornos", es un testimonio irrecusable de esa afirmación.

Al país entra cuanto español falangista, cuanto alemán nazi, cuanto italiano fascista o cuanto francés petainista quiera hacerlo, y son recibidos jubilosamente, sin ninguna encuesta de carácter ideológico o racial.

Por el contrario no entra, sino por excepción, ningún español libre, ningún anti-fascista fuere cual fuere su nacionalidad.

En medio de la tormenta que ha dispersado en Europa millones de hombres y destruido millones de hogares, el gobierno argentino, con una puntillosidad legalista que deja de lado, sin embargo, para cosas fundamentales en que la soberanía popular está en juego, exige una documentación imposible de obtener, por las condiciones mismas que viven los países de origen del inmigrante.

Más aún; los cónsules argentinos tienen orden de no visar documentos de judíos o de gente sospechosa por su ideología liberal o izquierdista.

En la reglamentación dictada al crear la junta de inmigración, el actual Poder Ejecutivo, hace un considerando que pone en evidencia todo el sentido de su política inmigratoria: dice, textualmente, que el perseguido por sus ideas políticas o por su condición racial *no es el inmigrante que contempla la Constitución.*

Con ello el Poder Ejecutivo quiere justificar su política inmigratoria retrógrada, anti-democrática y racista, es decir, abiertamente nazi.



Cuando se recuerda todo lo que el país debe en su crecimiento y en su progreso al aflujo inmigratorio, no deja de asombrar esta política desacertada del gobierno nacional, en cuestión tan fundamental.

Conspira abiertamente contra los intereses del país este criterio selectivo y restrictivo impuesto por el gobierno en materia de inmigración.

En cincuenta años el país pasó de 1.180.000 en 1860 a 6.805.684 habitantes en 1909, gracias a la corriente inmigratoria.

Con ese aflujo comenzó el desarrollo creciente de la agricultura y paralelamente la extensión de la red ferroviaria.

A la inmigración está, pues, vinculada la creación de una de nuestras principales fuentes de riqueza: la agricultura.

A la inmigración se vincularía también, la creación de una sana y vigorosa industria nacional si el aflujo de obreros calificados y de técnicos, hoy más que nunca factible, no se viera obstaculizado e impedido por una política reaccionaria, que no contempla los intereses del país sino los de la oligarquía venal que lo des gobierna.

Somos un país con una gran extensión de costas oceánicas. Hay allí una industria que, incipiente todavía, puede ser de valor inestimable: la industria pesquera.

A raíz de la terminación de la guerra civil española pudo haberse favorecido la llegada de esos magníficos e intrépidos pescadores gallegos, refugiados en Francia, huyendo del terror franquista.

Nuestro gobierno no hizo nada por atraerlos y ha opuesto trabas a todas las tentativas en favor de los refugiados.

He ahí otro de los tantos ejemplos que podrían citarse de atentado a los intereses de la Nación y del pueblo, de parte de un gobierno dominado por un sentimiento reaccionario y un odio no disimulado a todo lo que signifique un progreso en cualquier orden.

Al país sólo le esperan beneficios incalculables si abren sus fronteras a la inteligencia y al trabajo de los hombres que quieren venir a fecundar este suelo, tan pródigo en riquezas.

Todo está por hacerse entre nosotros.

Somos un pueblo en formación con enormes posibilidades.



Necesitamos, para que esas posibilidades tengan comienzo de realización, unas pocas medidas de buen gobierno.

Y entre esas pocas medidas de buen gobierno, una de las primeras es la más amplia libertad de inmigración y la seguridad de que las masas agricultoras que lleguen tengan acceso a la tierra, hoy esterilizada y empobrecida por el latifundio.

Hasta por propio egoísmo nacional debemos favorecer el aflujo inmigratorio, salvando de la persecución y de la muerte a cientos de miles de hombres dignos, perseguidos y torturados, precisamente, por su obstinación en defender la dignidad de la vida frente a la bestialidad nazi-fascista. El país prestaría un servicio a la civilización y se lo prestaría a sí mismo.

Incorporaría a la vida nacional valores de todo orden, que no son sino factores de progreso, estímulo para nuestro desarrollo y nuestra superación material y cultural.

Por eso sostenemos que un gobierno democrático no puede sino favorecer la corriente inmigratoria y disponer, a la vez, con inteligencia de ese aporte humano, en condiciones que beneficien al que entre y a la colectividad que lo acoge.

Pero esta libertad de inmigración está vinculada al ambiente de libertad política del país.

Es inseparable del pleno ejercicio de la soberanía por el pueblo, que ha sido desplazado y reemplazado en ese ejercicio por una minoría inescrupulosa y venal.

El Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina, afirma con el acto que clausuro su adhesión a los principios básicos de nuestra vida institucional y reclama y luchará junto a las demás fuerzas democráticas del país, por el pleno goce de la libertad y el respeto al hombre, sin distinción de raza, creencia o ideología política.

## UNA POLITICA FUNESTA

*Enero de 1948*

Desde hace algunos años se viene hablando, con insistencia, del grave hecho que significa —para el porvenir del país— el lento crecimiento de su población.

Sería más exacto hablar de la despoblación relativa del país.

Es un hecho cuya significación ha percibido bien, entre muchos, el Museo Social Argentino, dedicándole un congreso especial en el mes de septiembre del año pasado.

Nosotros, desde el Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo, hemos insistido, desde mucho antes, repetidas veces, acentuando el aspecto inmigratorio del proceso de despoblación.

El hecho es grave —decimos—. Y lo es por lo que implica como realidad social inadecuada a la vida humana, en un país cuyas posibilidades de desarrollo son infinitas, por sus riquezas naturales, capaces de dar cabida a muchos millones de hombres con una vida digna y próspera.

Varios elementos concurren a crear este hecho de la despoblación.

La falta de afluencia inmigratoria es uno de ellos, y muy importante desde el punto de vista numérico.

La disminución de los nacimientos representa el otro aspecto de la cuestión.

El país creció en población mientras no se restringió artificial y arbitrariamente la afluencia de extranjeros.

Creció, también, en población, cuando los nacimientos eran elevados, y la mortalidad —infantil sobre todo— baja.

El aflujo inmigratorio entre los años 1860 y 1909, alcanzó a 3.389.540 personas.

El total de la población en 1860 era de 1.180.000 habitantes, y en 1909 de 6.805.684.

La simple confrontación de esas cifras inmigratorias (3.389.540) y de población total (6.805.684), dicen cuánto debe el crecimiento del país al aflujo inmigratorio.

Desde el año 1930 en adelante, la disminución del movimiento inmigratorio ha asumido caracteres alarmantes, hasta llegar a la casi total paralización antes del estallido de la guerra.

La disminución de los nacimientos es el otro aspecto del hecho grave de la despoblación.

Mientras en el quinquenio 1910-1914, con una población de 6.911.091 habitantes hay 261.749 nacimientos, lo que importa un 37,87 por ciento, en 1937, con 11.927.966 habitantes, los nacimientos suman 286.503, es decir, un 24,03 por ciento. El crecimiento vegetativo cayó de 20,79 por ciento a 12,08. La mortalidad infantil en ciertas provincias y en ciertos sectores de la población acusa un aumento indiscutible.

En 1937, por cada mil nacidos, morían 101. Ocupamos el quinto lugar; sólo nos superan Polonia, Japón, Italia y España.

Dos elementos fundamentales integran, entonces, el hecho incuestionable del débil crecimiento de nuestra población: falta de aflujo inmigratorio y disminución de la natalidad. A ello se suma un tercer elemento: aumento de la mortalidad infantil. ¿Qué política han seguido los gobiernos de los últimos años frente a este hecho gravísimo?

Puede decirse que ninguna eficaz para contrarrestarlo. Por el contrario, el gobierno se ha empeñado en una mala política de restricción selectiva de la inmigración, que ha agravado la situación.

Cuando comenzaron las brutales persecuciones raciales en la Alemania nazi, desde nuestro Comité Contra el Racismo hemos agitado y planteado el problema de la necesidad urgente de permitir el aflujo inmigratorio de los perseguidos.

Habrían llegado así al país no sólo capitales, sino elementos más valiosos todavía: técnicos, intelectuales, obreros especializados que habrían podido iniciar el auge de nuestra incipiente industrial nacional. Habrían llegado, también, innume-

rables campesinos, aptos para el trabajo complejo de la granja moderna, tan necesaria en este país esterilizado por el monocultivo.

El gobierno adoptó una franca política antisemita, y estimuló, con su actitud, el tráfico clandestino del inmigrante. Tráfico clandestino que se convirtió en un despojo inicuo de los perseguidos, que por escapar al infierno nazi, daban lo que les pedían. La situación se hizo más grave durante la guerra civil española, y luego de terminada la misma.

Salvo excepciones, la gran masa de refugiados españoles en los dantescos campos de Francia, no ha tenido acceso a nuestro país. Y no lo ha tenido por la política reaccionaria y antinacional del gobierno.

Esos hombres que se jugaron la vida, que afrontaron todas las penurias físicas y morales por defender la libertad de su patria y la joven democracia que comenzaban a estructurar, habrían sido los más fieles sostenes de nuestra magra democracia política.

Y fuera de su ideario, defendido con riesgo de sus vidas, eran, también, hombres de trabajo en todas las ramas de la humana actividad: desde la fábrica y el campo, la pesca y la mina, hasta el laboratorio y la cátedra.

Todo esto ha perdido el país, por la mala política del gobierno, que no teme la penetración del monopolio y hasta le abre las puertas, pero que se eriza ante la idea de que un hombre que piensa pueda venir a entregar su pensamiento y su vida a esta tierra, tan rica en cosas naturales y tan pobre en hombres, sin embargo.

El gobierno ha cooperado con su política reaccionaria y anticonstitucional, en materia inmigratoria, a acentuar el hecho de la despoblación.

En lo que se refiere a la disminución de la natalidad y al aumento de la mortalidad infantil, nada se ha hecho para remediarlo.

No es con discursos evangélicos como ello ha de corregirse.

Decirles a los hombres del país que deben procrear, porque la disminución de los nacimientos implica una falta de confianza en el futuro del país, al cual está ligada su propia vida, es tomar el rábano por las hojas.

El neo-malthusianismo como práctica consciente, deliberada, es la inmensa mayoría de los que lo practican una consecuencia de su pésima condición de vida.

El neo-malthusianismo, o cualesquiera otra tentativa anticoncepcional, sólo se combate dándole al hombre posibilidades de vida digna.

Y el hombre que se abstiene en seguir teniendo hijos, a pesar de su miseria, es el único inmoral, y no el que se niega a procrear en condiciones de esclavo.

La inmoralidad está en agravar y extender el dolor, la miseria física y la penuria moral de las vidas que necesitan el sostén de los padres, para crecer sanas, fuertes y ser luego útiles a sí mismas y a la colectividad.

Cuando la población autóctona, cuando los campesinos, cuando los trabajadores industriales tengan trabajo humano, remuneración humana, aun en esta sociedad de explotación, cesará la disminución de los nacimientos y el crecimiento vegetativo seguirá una curva ascendente.

Sin vida higiénica no hay cuerpo fuerte. Es una verdad de Perogrullo, pero es una verdad.

Para que la gran masa laboriosa tenga vida higiénica, se necesita remover las condiciones semicoloniales en que se desenvuelve y se asfixia la vida económica y política del país.

El problema de mejor salario, mejores condiciones higiénicas de trabajo, mejor vivienda, mejor instrucción, se vincula íntimamente al problema de la creación de una gran industria con amplio mercado interno, al problema más serio, todavía, de la transformación radical del régimen agrario y al rescate, por el país, de los medios de transportes en manos del capital imperialista.

Ello sólo suprimirá el hecho grave de la despoblación. Y vemos, así, cómo un fenómeno aparentemente aislado, se vincula, en su solución, al problema urgente de la liberación nacional y de la creación de una verdadera democracia, con la participación activa del pueblo que trabaja.



## UN PAIS SIN RACISMO: LA U. R. S. S.

Marzo de 1942

Dos acontecimientos muy recientes —el XXIV aniversario del Ejército Rojo y el XXII aniversario de la fundación del nacionalsocialismo— actualizan el trágico problema de las razas.

En el orden del día al Ejército Soviético, Stalin ha dicho que ese ejército, pueblo en armas, carece de prejuicio racial.

En la alocución que algunos días más tarde Hitler dirigió, desde el frente oriental, a sus camaradas pardos, insiste en proclamar su odio al judío, en afirmar su orgullo de ario creador de la civilización y en la patraña nazi de que esta guerra es la guerra del capitalismo judío aliado al bolchevismo, para aniquilar a la nación alemana. Precisamente, Stalin había subrayado cuidadosamente que el ejército y el pueblo soviéticos distinguen entre el pueblo y la nación alemana y el nazismo.

Los Hitler van y vienen, la nación alemana perdura —ha dicho Stalin.

Y es con ese pueblo —liberado de la bestialidad nazi— con quien se apresta el pueblo soviético a celebrar la paz y reconstruir Europa destruida y brutalizada por la opresión nazi-fascista.

Mientras Alemania nazi persiste en su furia racista dentro y fuera de sus fronteras (recuérdese la espantosa persecución en Austria, Polonia, Rumanía, etc., donde los nazis dominan), la Rusia socialista continúa, aun en las circunstancias tremendas de la guerra, su política de solidaridad racial y de respeto a la persona humana.

No se limita a proclamar esa solidaridad y ese respeto. Los realiza y ello es lo que importa.

También el Papa proclama, de vez en vez, su repudio al racismo. La masa de los fieles y gran número de sacerdotes



de alta y menor jerarquía siguen no obstante, ostensible o disimuladamente siendo antisemitas y racistas.

Es que entre la condena verbal del racismo y la práctica de la solidaridad racial, media un abismo.

Rusia soviética cuenta entre sus primeras decisiones la lucha contra el racismo y contra la persecución judía.

La Rusia zarista había hecho permanente al antisemitismo y la opresión de los conglomerados étnicos que integraban el vasto imperio. El pogrom era la solución periódica que ofrecía a las masas ignorantes de su propia esclavitud y de las causas de su miseria.

En la vida normal el judío estaba, prácticamente, excluido de la convivencia en todos los órdenes de la actividad, desde la cultura al trabajo manual.

Ya en 1913 los diputados bolcheviques presentaron un proyecto estableciendo la igualdad de los judíos con el resto de los habitantes.

Lenin lo comentó en términos precisos: "La escuela, la prensa, la tribuna parlamentaria, son utilizadas con el fin de sembrar ignorancia, maldad y odio salvaje contra los judíos. En estos turbios asuntos están empeñados, no sólo la hez de los Cien Negros, sino también profesores reaccionarios, hombres de ciencia, periodistas, diputados, etcétera. Millones y aún billones de rublos son gastados con el fin de envenenar la mente del pueblo.

"Los comunistas, como internacionalistas conscientes, no pueden dejar de ser irreconciliables enemigos del antisemitismo".

Esta norma, esta actitud, tuvo su realización práctica en el decreto de los Soviets del 8 de agosto de 1918, que establecía la igualdad jurídica, política y económica del judío en toda Rusia. El judío integraba la gran comunidad soviética y su personalidad no sufría limitación alguna.

Más tarde fué creada la República de Birobiyan. En su construcción probaron los judíos de lo que son capaces en la agricultura, la industria, la explotación minera, etcétera, y en la órbita cultural.

Se les dió la misma oportunidad de desarrollo y de expansión que a otras minorías nacionales.

En ese territorio dos veces más grande que Palestina y tan grande como Bélgica y Holanda —dice el deán de Canterbury en su libro “El Poder Soviético”—, en Birobiyan, los judíos comienzan a construir el primero y único territorio judío del mundo, con el idisch como idioma oficial en las escuelas y en la vida diaria.

No hay en la Rusia Soviética problema racial. Su misma estructura socialista arranca de cuajo todas estas monstruosidades en que es tan pródigo el mundo capitalista. Todo racismo es allí combatido, y todas las minorías nacionales gozan de la plena posibilidad de desarrollar su cultura.

¿Hay acaso, en el mundo, otro país que pueda ofrecer el mismo espectáculo de armonía en la convivencia?

Pensemos en lo que ha sido de las poblaciones autóctonas de América —bajo la violencia de la conquista— y tendremos la respuesta. Se resuelve el problema del indio, por ejemplo, con su exterminio.

Se resuelve el problema del negro con su aniquilamiento.

Se resuelve el problema de los pueblos coloniales con su explotación y su sojuzgamiento.

Recién ahora, en estos días terribles e inciertos —en que la estructura del imperio británico está en peligro— la metrópoli orgullosa se ve forzada a contemplar la posibilidad de dar independencia a la India, para que pueda acompañarla en esta lucha contra el nazi-fascismo agresor.

Y la democracia del Norte tiene todavía pendiente su problema del negro.

En su libro “Raza, Ciencia y Política”, Ruth Benedict dice: “El programa eficaz contra el racismo es lo que llamamos “hacer funcionar la democracia”. Si esto se realiza en Norteamérica producirá la conducta que ha producido siempre en un grupo que practica la ayuda mutua. Debemos reconocer que toda transformación es difícil y suscita dislocaciones. Pero si sabemos en qué dirección vamos, valdrá la pena pagar el costo de la transformación”.

Eso es lo que ha hecho la Rusia Socialista en el problema de las razas y de las minorías nacionales: ha pagado, en un esfuerzo gigantesco y sin precedentes en la historia del mundo, “el costo de la transformación” que asegura la armoniosa convivencia del hombre y de los grupos étnicos más dispares.

## ACTO EN EL ATENEO DE MONTEVIDEO -

El espectáculo del mundo sobrecoge el espíritu de los hombres que conservan todavía un vestigio de conciencia civil y de dignidad.

Sobrecoge pero no amilana; sobrecoge pero no inhibe ni desconcierta a los que ahondan en las causas del drama de nuestro tiempo. Desconcierta y desborda sólo a los ideólogos puros, que creen que el mundo se gobierna por abstracciones o por sistemas racionales, que trascienden la experiencia del vivir corriente.

De manera esquemática, pero reflejando la realidad del proceso histórico, se habla de que el mundo de hoy se ha dividido en dos campos: el de los que están por la democracia y el de los que están por el totalitarismo fascista.

La democracia como el totalitarismo son concepciones políticas para el gobierno de los hombres, pero no en nombre de derechos universales y abstractos sino de situaciones concretas y de intereses reales que buscan su expresión jurídica y política en un sistema más o menos coherente.

¿Cómo se ha llegado a esta situación y a esta especie de dicotomía del mundo?

¿Es posible hablar hoy de la democracia como se hacía antes de la guerra imperialista del 14?

No es posible y el que lo hiciera demostraría no haber penetrado el sentido de los acontecimientos.

Cuando se analiza el proceso histórico, la trama densa de la vida social y política tomando como punto de partida un hombre abstracto, investido de derechos y deberes universales, acaba por no comprenderse absolutamente nada de esta

tragedia que nos rodea y que constituye la vida de nuestro tiempo.

¿Quién ha proclamado con más tenacidad su fe y su adhesión a la democracia, que las clases directoras de la Inglaterra victoriana?

¿Y quién podría afirmar —sin falsear abiertamente el proceso histórico de la vida inglesa— que el imperio no se ha cimentado en la opresión y en la servidumbre de millones de hombres de las colonias, y que dentro del mismo juego regular de las instituciones de la metrópoli, los intereses de ciertos grupos financieros e industriales, no han orientado y definido la política de Gran Bretaña?

¿Quién ha proclamado más enfática y elocuentemente su fe y su adhesión a la democracia, su consustanciación con los principios de la revolución del 89, que las clases directoras de la tercera república francesa?

¿Y quién podría afirmar —sin falsear el sentido de los acontecimientos— que toda la política de la Francia democrática no se ha subordinado, abierta o disimuladamente, a la plutocracia financiera de las doscientas familias?

¿Quién ha proclamado con más fuerza su adhesión a la democracia que las clases gobernantes de Estados Unidos de Norteamérica?

¿Y quién podría sostener —sin ser desmentido por los hechos— que la vida política de la gran república del Norte no ha estado sometida a la férrea dictadura del supercapitalismo monopolista?

Es necesario, entonces, no conformarse con las declaraciones y creer que la democracia ha tenido una realización efectiva en el mundo.

Una cosa son los principios que se proclaman; otra las realidades que los hombres viven y sufren.

Esta comprobación podría expresarse, también, diciendo que la democracia tiene un contenido condicionado por los intereses y las conveniencias de ciertos grupos o clases que han hecho de ella, hasta ahora, una forma restrictiva, mutilada, fragmentaria, inadecuada para expresar el armónico y total desarrollo de la persona humana.

Hay pues, la posibilidad y la necesidad de estructurar otra democracia, la única, la verdadera democracia, en cuanto pone los instrumentos políticos y jurídicos al servicio de los hombres y no los hombres al servicio de las instituciones que reflejan conveniencias de clases o de grupos.

Esa es la democracia que la guerra imperialista del 14 impuso a la consideración de los hombres y que las clases dominantes agitaron, entonces, como bandera para lanzar a los hombres a la matanza.

Los hombres creyeron que hacían la guerra para terminar con la iniquidad social y con el germen de las guerras; para fundar un orden nuevo y darle un sentido plenamente humano.

En lo más recio e incierto de la guerra, Lloyd George, desde la presidencia del Consejo de Ministros, no tenía reparos en hacer esta afirmación: "El mundo de post-guerra —decía—, debe ser un mundo nuevo. Después de la guerra los trabajadores deben ser audaces en sus reivindicaciones". Y el señor Mussolini —pocos días antes del armisticio— escribía en su diario "Il Popolo D'Italia": "El período que nosotros vemos abrirse en la historia podría definirse como el de la política de las masas o de la hipertrofia democrática. Nosotros no podemos pensar en obstaculizar esta corriente. Debemos —concluía— canalizarla hacia la democracia política y aun hacia la democracia económica".

¿Y qué nos ha traído la guerra en Occidente? La guerra nos ha traído el fascismo y la dictadura totalitaria. La guerra nos ha traído el abandono de las prácticas democráticas, conservando, sin embargo, el aspecto exterior, la fachada de la democracia.

Vivimos una farsa trágica. Cuando el pueblo ha querido estructurar una democracia que lo arrancara de una servidumbre multiseccular, como en España, las potencias reaccionarias se coaligan para invadirlo y aniquilarlo con la complicidad de las llamadas democracias de occidente.

Es necesario que el pueblo reflexione, medite el significado de estos hechos.

¿Qué queda de la democracia en América? Ahí está la realidad contemporánea para responder. Fuera de México,

que está en la tarea de realizar su verdadera emancipación nacional con el rescate del suelo y del subsuelo; fuera de Chile, azotado hoy por una catástrofe sin precedente en el mundo y que con el triunfo del Frente Popular inicia, en las condiciones más difíciles, el camino de la liberación de su pueblo hambriento, alcoholizado, sumido en una ignorancia criminal por las oligarquías autóctonas al servicio del capital imperialista, no queda ya ni el más remoto vestigio de democracia efectiva en América.

Brasil vive su tragedia bajo la dictadura de Vargas; la Argentina, con un gobierno surgido del fraude, sometido a la influencia nazi-fascista y al capital inglés, como jamás estuvo ningún otro país de América, ha suprimido prácticamente las libertades esenciales y elementales de la convivencia humana, frente a una oposición laxa, mediocre, trabajada a su vez por intereses bastardos; Perú, convertido en una vasta cárcel bajo la dictadura de Benavidez; el Uruguay, este pequeño gran país —que era como un islote luminoso en la tiniebla americana— que había iniciado la política de la democracia de masas que la post-guerra señaló a los hombres que no se ciegan por su servilismo a los intereses dominadores del capital financiero, que comenzaba a estructurar los instrumentos de la liberación de su pueblo, vió bruscamente interrumpida esta etapa de su superación para caer en la dictadura, de la cual no ha salido y no saldrá mientras las fuerzas de oposición, que representan la mayoría del país, persistan en su aislamiento y en su inacción.

Este es el panorama de América y del mundo. Un flujo reaccionario en ascenso. Y un flujo reaccionario sangriento, brutal —ahí está el caso de España, de China, de Abisinia—, para probarnos cómo entiende el privilegio defender su situación y su derecho a seguir dominando al hombre, esclavizando al hombre, convertido en mero instrumento animado de su riqueza material.

¿Qué le espera al pueblo en un régimen nazi-fascista? La respuesta la tienen ustedes en las palabras que un militar argentino, radicado en Alemania y que recién regresa, le decía a un amigo mío: El pueblo alemán irá a la guerra porque



crece que es la única salida para su hambre y para su situación angustiosa e insoportable.

He ahí la gran Alemania que ha forjado el nazismo: hambre, persecución y exilio para los más altos valores de la inteligencia, servidumbre en el trabajo, desprecio por la persona humana, que culmina con la cavernaria y brutal persecución racial.

La Italia fascista está en una situación idéntica, agravada por su condición de satélite arlequinesco del Tercer Reich.

Un sistema que sólo ha servido para crear una poderosa máquina de agresión y de muerte; que ha reducido al hombre a un instrumento al servicio de una mística que encubre los intereses del capitalismo monopolista más reaccionario; que mantiene a millones de hombres en la miseria y el hambre crónicas; que arroja de sus universidades los más altos valores intelectuales; que suprime lo único que da dignidad a la vida humana, es decir, el ejercicio libre y crítico del entendimiento puesto al servicio de la superación de la vida individual y social, ese es el régimen que quiere implantarse en nuestra América por la infiltración nazi-fascista y con la complicidad de los oligarcas criollos, que odian la inteligencia tanto como aman y se aferran a sus prebendas.

Para realizarlo no sólo se suprimen o se restringen, hasta volverlas casi inexistentes, las libertades elementales y se erigen al fraude y la coacción en métodos normales de gobierno; no sólo se encarela a los hombres más representativos de la oposición y a los animadores del movimiento sindical; no sólo se da a la enseñanza elemental y superior un sentido y un contenido antidemocrático y ultramontano, sino que se estructura una política de represión que va desde la restricción inmigratoria según las ideas y la raza del inmigrante, hasta la exclusión sistemática de todo valor auténticamente democrático en la vida de la Nación.

Hemos dicho restricción inmigratoria. Este problema constituye el núcleo de la política fascistizante de los gobiernos entregados a preparar el camino al totalitarismo.

Bajo la apariencia racista hay un contenido fascista y antidemocrático. Es necesario que los partidos de oposición se percaten que la persecución al judío es el primer paso hacia

la persecución de los hombres libres. Así ha ocurrido en todas partes y así ocurre aquí, porque el proceso obedece a las mismas condiciones y causas históricas.

La lucha contra el racismo, contra la persecución al judío, es hoy inseparable de la lucha por la democracia social, por la libertad, por la dignidad del hombre, por la decencia de la vida civil.

Disociarlas es abrir la brecha por donde el fascismo ha de comenzar a batirnos.

Es necesario acabar con la creencia de que somos un continente privilegiado por su destino histórico.

Somos un continente estructurado a la manera de los otros, sufriendo la influencia de los otros, participando —aun en contra de nuestro deseo— en la vida y la tragedia de los otros.

Y por eso mismo hoy hay que afirmar, resueltamente, que no somos ajenos a ninguno de los problemas que trabajan y angustian al mundo y que debemos preparar las fuerzas populares para la defensa obstinada de la libertad civil y la superación de la vida social.

Hablando de la Comuna de París y de su derrota, Lucien Descaves dice: "No basta vencer, hay que vencer el último".

Y bien, señores; frente a las fuerzas oscuras de la reacción, nosotros representamos las fuerzas y el sentido progresivo de la historia. También nosotros venceremos al final, si nos disponemos a la acción con coraje y si fundimos en un solo haz los espíritus libres de América y del mundo.

## PONENCIA AL CONGRESO DE LAS DEMOCRACIAS

*Montevideo, marzo de 1939*

TEMA: "Revisión del problema de los grandes grupos étnicos tenidos por superiores o inferiores, tomando primordialmente en consideración las circunstancias políticas, sociales y económicas que han condicionado su formación y estado actual".

La existencia de los grandes grupos étnicos es el resultado de una larguísima e intrincada evolución histórica.

El grupo étnico, al igual que la raza, no constituye un todo homogéneo y fijo. Representa un conglomerado en permanente proceso de diferenciación. Un doble mecanismo condiciona esa inestabilidad relativa de los grupos étnicos y de las razas. Primero, la acción del factor puramente biológico, que se manifiesta por el hecho de la herencia de caracteres y de la tendencia a la variación de esos mismos caracteres. Luego por el aflujo de elementos raciales extraños, que aportan al grupo y a la raza, características nuevas y distintas a las autóctonas.

En estas circunstancias, y desde el punto de vista estrictamente biológico, ni el grupo ni la raza conservan una fisonomía invariable. Ciertos rasgos se acentúan, otros se esfuman, algunos predominan en sectores determinados del grupo y faltan en otros.

Si la posibilidad de encuentro y fusión de los caracteres es un hecho puramente biológico, las condiciones históricas, sociales, son un elemento no despreciable, en esta posibilidad de combinación hereditaria.

El hecho de que las condiciones sociales y de clase de las personas, sean una barrera para la unión, para el acoplamiento, está ya indicando claramente, como no es posible disociar—en lo que al hombre histórico se refiere—, las condiciones biológicas y las condiciones sociales del mismo.

En un mismo grupo étnico, las uniones se realizan, generalmente, entre personas que ocupan el mismo nivel social. Esto es ya un poderoso elemento de restricción en la posibilidad de combinaciones hereditarias y su influencia negativa está, solo en parte, compensada por el aflujo de elementos raciales extraños, que aportan una nueva posibilidad de combinación genética.

Un grupo étnico se constituye, entonces, por un largo proceso en que los caracteres morfológicos representan sólo un aspecto del mismo. Ellos se integran en una síntesis superior que denominamos estado de civilización o de cultura de dicho grupo, en que los elementos técnicos y las instituciones completan el proceso.

Hay, pues, una fusión de elementos, que llega a ser indisoluble y en el que cada uno es el término de una antítesis que adquiere su plenitud en la totalidad.

La base puramente natural —el medio inicialmente natural— sobre la que se constituye el grupo étnico, puede condicionar el sentido de su evolución y de su desarrollo.

Lo favorece o lo retrasa según la riqueza o escasez en elementos naturales, aptos para ser utilizados y transformados por el hombre. Pero bien pronto el medio cósmico sufre la acción modificadora de la actividad humana, que se materializa en el instrumento, en el utensilio. Primero la rama del árbol o la piedra bruta, verdaderos instrumentos naturales; luego el sílex groseramente tallado; después el proceso de la utilización cada vez más perfecta de la piedra, convertida en instrumento cortante o punzante de formas variadas y en los cuales el pulido y el acabado es cada vez mejor. Ya a esta altura del desarrollo, el hombre utiliza el fuego, comienza a cubrir su cuerpo con la piel de los animales y usa las grutas y cavernas naturales como vivienda. Después enriquece su arsenal con el uso del hueso y hace, sobre el mismo, la madera y la piedra, los primeros diseños, embriones de su futura actividad artística o da a sus instrumentos formas menos groseras y hasta delicadas. Constituye luego, su vivienda primitiva; crea signos con que fija y trasmite su expresión verbal a los demás, es decir crea una especie de alfabeto rudimentario; domestica animales, labra la tierra iniciando la agricultura, fa-

brica y cuece la cerámica, hace tejidos burdos y construye las primeras piraguas. Sólo en épocas más avanzadas el hombre utiliza el cobre, el bronce, el hierro y la fuerza propulsora de los cursos de agua —lo que le da ya una gran autonomía sobre el medio ambiente natural—, que él ha transformado con su actividad. En este proceso de progresiva —aunque no continuada— creación instrumental, se sintetiza o se expresa la obra de auto-elevación humana en milenios incontables.

La estabilización relativa de los grupos étnicos ha corrido pareja con esta actividad creadora de los hombres. Pero al tiempo mismo en que los grupos se constituían, se operaba en ellos un proceso interno de diferenciación en clases y sub-clases, que quitaban homogeneidad al conglomerado.

La causa de esta división está en el proceso mismo de producción material de los elementos necesarios para la vida.

La comunidad primitiva —que antropológicamente podrá tener un cierto grado de pureza o de unidad— era, ante todo, una unidad social en el trabajo y en la utilización de los frutos del trabajo. Cuando las instituciones gentilicias se disuelven, ya se ha operado un cambio profundo en la estructura del grupo.

La insuficiencia técnica condiciona, frente a las necesidades crecientes del grupo, la destrucción de la primitiva propiedad común y engendra su antítesis: la apropiación individual, con sustitución del derecho materno-matriareado por el patriareado con transmisión del bien a los hijos.

Desde ese momento el proceso de superación en el grupo étnico, ha tenido los caracteres de una lucha de clases, condicionada por las diferencias de ubicación en el agregado social y por la conciencia que los hombres adquieren de esa misma ubicación. Todas las sociedades históricas se mueven dentro de esta órbita. Los grupos étnicos actuales reproducen en medida mucho más vasta las antítesis de los grupos primitivos.

Se han constituido pero han sufrido, a la vez, un hondo proceso de diferenciación condicionado por la vida social.

Dentro de cada grupo hay una estratificación o disposición en capas, cuyo origen no está en radicales diferencias biológicas, sino en profundas diferencias de ubicación en el proceso de la vida social y en la pertenencia o no a un sector que posee o deja de poseer. De ahí nacen diferenciaciones en

la crianza, que repercuten en el terreno de la cultura y en el de las aptitudes para la asimilación y la creación de los conocimientos, etcétera.

Un miembro de un grupo étnico tendrá por inferior a un componente de su propio grupo colocado en lo más bajo de la escala por sus condiciones sociales, y considerará como su igual al integrante de un grupo étnico distinto, pero que ocupe un nivel social semejante al suyo.

Y la observación se completa cuando vemos que ese mismo miembro de un grupo étnico, colocado en lo alto de la estratificación social, considera que ello ocurre porque él es racialmente superior, en el sentido de la pureza antropológica, y que sus cualidades le asignan el sitio que ocupa. El hombre tendría, entonces, el nivel social que su capacidad —entendida como resultado de una aptitud racial hereditaria— le permita.

Es la formulación neta del clasismo en el terreno racial y antropológico.

Puede afirmarse, sin exageración, que ningún país civilizado escapa a esta comprobación.

Si los grupos étnicos que constituyen las naciones llamadas civilizadas, con una técnica prodigiosa, con disciplinas científicas que han alcanzado un alto grado de perfeccionamiento, están trabajados por estos antagonismos internos, ¿cuál es su actitud frente a grupos extraños y, sobre todo, frente a los países coloniales y semi-coloniales?

Las metrópolis han considerado siempre a los pueblos conquistados, como racialmente, antropológicamente, inferiores. Y esta inferioridad —que puede hacerlos pasibles hasta de la esclavitud— sería irreparable, absolutamente inmodificable.

Estaría condicionada por la propia estructura y hasta se ha llegado a afirmar que a no ser por el influjo del pueblo conquistador, habrían caído en un estado de mayor barbarie.

Esta concepción que no tiene asidero ni base científica alguna, expresa el carácter de privilegio y de casta de nuestra civilización. Las diferencias raciales o de grupos étnicos que existen evidentemente, ni son absolutas e irremovibles, ni tienen un origen exclusivamente somático y antropológico. Tienen en gran parte un origen social e histórico.



Hace setenta u ochenta años, el Japón, por ejemplo, no había sido penetrado, todavía, por la técnica occidental. Era un pueblo inferior en el sentir de los racistas puros, y esa inferioridad estaba condicionada por sus caracteres raciales.

Han bastado pocos años para que el Japón asimilara y superara, en algunos aspectos, nuestra técnica. ¿Qué significa ésto? Significa que no hay —salvo casos excepcionales— razas incapaces de aprender, de modificar o de crear aptitudes, de superarlas y de ascender.

El negro, considerado raza inferior, ha dado pruebas sobradas de que es capaz, también, de superarse y de incorporarse a nuestra técnica y nuestra ciencia.

Las razas autóctonas americanas habían creado, antes de la conquista, una civilización. La conquista, lejos de estimular el genio y las capacidades de los elementos autóctonos, los sofocó y los redujo a la condición social más miserable. El conquistador ha afirmado su superioridad sobre las razas aborígenes, dominadas por la violencia y el engaño, degeneradas por el alcohol y una vida de penurias. Estos hechos —que nadie puede negar ni adulterar— están indicando que no hay, en sentido absoluto, grupos étnicos condenados a perpetua inferioridad y grupos étnicos destinados a crear la civilización, por sus solas cualidades antropológicas. Y en la medida en que los hombres, sean cuales fueren su raza y su grupo étnico, puedan tener acceso al aprendizaje y a las fuentes de cultura, cada vez menos podrá hablarse de razas superiores y de razas inferiores. Habrá diferencias, que cultivadas darán una eficiencia mayor a la vida solidaria de los hombres y de los pueblos.

Cultivar una aptitud, desarrollarla al máximo, exaltar las cualidades superiores, constituye una noble tarea, si esa aptitud y esa cualidad tienden al bien y a la superación común.

Es una empresa deleznable si tiene por finalidad esclavizar hombres y sojuzgar pueblos.

La civilización es tal, sólo en la medida en que la cultura, el bienestar y la libertad, son atributos comunes a todos los hombres y no patrimonio de castas, de pueblos o de grupos.

## INDICE

	<u>PAG.</u>
Advertencia del autor .....	9
Prefacio del doctor I. Kornblihtt .....	11
Declaración inicial del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina .....	21
El problema racial .....	24
Autarquía totalitaria .....	33
La teoría racista y la ciencia .....	39
Las crisis económicas y el antisemitismo .....	75
<i>Discurso de recepción a las delegaciones pronunciado en la sesión inaugural del Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo</i> .....	83
Racismo y ciencia .....	86
Discurso pronunciado en la sesión de clausura del Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo .....	100
Palabras preliminares .....	103
Discurso inaugural de la filial de Rosario .....	105
El pacto de Munich .....	115
Racismo y lucha de clases .....	123
Mensaje a los jóvenes .....	128
Crítica de algunos conceptos racistas .....	133
Palabras de apertura del Segundo Congreso Interno del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo .....	150
Segundo aniversario de la fundación del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo .....	152
Panorama histórico sucinto del antisemitismo .....	159
La guerra .....	165
La obra del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo y sus críticos .....	174
Palabras inaugurales del Tercer Congreso Contra el Racismo y el Antisemitismo .....	180
Panorama político del país — Población e inmigración .....	182
Una política funesta .....	189
Un país sin racismo: la U. R. S. S. ....	193
Acto en el Ateneo de Montevideo .....	196
Ponencia al Congreso de las Democracias .....	202



de este libro, y el lector puede apreciar así —en contra de lo que supone alguna gente desprevenida— que el odio racial —no es una pura invención hilerista desaparecida con la derrota militar de este sistema político. El odio racial existió antes, y existe ahora allí donde no han sido eliminadas las causas sociales que lo generan. La persecución al negro —que alcanza formas agudas en muchos estados norteamericanos—, el manoseo y la subestimación de las poblaciones autóctonas latinoamericanas, la opresión colonialista en muchas zonas del mundo, no son sino expresiones de racismo, justificadas con las más encontradas argumentaciones ideológicas y fomentadas para servir los mismos fines de dominación política y social. Y por lo mismo que el autor documenta de manera viva esa verdad política de la cuestión racial, es que este libro —que respira tan hondo amor por la humanidad— cobra esa insospechada actualidad, en estos días de agravación de las ambiciones hegemónicas de otros núcleos hostiles a la vida armónica y fecunda entre los pueblos. En este sentido, el conocimiento de estas páginas pone al alcance del estudioso y del simple lector un testimonio importante para el mejor conocimiento de la realidad de nuestro tiempo.

---

EDITORIAL QUETZAL

